

Septiembre 2020 8

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- Eduquemos para el cuidado de la creación 1279
- Eduquemos para el amor 1282
- Eduquemos para la verdad 1286
- Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 1290
- A los presos en la Fiesta de la Merced 1293
- Eduquemos para la comunión 1296

HOMILÍAS

- Misa de inicio de curso de la Curia diocesana 1300
- Fiesta de la Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena 1306
- Misa de inicio de curso con la familia de Cáritas diocesana de Madrid 1312
- Misa de envío de los docentes católicos de la diócesis 1318

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1324
- Defunciones 1328
- Actividades Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid. Septiembre 2020 1331

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral. Para gestar nuevos cristianos "Monstra te esse matrem" 1337
- Decreto de Constitución de la Comisión Pro Año Jubilar de Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto 1388

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1391
- Defunciones 1394
- Actividades Sr. Obispo. Septiembre 2020 1395

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta al inicio de curso en la Diócesis de Getafe. Una nueva imaginación de la caridad 1399
- Carta con motivo de la celebración de la Jornada Mundial por el Trabajo Decente. La Iglesia por el trabajo decente 1402
- Decreto 1404

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1406
- Defunciones 1408

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVIII - Núm. 2937 - D. Legal: M-5697-1958

Conferencia Episcopal Española

- El papa Francisco recibe a la cúpula de la CEE 1409
- Los obispos sobre los incendios en Lesbos 1411

Iglesia Universal

- Mensaje para la Jornada Mundial de oración por el cuidado de la creación 1415
- Mensaje para la 106 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 1422
- Carta apostólica *Scripturae Sacrae Affectus* en el XVI centenario de la muerte de san Jerónimo 1428



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

**EDUQUEMOS
PARA EL CUIDADO DE LA CREACIÓN**

9 de septiembre de 2020

Hace unos días celebramos la fiesta de santa Teresa de Calcuta. Junto a las hermanas y a los que residen con ellas recordaba una expresión de la madre Teresa: "Si no tenemos paz en el mundo es porque hemos olvidado que nos pertenecemos el uno al otro"; en definitiva, hemos aparcado a quienes viven con nosotros, en esta casa común que Dios hizo para todos, como si no tuvieran nada que ver con nosotros. Como recoge el Génesis, Dios creó todo lo que existe, también al ser humano, por amor y lo puso al servicio de todos: "Dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra". Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó". Fuimos creados a imagen de Dios, que es Amor, para amar y no para explotar o expoliar. Por ello sostenía madre Teresa que "la falta de amor es la mayor pobreza" y pedía que "no deis solo lo superfluo, dad vuestro corazón".

¡Qué bueno es tomar conciencia de que somos parte de una sola familia humana! Estamos llamados a vivir en esta casa común creada por Dios, con la gran belleza que ha dado a todo lo creado y que nos pidió guardar y promover. Hemos perdido la conciencia del encargo recibido de Dios. Aunque en algunos ámbitos se estén dando pasos, tenemos que promover una educación que logre poner en el corazón del ser humano la urgencia del cuidado de la tierra, que se sienta y perciba en todas las partes.

Sepamos ver al ser humano como una criatura de este mundo, que tiene derecho a vivir y a ser feliz. Además, es imagen de Dios y así ostenta tal dignidad que no podemos esconderla o estropearla. Todo lo que sucede en esta tierra afecta a su vida: la degradación del medio ambiente en muchos lugares, los descartes... No hay progreso cuando se produce una degradación social de la tierra, que golpea de forma especial a los más pobres. El olvido de dos sustantivos esenciales, hijos y hermanos, es una tragedia para las relaciones y para la tierra. Como recuerda el Papa, "hoy no podemos dejar de reconocer que un planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres" (LS 49).

La pregunta que Dios hizo a Caín cuando este mató a su hermano, Abel, sigue teniendo actualidad para nosotros: "¿Dónde está tu hermano?". Y no podemos responder: "No sé, ¿soy yo el guardián de mi hermano?". Hemos de saber dónde está, qué tiene, qué le pasa; es mi hermano y es hijo de Dios. Eduquemos haciendo conscientes a todos de que nuestra dignidad humana pasa por vivir como hijos y hermanos. Si no, primarán la especulación, los abusos, que ignoran los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente. Para impulsar esta educación propongo:

1. Tener a mano siempre el libro de la naturaleza. En contacto con la naturaleza, la persona recobra su justa dimensión. Somos capaces de abrirnos a todos los hombres y a todas sus necesidades, nos vinculamos a todos desde donde Dios mismo nos puso y sentimos el deseo de cuidar lo que vemos. Nos sentimos criaturas y capaces de Dios, pues nos abrimos a lo Infinito y en el corazón surge la pregunta sobre el sentido. Descubriendo las huellas de la bondad, de la belleza, de Dios mismo, en la naturaleza nos abrimos a la alabanza espontánea y a la oración.

2. Vivir en el amor y respeto hacia la creación que es obra de Dios.

Percibe que la tierra no existe por sí misma, sino que, de alguna manera, en ella está reflejada la sabiduría de Dios. Los discípulos de Cristo hemos de ser cada día más conscientes de que toda la creación es un don que se nos ha encomendado. No podemos estar en esta tierra para destruirla, sino para cuidarla y convertirla en un mundo habitable para todos, en ese jardín del que nos habla el libro del Génesis en el que puso Dios a los hombres. Escuchemos, como nos dice el apóstol Pablo, el gemido de la creación y no destruyamos lo que hizo Dios para nosotros y los demás. Aquí alcanza su máxima explicitud ese mandamiento del que nos habla Jesús: "Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo".

3. Asumir el deber moral de cuidar la creación. La familia humana necesita tener una casa a su medida. Hay que cuidarla y cultivarla pensando en el bien de todos. El valor del ser humano está por encima de toda la creación, pero hemos de fortalecer esa alianza entre el ser humano y el medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios, pues procedemos de ese amor y caminamos hacia ese amor. Asumamos la forma eucarística de la vida, que nos ayude a un cambio de mentalidad en el modo de vernos los seres humanos y en el modo de ver el mundo. La vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, nos abre a una perspectiva del mundo nuevo, del cielo nuevo y de la tierra nueva, en el que habitan hijos y hermanos. No podemos prescindir de nadie. Entre todos, con todos y para todos cuidaremos y seguiremos embelleciendo este jardín que Dios nos ha regalado.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro
Arzobispo de Madrid

EDUQUEMOS PARA EL AMOR

16 de septiembre de 2020

Muchas veces escuchamos y utilizamos la palabra amar, pero no siempre le damos el contenido que debe tener. Contemplemos al Amor para descubrir sus verdaderas medidas. Tenemos el ejemplo de una persona cercana a nosotros en el tiempo, la madre Teresa de Calcuta, que experimentó que Dios estaba enamorado de ella y, desde entonces, solo pudo vivir para difundir ese amor. Durante toda su vida quiso llevar el amor de Dios a los lugares más oscuros geográficos y existenciales.

Cuando uno descubre ese amor y entiende que es curativo, no puede hacer otra cosa que difundirlo. Por ello, ¿cómo no educar para amar? Vemos que es urgente hacerlo en las diversas situaciones en las que vivimos los hombres, tanto de pobreza como de prosperidad, de divisiones y de encuentro, de muerte y de vida... Muchos encontraron y encuentran en Jesucristo al Maestro que enseña a amar y, desde entonces, comprenden que amar no es una teoría, sino una manera de existir, de situarse ante el mundo y ante los demás. Jesucristo, el Maestro verdadero del

amor de Dios, no teorizó sobre lo que es el amor, sino que mostró qué es amar con su vida entera.

Os invito a que no tengamos el catálogo de los santos como seres que vivieron fuera de este mundo, extraños a las realidades de los hombres, sino que hicieron patente el rostro de Jesucristo y contagiaron el bien, la verdad y la vida en el momento histórico que les tocó vivir. Fueron valientes relatando en el tiempo ese amor de Dios vivido, entregado y manifestado con obras y palabras. Como decía el Papa Benedicto XVI, son "los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor" (*Deus caritas est*, n. 40). Y un mundo como el nuestro, con "sed de amor" en palabras de santa Teresa de Calcuta, los necesita de forma especial.

El amor es una luz única que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. Nunca nos desintereseamos por el amor, porque más tarde o temprano caeremos en el desinterés por el hombre en cuanto tal. Y además hemos de caer en la cuenta de que el amor es posible vivirlo, para que así cambie este mundo. Hoy puede existir la tentación de estados que quieran proveer todo, absorbiendo todo y convirtiéndose en una máquina burocrática que nunca asegurará lo que el ser humano más necesita porque no solo hay que asegurar ayuda material, sino que hay que ofrecer sosiego, cuidado y escucha; hay que ofrecer el amor mismo de Dios, que se nos ha revelado en Jesucristo y que nada tiene que ver con falsificaciones del amor en las que entran la violencia, la venganza, la exclusión, la mentira, el olvido del otro, las medias verdades sobre las necesidades vitales del ser humano... La humanidad necesita este mensaje esencial encarnado en Jesucristo: Dios es amor. Es urgente educar en el amor y no se puede educar bien en el amor si no sabemos quién es el Amor. La educación en el amor debe partir y debe llevar a encontrar el manantial del amor que es Dios mismo. Qué bien lo entendió y lo explicó san Agustín, que fue un enamorado del amor de Dios, lo cantó, lo meditó, lo predicó en todos sus escritos y lo testimonió con su propia vida.

En este sentido, me atrevo a proponeros, tanto a creyentes como a no creyentes, un itinerario para educar en el amor en forma de bienaventuranzas. Veamos que Dios no estorba a nadie, sino que aporta una novedad para este momento de la vida y la historia de los hombres:

1. Bienaventurado si sabes comprender y vivir que el amor engloba la existencia entera y todas las dimensiones, incluido el tiempo. Descubre el amor como éxtasis o arrebató, pues siempre ha de ser un camino en el que salimos del yo para pasar a la liberación en la entrega de uno mismo. Recuerda siempre la expresión de Jesús: "El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda la recobrará" (Lc 17,33).

2. Bienaventurado si eres capaz de vencer con amor la violencia, tal y como lo hizo Jesús. Él no tenía fuerzas más poderosas que el imperio, no venció al modo humano, sino con un amor capaz de llegar hasta la muerte en la cruz. Vence el mal, la violencia, con una fuerza humilde: el amor. El amor de Dios que ha de ser tu amor.

3. Bienaventurado si descubres en tu vida que todo ser humano tiene el deseo de amar y de ser amado y que el amor es posible. No es una utopía ni tampoco un sueño. Hay que tener fe en el amor verdadero que da paz y alegría, que nos une a las personas, que nos hace libres. Deja que Dios te ame y atrévete a regalar ese amor.

4. Bienaventurado si entiendes tu vida siendo mendigo de amor, con una sed inmensa de amor. Como describe san Juan Pablo II, "el hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él plenamente" (RH 10).

5. Bienaventurado si amas con el amor mismo de Dios: serás feliz y reconocerás siempre a todos los que encuentres como hermanos a los que hay que amar. Te llevará siempre a practicar la misericordia y a dejarte alcanzar por la misericordia.

6. Bienaventurado si te conviertes en prójimo de toda persona con la que te encuentres en la vida y haces verdad aquello que Jesús nos dice en la parábola del Buen Samaritano: "Ve y haz lo mismo" (Lc 10, 37).

7. Bienaventurado si entiendes que no es posible amar sin dolor, ya que el amor implica renunciar a nosotros mismos, aceptar a los demás con sus diferentes modos de ser y de comportarse, entregarnos del todo, salir de nosotros.

8. Bienaventurado si amas gratuitamente, no para obtener objetivos. Así se comprende que ayudar no es un mérito, es gracia. Es el amor que Dios mismo nos da y nosotros lo regalamos con el mismo precio, es decir, gratuitamente.

9. Bienaventurado si amas en libertad, en esa libertad tal y como la entendió san Agustín cuando dijo: "Ama y haz lo que quieras". Porque quien ama a Cristo, verdaderamente puede hacer lo que quiera; quien vive la comunión plena con Cristo puede hacer lo que quiera porque su amor está unido a la voluntad de Cristo, anclada en la verdad, integrada en la libertad de Dios para amar a todos. Descubre lo sanador que es el amor de Dios, pues satisface las necesidades más profundas: cuando amamos somos más plenamente nosotros mismos. La libertad alcanza su plenitud en este precepto: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Ga 5, 14).

10. Bienaventurado si haces del amor un itinerario diario de tu vida: déjate a ti mismo, entrégate, no quieras poseerte a ti mismo, libérate de ti mismo, no te repliegues sobre ti, mira hacia adelante, hacia el otro, hacia Dios, hacia todos los hombres que Él ponga a tu lado... Importa que te lances a una decisión fundamental en tu vida, al sí que el Señor te pide, el sí a la verdad, el sí a un renovado don de ti mismo para nunca engañar al prójimo.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro
Arzobispo de Madrid

EDUQUEMOS PARA LA VERDAD

23 de septiembre de 2020

Tanto en la vida personal como en la vida pública, ¡qué importancia tiene ser valientes para buscar, decir y seguir la verdad con todas las consecuencias! Para los discípulos de Cristo, educar en la verdad es fundamental, pues Jesús mismo es la Verdad y dona al hombre la plena familiaridad con la verdad, invitándonos siempre a vivir en ella. La verdad sitúa al hombre en el centro de lo que tiene que ser su vida e impulsa la inteligencia humana hacia horizontes inexplorados.

San Agustín, que conoce muy bien la realidad humana, sostiene que el ser humano se mueve espontáneamente cuando se encuentra con algo que le atrae. Cuando se pregunta sobre lo que puede mover más al hombre sobre todas las cosas y en lo más profundo de sí mismo, dice así: "¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?" (*In Johannis Evangelium Tractatus*, 26, 5: PL 35, 1609). Porque todos llevamos en lo más hondo de nuestra existencia el deseo hondo y profundo de la Verdad. Por eso, ante la pregunta de Tomás de "¿cómo podemos saber el camino?", el Señor nos dice con fuerza y con amor: "Yo soy el Camino, y la Verdad y la Vida" (Jn 14, 5b-6a).

¿Cómo no vamos a educar en la verdad en los tiempos que vivimos, en esta época nueva? Hemos de decir y entregar con gozo la respuesta que desea tener todo ser humano y que está anhelando en su corazón. Como nos decía el Papa Benedicto XVI, "Jesús es la estrella polar de la libertad humana: sin él pierde su orientación, puesto que, sin el conocimiento de la verdad, la libertad se desnaturaliza, se aísla y se vuelve estéril. Con él la libertad se reencuentra". Pero ¿por qué se reencuentra la libertad? Porque se manifiesta en la verdad. Os voy a decir algo que puede parecer exagerado y, sin embargo, es todo lo contrario, tiene un realismo evidente: nada ni nadie tiene capacidad para la respuesta a la pregunta sobre el sentido del hombre, pues la respuesta toma rostro en Jesucristo, solo tiene rostro el sentido de la vida en Él. Cuando dejamos que Él toque nuestra vida, la alegría, la felicidad, el sentido, el amor, el horizonte que nos da son muy superiores a lo que la razón humana puede descubrir y encontrar.

Un día alguien me preguntó sobre cómo buscar la verdad. La respuesta que le di entonces, que sigo manteniendo después de muchos años y cada vez con más seguridad, fue que no hiciese muchos esfuerzos desde sí mismo, porque seguro que iba a quedar frustrado. Son tantos los problemas que nos aparecen en nosotros mismos y en los demás, tantas las situaciones con las que nos encontramos, las tristezas que nos invaden, los fracasos con los que nos topamos, que no podemos resolverlos por nosotros mismos. Sin embargo, le hice una propuesta: "¿Por qué no te dejas buscar por la Verdad?". No podemos fiar todo a nuestras fuerzas, sino que hay que confiar y dejarse buscar por la Verdad que es Jesucristo.

No podemos vivir en este mundo con medias verdades, pues nos destruimos a nosotros mismos y destruimos a los demás. Precisamente por esto, os propongo estas líneas para educar para la verdad:

1. La libertad se vive cuando caminamos por la senda de la verdad y se convierte en esclavitud cuando entramos por sendas de verdades a medias. En nuestras propuestas de libertad, hemos de ser claros: no se trata de asumir cualquier moda que aparezca a cualquier precio, hay que saber discernir con valentía el camino de la libertad y esto requiere sacrificios y renunciaciones. La verdadera libertad se logra cuando caminamos por la senda de la verdad. Por eso la pasión por la verdad ha de ser prioritaria en nuestra propuesta para alcanzar la libertad. A san Agustín la cuestión de la verdad le atormentó siempre y, por ello, la buscó de formas muy diversas, hasta que se dejó buscar por ella. Nunca se conformó con

una libertad sin pasión por la verdad. Esta pasión por la verdad fue clave en su vida; tuvo mucha libertad, pero sin verdad, y la buscó porque no descansaba sin ella. Deseó saber sobre el hombre, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Y la respuesta a ese deseo de libertad la encontró en la Verdad que es Jesucristo, en el Camino que el Señor le ofreció y en la Vida que cuando se abrió a Él inundó su existencia.

En la época nueva en la que ya estamos, hay gritos fuertes y no solamente barruntos de verdad. Hoy hay demanda de verdad. Tenemos la obligación de responder a esta demanda y de hacerlo sin miedos. ¿Por qué no hacer una propuesta clara de la fe? Nuestra época necesita ensanchar horizontes. Los jóvenes piden un sentido para su existencia. Tienen claro que no se lo dan programas solamente socioculturales, políticos o ideológicos del tipo que fuere. Hemos de ser capaces de abrirlos al misterio de Dios, a la dirección que nos marca todo aquello que no es objeto de experimento y de cálculo.

2. Descubramos cómo la verdad de Jesucristo se muestra en los santos del calendario litúrgico y en los que viven a nuestro lado. ¿Cuántas veces te dijiste a ti mismo quiero ser libre y vivir en la verdad? La conversación que tuvo Jesús con Poncio Pilato sigue existiendo hoy. Ante la pregunta "entonces, ¿tú eres rey?", Jesús sigue diciéndonos: "Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". Y, como aseveró Pilato, "¿qué es la verdad?" (Jn 18, 37-38a). Es cierto, podemos encontrar fragmentos de la verdad, pero ¿cómo encontrar la verdad que necesita el ser humano para vivir y para ser libre? Descubramos cómo la verdad se ha manifestado y se ha verificado en la vida de los santos de ayer y de hoy. Ante un santo, no podemos decir más que: esta es la vida verdadera, este es el camino auténtico que deseamos, esta es la verdad que buscamos.

No sé si habéis caído en la cuenta de que hoy reivindicamos mucho la libertad, pero muy a menudo lo hacemos al margen de lo que es la verdad de la persona humana que desea conocer y hacer lo que es recto y justo. Quien nos da a conocer quiénes somos y qué camino tenemos que escoger es Jesucristo mismo. Conocerlo a Él es vivir en la verdad y movernos en la libertad verdadera.

3. Sintamos el gozo de vivir y ofrecer al mundo la verdad. En el momento que está viviendo la humanidad, es capital asumir la verdad como elemento trascendental para educar. En una sociedad en la que la ideología predominante

quiere introducir una cuña entre verdad y fe, es bueno presentar la verdad que se dirige a la persona en su totalidad. La verdad del Evangelio cambia la vida cuando aceptamos que entre en nuestra existencia. Por eso, defender la verdad, proponerla y testimoniarla en la vida diaria son modos de caridad insustituibles. Los educadores deben asumir la responsabilidad de llevar a los jóvenes a liberarse y despertar en sus vidas la atracción por la verdad, que para nosotros tiene un nombre: Jesucristo. Hay sed de verdad, de bondad y de belleza, que está impresa en todo ser humano y siempre llama y orienta a las personas a buscar juntas con amor la libertad, la paz, la fraternidad, la concordia, la comunión. Pongámonos a ser servidores de la Verdad.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro
Arzobispo de Madrid

CARTA DEL CARDENAL OSORO
PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE
Y DEL REFUGIADO 2020

22 de septiembre de 2020

Queridos hermanos y hermanas:

El Papa Francisco, en su mensaje para la **Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado del 27 de septiembre**, nos invita a reflexionar sobre el drama invisible de los desplazados internos y el agravamiento de la situación causado por la pandemia que estamos padeciendo. *"Esta crisis, debido a su intensidad, gravedad y extensión geográfica, ha empañado muchas otras emergencias humanitarias que afligen a millones de personas, relegando iniciativas y ayudas internacionales, esenciales y urgentes para salvar vidas, a un segundo plano en las agendas políticas nacionales [...]. Extiendo este Mensaje, dedicado a los desplazados internos, a todos los que han experimentando y siguen aún hoy viviendo situaciones de precariedad, de abandono, de marginación y de rechazo a causa de la COVID-19".*

Hago mías estas palabras del Santo Padre y las dirijo expresamente a la Iglesia que peregrina en Madrid y también a la sociedad madrileña, porque ambas situaciones -el drama de los desplazados y la pandemia- están afectando de lleno a nuestra archidiócesis. En efecto, constatamos con mucho dolor cómo tantas personas y familias inmigrantes y refugiadas, que vienen colaborando activamente en estos tiempos difíciles en el sostenimiento de nuestra sociedad en el campo sanitario, en el trabajo agrícola, en el cuidado de las personas mayores y en otros servicios esenciales, se ven ahora relegadas a niveles de vulnerabilidad inimaginables. Como Jesucristo, ellos también se vieron "**obligados a huir**" de sus países para sobrevivir. La inmensa mayoría residen pacíficamente entre nosotros, enriquecen nuestra sociedad y en muchos casos rejuvenecen nuestras comunidades cristianas.

Sigue teniendo plena vigencia la pregunta que Jesús le hace al ciego de Jericó: "**¿Qué quieres que haga por tí?**" (Mc 10, 46-52). Este curso nosotros también formamos parte de la respuesta. No solo respondemos a nuestros hermanos y hermanas desplazados con la hospitalidad. Además, nos atrevemos a decir: "**Quiero entrar en tu casa**" (Lc 19,5). Efectivamente, debemos caminar hacia una pastoral más incisiva que salga al encuentro de las personas, que incorpore la visita a las familias en su hogar, la entrada en su sufrimiento, el conocimiento directo y en su terreno de su grandísima soledad e impotencia. Debemos dejar entrar y además también salir nosotros para encontrarnos con las personas en los lugares y circunstancias que viven. Solo desde esa proximidad, como discípulos misioneros, podremos ofrecerles el Mensaje de Cristo, nuestra solidaridad y cercanía, la preocupación por sus derechos y nuestra apuesta más decidida por incorporarlos a nuestras comunidades cristianas con el protagonismo que merecen, regularizando en todos los órdenes su situación.

El Papa, en su Mensaje, nos da algunas claves que nos ayudan a entrar en la casa de quienes son víctima de los éxodos forzosos: *es necesario conocer para comprender, hay que hacerse prójimo para servir, para reconciliarse se requiere escuchar, para crecer hay que compartir, se necesita involucrar para promover y es indispensable colaborar para construir*. Son actitudes que, convenientemente traducidas y llevadas a la práctica, facilitarán mucho la convivencia y nos ayudarán a superar juntos los desafíos que se nos presentan. No me cansaré de repetir algo básico y frecuentemente olvidado: **todos somos hijos y hermanos**. Por eso, el otro es siempre un regalo de Dios para mí. Ello me obliga a reconocerle, procurar

su protagonismo, asegurar la satisfacción de sus necesidades y constituirme en guardián de sus derechos.

Me gustaría concluir con una llamada a la esperanza. En medio de la crisis que padecemos, quiero **agradecer** con emoción el firme compromiso de muchas personas, comunidades cristianas y grupos sociales que, sacando lo mejor de sí mismas, mantienen abiertas las puertas del corazón, de sus casas y parroquias para compartir espacios al servicio del encuentro, la acogida y la hospitalidad. En ellos se hace carne el "quiero entrar en tu casa", lema de este curso. Nunca os agradeceremos bastante cómo hacéis visible el amor de Dios y su sueño de un mundo fraterno. Valoro y bendigo todas las iniciativas que se están llevando a cabo (yo mismo constituí la Mesa por la Hospitalidad) y animo a toda la comunidad diocesana a seguir dando pasos decididos en este empeño tan evangélico y prometedor.

Con gran afecto os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro
Arzobispo de Madrid

CARTA DEL CARDENAL OSORO A LOS PRESOS EN LA FIESTA DE LA MERCED 2020

23 de septiembre de 2020

A mis hermanos y hermanas privados de libertad en el centro penitenciario de Soto del Real (Madrid V) y en el Centro de Inserción Social Victoria Kent

Queridos amigos:

Próxima la festividad de Nuestra Señora de la Merced, quiero compartir con vosotros que, durante toda la pandemia, os llevo profundamente en el corazón y os encomiendo vivamente al Señor. Él conoce como nadie vuestros desgarros y alienta vuestra esperanza. En algunos momentos podéis sentirlos terriblemente solos, pero Él no os abandona. No estaréis solos si le hacéis cada día un hueco para hablarle y, sobre todo, para escucharle. Os aseguro que no os fallará.

A causa de esta desgraciada pandemia, llevamos bastante tiempo sin vernos. Lamentablemente, el día de Nuestra Señora de la Merced no podremos celebrar la Eucaristía juntos y rezar a la Virgen con la devoción y la hondura con que soléis hacerlo. Pido a los capellanes que en este tiempo difícil os lleven más que nunca

palabras de consuelo y de fortaleza en la fe. En la medida de lo posible, no dejéis de acoger la Palabra de Dios y el Pan de la Eucaristía, que harán más llevadero y fructuoso el tiempo de privación de libertad.

Os lo he dicho en reiteradas ocasiones y os lo repito ahora: sin vosotros la Iglesia de Madrid estaría amputada. Vuestra oración atraviesa el cielo y llega a Dios. Lo he comprobado cuando os he ido a ver. Personalmente siempre he salido confirmado en la fe y alentado por vuestra acogida y vuestro cariño. Os pido que aprovechéis vuestra estancia forzada en prisión para convertir este tiempo, muchas veces aburrido, deprimente y difícil, ahora incluso con menos posibilidades de comunicación con vuestros seres queridos y menos actividades, en una oportunidad para experimentar la ternura y la cercanía de Dios. El no nos deja solos y se hace especialmente cercano en los momentos más duros. Y ello a pesar de que nosotros nos olvidemos de Él o le recriminemos. Aun en el ambiente hostil de una prisión, no dejéis de practicar la fraternidad, la ayuda mutua, la no violencia y la revisión crítica de vuestra propia vida. Ello facilitará el retomarla con responsabilidad y con paz. Os agradezco muchísimo los esfuerzos que estáis haciendo en este tiempo complicado por mantener la serenidad y la convivencia pacífica.

No estáis solos en el complejo camino de la reincorporación social. Es verdad que muchas veces os ponemos las cosas difíciles. Haber estado preso es un estigma que excluye y que las comunidades cristianas tenemos que combatir con toda intensidad. La Iglesia tiene que ser parte activa y operante de vuestro anhelo por la plena integración en la vida social. Los que seguimos a Jesucristo no podemos dar nunca a nadie por perdido y tenemos que empeñarnos en construir una sociedad más justa y equitativa.

La suma de la gracia de Dios, el empeño personal, las políticas sociales y los medios adecuados producen auténticos milagros de rehabilitación. A esa tarea de conversión personal y social somos llamados todos. Nos necesitamos. Nadie sobra. Nadie puede ser descartado.

Tengo muchísimas ganas de visitar a los que me tenéis y os tengo por amigos en Soto del Real. Os diré que ya está en la editorial el libro que tenemos escrito a medias con las cartas que me habéis enviado. Espero ir a presentároslo cuando las circunstancias lo permitan. También me hace mucha ilusión ir a visitar el CIS Victoria Kent, cosa que haré en cuanto sea posible.

Os mando un saludo muy cariñoso a través de la delegada episcopal y vuestros capellanes, con el deseo de que pronto las cosas se normalicen. Pido a Dios por vosotros y os pido que vosotros recéis también por mí.

Presento también ante Nuestra Señora a vuestras familias, vuestros anhelos personales y a todo el personal que trabaja en la institución penitenciaria y a ese fabuloso voluntariado de la Iglesia que muestra el rostro y la ternura de Cristo entre vosotros.

No estáis solos. Que el Dios libertador de cautivos y su entrañable Madre os concedan todas las mercedes que necesitéis.

Os quiere y os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

EDUQUEMOS PARA LA COMUNIÓN

30 de septiembre de 2020

Nuestra Comisión Diocesana por la Comunión Eclesial ora y trabaja para que todos -pastores, vida consagrada y laicos- descubramos que la comunión es necesaria para ser creíbles. Sabe que, en la situación que atravesamos, la Iglesia ha de hacer partícipe a la sociedad de la belleza con la que Jesucristo la impregnó. Y ahí emerge con fuerza la figura del testigo, que muestra que la educación es una obra de amor. Su tarea no es solamente técnica o profesional, sino que toca todos los aspectos de la persona: la dimensión social, la dimensión trascendente que se manifiesta muy particularmente en el amor... Cuando se promueve una cultura marcada por un relativismo a veces agresivo, con falta de certezas, de valores, de esperanzas y de sentido de la vida, el Señor nos está urgiendo a entrar por los caminos de este mundo y regalar lo que hemos recibido.

Hay unas palabras del Papa Benedicto XVI que siempre es bueno recordar: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el

encuentro con un acontecimiento, con una Persona (Jesucristo), que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (*Deus caritas est*, 1). Cuando contemplamos situaciones de división y de ruptura, enfrentamientos y olvidos de los que más necesitan o que se pisotea la dignidad de las personas, para quienes somos cristianos se hace urgente anunciar al Señor. Pero no lo podemos hacer de cualquier manera. Como nos decía el Papa san Juan Pablo II, hemos de evangelizar teniendo en cuenta que un "aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de las Iglesias particulares, es el de la comunión (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia" (*Novo millennio ineunte*, 42).

Precisamente por esta necesidad de vivir la comunión, en nuestra Iglesia de Madrid nació en 2016 la Comisión Diocesana por la Comunión Eclesial. Constituida por un grupo de laicos, miembros de la vida consagrada, diáconos y presbíteros, que representan sensibilidades distintas en la vida de la Iglesia diocesana, animan a llevar las cargas los unos de los otros, a compartir, a colaborar y a sentirse corresponsables, cultivando la espiritualidad de la comunión, que es el espíritu que debe animar nuestras comunidades cristianas. Promueven un estilo de comunión que nos pide la colaboración de todos (obispo, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, asociaciones, movimientos, hermandades, cofradías, niños, jóvenes y adultos), para así manifestar que somos una Iglesia viva que camina con la belleza que le da ser Pueblo de Dios unido y en marcha. Una Iglesia que escucha permanentemente aquellas palabras de Jesús antes de su Ascensión: "Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos" (Mt 28, 19-20).

Este caminar juntos depende de si existe o no el encuentro con Jesucristo. Es más, para expresar que este Pueblo vive la comunión, tienen que servirnos de guía permanente esas palabras del Señor de hondo calado y que nunca podemos olvidar: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros" (Jn 13, 35). Porque el encuentro con Jesucristo da una orientación decisiva a la vida, y empuja a mantenernos en el amor mismo que Él nos ha regalado. De tal modo que la comunión no es optativa, sino que nace del encuentro con Jesucristo e impregna toda nuestra misión evangelizadora. El Señor nos dice: "Quiero entrar en tu casa".

Qué tarea más bella tenemos todos los discípulos de Cristo: vivir y mostrar que tenemos "un solo corazón y una sola alma" (Hch 4, 32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como sacramento, es decir, como "signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano", como nos dice el Concilio Vaticano II. Porque muchas cosas serán necesarias para hacer el camino histórico de la Iglesia, pero si en ese camino falta el amor, la caridad (agapé), todo será inútil. Como subraya el apóstol san Pablo en el Himno a la Caridad, que tantas veces hemos escuchado y meditado, la caridad, el amor, la comunión es el corazón de la Iglesia; si nos falta no anunciamos a Jesucristo. Y por tanto, tampoco educamos.

Os propongo estas tres direcciones o tareas para educar en la comunión:

1. Seamos custodios de la verdad y de la caridad. Sabemos que la verdad y el amor vienen de Dios, los custodia la Iglesia y, a través del servicio de los apóstoles y sus sucesores, nos llegan a nosotros. Qué fuerza tienen aquellas palabras del apóstol san Juan: "Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 3). La belleza de la comunión que anunciamos y en la que deseamos vivir se realiza en el encuentro con Cristo. Ahí se crea la comunión con Él y, en Él, con el Padre y el Espíritu Santo.

2. Promovamos todo un estilo de comunión. Hemos de ser promotores de ese estilo de comunión que se revela en estas palabras de Jesús: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 35). Seamos valientes para llevar las cargas de los demás, compartiendo, siendo colaboradores, sintiéndonos corresponsables en tareas y con personas... La contribución ha de ser de todos, entre todos y para todos.

3. Descubramos que la comunión se realiza en Cristo resucitado. Desde el inicio de la misión, la comunión tenía como centro y fundamento a Cristo resucitado. ¡Qué fuerza tiene, para comprender esto, la narración que nos hace el Evangelio en la Pasión! En el momento de prender a Jesús, de ser condenado a muerte, todos los discípulos se dispersan, solamente su Madre y algunas mujeres con el apóstol san Juan permanecieron juntos y lo acompañaron en el Calvario. Pero si nos damos cuenta, después de la Resurrección, el Señor dio a los discípulos una nueva unidad, mucho más fuerte. Y esta nueva unidad no se fundaba en recursos

humanos. Tenía su fundamento en la gran misericordia de Dios, desde la que ellos se sentían amados y perdonados.

Como recordaremos este domingo en Madrid, con el I Domingo por la Comunión en la Iglesia Diocesana, todos podemos ser creadores, promotores, y descubridores con la gracia y el amor de Jesucristo de la comunión.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE INICIO DE CURSO DE LA CURIA DIOCESANA

(7-09-2020)

Querido vicario general, vicarios episcopales. Queridos hermanos obispos. Hermanos sacerdotes. Hermanos y hermanas. Al Señor le hemos perdido hace un instante que nos guíe. Y que nos guíe con su justicia. Y lo hacemos en este inicio del curso, en esta inauguración del curso en nuestra Curia diocesana, porque creemos firmemente que Jesús, quien nos ha mostrado el rostro de Dios, no ama la maldad. Él quiere la bondad y la vida. Él detesta a quien se sitúa desde sí mismo, al que crea su propia verdad que a veces se convierte en mentira. Por eso nosotros, en este servicio que hacemos en la Curia, venimos un año más, al iniciar el curso, junto a Él. Porque sabemos que hay alegría en aquellos que se acogen al Señor, y hay protección para que quienes sirven se llenen de gozo y amen por siempre y para siempre su nombre.

La Palabra que acabamos de proclamar, que es la Palabra que hoy en la lectura continua toda la Iglesia escucha, nos habla de tres tareas que son esenciales

para un discípulo de Jesús: fermentar, entrar y curar. Tres palabras, digo, esenciales, que, en el fondo, en el fondo, son expresión y manifestación de algo que es esencial en nuestra vida, que es fundamental en nuestra existencia, y es esas actitudes que tenemos que vivir en nuestra existencia viendo a Jesús. Jesús comenzó a evangelizar. Sí. El evangelista Mateo nos explica muy bien cómo comenzó. Pero es importante verlo para descubrir esta misma palabra que acabamos de proclamar. Y es importante verlo haciéndonos una pregunta: en primer lugar, ¿cómo comenzó Jesús?; en segundo lugar, ¿dónde comenzó Jesús?; y, en tercer lugar, ¿a quién comenzó Jesús a hablar? A mí me parece que responde a las tres, digamos, tareas que el Señor nos propone en su Palabra.

Fermentar. Ser levadura que fermente la masa. La primera lectura nos ha hablado de una situación de unión ilegítima en la comunidad cristiana, y Jesús nos recuerda que nosotros nos reunimos en nombre de Él. Que nosotros tenemos una tarea. La misma que el apóstol recordaba a aquellos cristianos de Corinto: "¿No sabéis que un poco de levadura fermenta la masa?" "¿No sabéis que vosotros sois levadura que fermenta la masa?". El Señor nos habla con claridad: sed levadura que fermente la masa. Nos reunimos aquí hoy en nombre de Cristo. Y nos reunimos porque queremos salvar al hermano. Salvar al hermano. De alguna manera, recordad que esto es lo que nos decía el Evangelio de este domingo pasado que hemos escuchando ayer: "Si tu hermano peca, repréndelo a solas; si te hace caso, has salvado a tu hermano". Se trata fundamentalmente de salvar al hermano. Jesús está hablando de la vida de la comunidad, como el apóstol Pablo. Y en esa vida de la comunidad, se trata de salvar al hermano y ser esa levadura.

¿Cómo comenzó Jesús la evangelización? Nos viene bien a nosotros saberlo. Comenzó. Lo resume en una expresión muy breve y muy sencilla: "Convertíos. Convertíos. Está cerca el reino de los cielos". Esta es la base de todos los discursos. Nos dice que el reino de los cielos está cerca. ¿Qué significa? Por reino de los cielos se entiende el reino de Dios; su forma de reinar es estar entre nosotros. Y esta es la gran tarea que también nosotros tenemos: que el Señor esté entre nosotros. El Señor nos invita a acercarlo a todos los hombres. Aquí está la novedad de Jesús. La que nos trae Jesús. Sí. Dios no está lejos. Dios, que habitaba en los cielos, ha descendido a la tierra. Se ha hecho hombre. Dios ha eliminado barreras, ha cancelado distancias. Sí. Él vino a nosotros, y sigue viniendo a nuestro encuentro. Y esta cercanía del Señor con su pueblo es permanente.

Este es un mensaje de alegría. Dios vino a visitarnos. ¿Cómo comenzó? Visitándonos. ¿Cómo queremos comenzar el curso en nuestra Curia diocesana? Siendo protagonistas también cada uno de nosotros, en la tarea que tengamos, de esa visita del Señor a los hombres. No tomó nuestra condición humana por un sentido de responsabilidad del Señor. No. Lo tomó por amor. Por amor nuestro. Por amor asumió nuestra humanidad. Porque se asume lo que se ama. Y esto es lo que el Señor nos pide a nosotros también. Él desea estar entre nosotros y con nosotros, darnos la belleza de vivir, darnos la paz del corazón, darnos la alegría para que la demos nosotros a los demás. ¡Convertíos! ¡Cambia tu vida!

El Señor hoy, en esta primera lectura, nos ha dicho: Fermentad. "¿No sabéis que un poco de levadura fermenta la masa?". El Señor nos invita a identificarnos con Él. A identificarnos con su persona. Sí. ¿Cómo comenzó Jesús? Pues de esta forma sencilla. Como nos pide a nosotros que comencemos. Comenzó con esta palabra que os decía: "convertíos". Este mensaje de alegría. Este mensaje de un Dios que viene a visitarnos, y de un Dios que cuenta con nosotros para que hagamos la visita a todos los hombres, es el que se acerca y nos dice que seamos levadura. Hoy llama el Señor a nuestra puerta. Por eso el Señor nos regala su Palabra: para que podamos aceptarla y sea nuestra carta de presentación. La ha escrito para nosotros. Su Palabra nos consuela. Su Palabra nos anima, como lo habéis escuchado en esta primera lectura que hemos proclamado. Nos anima y nos consuela, porque nos invita a ser levadura. Y esto no puede hacerse sin vivir una comunión efectiva con nuestro Señor.

En segundo lugar, Él nos ha dicho que entremos en este mundo. Ha sido, en el inicio del Evangelio, una llamada fundamental para nosotros. "Un sábado -a Jesús no le importa el día- entró Jesús en la sinagoga a enseñar". Esto es importante. El Señor nos invita a entrar en este mundo, a entrar en todas las situaciones que vivan los hombres. Un sábado que, en el mundo judío, como todos sabemos, no se puede hacer nada: ni abrir la puerta siquiera. Nada. Y, sin embargo, hay escribas y fariseos que están al acecho por ver si curaba. El Señor nos invita a entrar a la misión. Mirad, la carta pastoral que os he escrito este año, que marca el sentido que tiene este segundo año del Plan Diocesano Misionero, la he titulado *Quiero entrar en tu casa*. Os he propuesto el texto de Zaqueo como el texto que nos ayuda a descubrir qué significa ese "entrar en tu casa". Jesús ve a un hombre, cuando entra en Jericó, subido a un árbol, y se dirige a él: "Zaqueo, baja deprisa, quiero entrar en tu casa".

¿En qué lugares tenemos que entrar nosotros hoy? ¿Dónde comenzó Jesús a predicar? ¿Dónde? Descubrimos que comenzó precisamente en las regiones que entonces se consideraban oscuras. La primera lectura, es decir, el Evangelio, nos habla de esta tierra y de las sombras de muerte que hay. Jesús comienza en esas ciudades. En el territorio, nos dice el Evangelio, de Zabulón y Neftalí, camino del mar. "Galilea de los gentiles" dice el capítulo 4º de Mateo. De hecho, allí estaba la orilla del mar, que representaba una encrucijada. Allí vivían pescadores, comerciantes, extranjeros... Es Madrid hoy, para nosotros. Sí. Allí estaba la orilla del mar. Ciertamente, no era un lugar donde se encontrase la pureza del pueblo elegido. Sin embargo, Jesús comenzó allí. No desde el atrio del templo de Jerusalén, sino desde el lado opuesto del país: desde la Galilea de los gentiles, desde un lugar fronterizo. Él comenzó desde la periferia. De esta realidad también podemos sacar un mensaje para todos nosotros: este Jesús del que nos habla el Evangelio de Lucas, que entró a enseñar y cambió las tornas.

La palabra que salva no va en búsqueda de personas preservadas, o en lugares preservados, esterilizados, seguros... Ahora que tenemos que hacer tantos lavados para salir y entrar... y hay que hacerlo, claro está. Viene Jesús a nuestras complejidades. Viene a nuestra oscuridad. Desea visitar aquellos lugares donde creemos que no llega. Cuántas veces nosotros preferimos cerrar la puerta, ocultando nuestras confusiones, opacidades... Esta es una hipocresía escondida. Jesús recorre. Entra. Entra en la sinagoga también, como hemos escuchado. Y entra para cambiar unas costumbres. No tiene miedo a explorar el corazón. No tiene miedo a entrar en una situación áspera y difícil. Él sabe que solo Él cura. Que solo su presencia transforma. Y este Jesús nos invita a hacerlo así a nosotros.

Por eso no solamente, como os decía, tenemos que ser fermento, sino tenemos que entrar. Y en la carta pastoral os voy señalando... hago un recorrido por todas las situaciones que el Concilio Vaticano II nos ha dicho que tenemos que entrar, y por todas las situaciones que desde que terminó el Concilio hasta hoy se nos ha dicho a través de los sínodos que ha celebrado la Iglesia hacia dónde teníamos que entrar. En qué lugares necesariamente tenemos que entrar en este momento. Entrar. Sí. Puede haber gente al acecho. Sigue habiendo escribas y fariseos. Sigue habiéndolos. Pero lo importante es que nosotros acojamos la palabra de Jesús. Entrad en este mundo.

Y, en tercer lugar, el Señor nos invita a sanar. Levadura, entrar y sanar. Curar. Dar vida a todos los hombres. Son preciosas las palabras de Jesús: "¿Qué está permitido en sábado, hacer el bien o el mal?". ¿Dar vida o hacer morir, o matar de alguna manera? ¿A quién comenzó Jesús a hablar?, que sería la pregunta que nos hace el Señor hoy. El Evangelio nos habla de que Jesús siempre llamaba a los pecadores. "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres", dijo a aquellos pescadores, que no eran precisamente los de más fama. "Venid". Los primeros destinatarios de la llamada de Jesús fueron pecadores, no personas seleccionadas a base de habilidades, no personas piadosas. Son personas comunes y corrientes, que trabajaban. Evidenciamos lo que Jesús les quiso decir, ¿no? Habla en un lenguaje comprensible para todos. Jesús los atrae a partir de su propia vida. Los llama donde están y como son, para involucrarlos en su propia misión. Ellos, empezando por los apóstoles, dejaron las redes y lo siguieron. Zaqueo: "devolveré todo lo robado, daré la mitad de mis bienes a los pobres".

¿Por qué inmediatamente? Sencillamente, porque se sienten atraídos por Jesús. No fueron rápidos y dispuestos porque hubiesen recibido una orden, sino porque habían sido atraídos por el amor. Los buenos compromisos no son suficientes para seguir a Jesús. Es necesario escuchar su llamada todos los días. Solo Él, que nos conoce y nos ama hasta el final, nos hace salir a la vida; nos hace entrar en esta dimensión; a curar, siempre a curar; siempre a dar vida, no a permanecer en la muerte.

Pues queridos hermanos y hermanas: es verdad que cuando yo leía estas lecturas de hoy, digo "pues no sé qué voy a decir ahora". Pero sin embargo la Palabra de Dios siempre acierta. Y nos ha invitado a nosotros, como Curia, a fermentar, a ser fermento. Y no puede ser uno fermento desde uno mismo, sino acogiendo al Señor en nuestra vida. A entrar en los caminos reales de los hombres. No nos quedemos en la comodidad. "Siempre se ha hecho así. Siempre no se qué. Es que es costumbre de aquí. Es que no sé qué". Esto no es de los evangelizadores. Es de otras personas esta actitud. Y entremos en los caminos reales de los hombres. Entremos para curar. Y siempre con un remite: ¿cómo comenzó Jesús? "Convertíos" ¿Dónde comenzó Jesús? ¿Dónde? En las regiones oscuras. En lo más difícil. Este momento que nos toca vivir también nos es difícil, porque se nos impide hacer las cosas que estábamos haciendo antes. Pero el Señor nos da la suficiente creatividad para seguir haciéndolas. Lo que tenemos que hacer es estar disponibles para la misión. ¿Dónde? ¿Y a quién comenzó a

hablar Jesús, queridos hermanos? Pues a los que más necesitaban; a los que menos conocían las cosas de Dios.

Entremos en los caminos que Él nos propone a través de la Iglesia en estos momentos en los que nos ha señalado. No buscando éxitos, que no los tendremos a lo mejor, pero sí buscando ser fieles a lo que el Espíritu, a través de la Iglesia, nos está diciendo a los creyentes. Yo pido para la Curia, para todos los que formamos parte de la Curia, que hagamos esto posible. Jesucristo nuestro Señor, el mismo que nos ha hablado, el mismo que nos invita a ser levadura -la de Él, no otra- y llevar la de Él -y no otra-, que nos pide que entremos en todos los caminos por donde van los hombres, y que hagamos posible desde la Curia que se señalen esos caminos, y que ayudemos a entrar. Y que sobre todo seamos capaces todos nosotros, queridos hermanos, de curar. De dar vida.

El Señor ha venido a salvar. "Salva a tu hermano" nos decía ayer también el Evangelio. Pues este Jesús que quiere que hagamos esto, nos lo dice su Palabra, viene aquí a hacerse presente para que entremos en una comunión sin cera con Él. Que la Virgen María nos ayude y nos acompañe en esta tarea de este curso. Así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA FIESTA DE LA REAL ESCLAVITUD
DE SANTA MARÍA LA REAL DE LA ALMUDENA

(8-09-2020)

Querido vicario general de nuestra diócesis. Ilustrísimo señor deán de la catedral. Hermanos sacerdotes. Autoridades civiles y militares. Querida Real Esclavitud. Queridas hermandades de Madrid que os habéis acercado aquí, a la catedral, hermandades todas. Hermanos y hermanas.

También nosotros esta tarde queremos expresar con nuestra propia vida lo que hace un instante el salmista, en el salmo 12, nos decía: "Desbordo de gozo con el Señor". También nosotros tenemos este gozo. El gozo de tener a esta mujer como Madre, la Santísima Virgen María. A esta mujer elegida por Dios desde siempre para hacerse presente en esta tierra, para hacerlo además de la misma manera que venimos todos los hombres. No tuvo a menos hacerse uno de tantos. Pero eligió a esta mujer pura, purísima Virgen María, para hacerse presente. Libre de todo pecado, con la libertad que Dios tiene, esta mujer se confió a la misericordia de Dios y se alegró en lo profundo de su corazón por prestar este auxilio a la humanidad, a toda la creación. Esta mujer, con su sí, con el "hágase en

mí según tu palabra", ha cambiado, o ha participado en este cambio de la dirección de esta historia.

Queridos hermanos: esta es la que nos reúne aquí. ¿Y quién nos reúne? Esta mujer de la estirpe de Abrahán, de la tribu de Judá, de la progenie del rey David. Esta mujer con la cual Dios mismo puso fin a la ley. Puso fin a la esclavitud. Y, por eso, estableció la libertad y la gracia a través de esta mujer, a la que el Señor también nos entregó como Madre nuestra. Esta mujer la recibimos porque ella recibió el don y el gozo de la salvación, cuya fiesta del nacimiento hoy celebramos. La Madre de Dios. Celebramos su nacimiento. En ella se unió el Verbo con la carne. En ella se estableció esa preparación que todos necesitamos en nuestra vida para ser también hombres y mujeres de Dios. La sombra se retira ante la llegada de la luz. Y la llegada de la luz a esta tierra y a este mundo fue a través de la Santísima Virgen María. Se estableció la gracia. La gracia que sustituyó a la letra de la ley. Sí, queridos hermanos. Qué maravilla. La ley de alguna manera entorpece nuestra vida. Por eso, Dios ha querido regalarnos su gracia. Hemos recibido las primicias de la salvación por la maternidad de la Virgen María. Y quisiera esta tarde acercar a vuestra vida tres aspectos que me parece que son especialmente importantes, y que en la Palabra de Dios que acabamos de proclamar se nos descubre. Tres palabras quiero acercaros: pastora, esposa y madre.

"Pastorearé", nos decía el profeta Miqueas, o la profecía de Miqueas. "Pastorearé con la fuerza del Señor". María. Porque de ella saldrá y aparecerá en este mundo Dios mismo. "Pastorearé con la fuerza del Señor". Cuántas veces hemos rezado nosotros el ángelus, queridos hermanos. Esa costumbre que nunca debíamos de perder al mediodía, recordando a la Santísima Virgen María. Y recordando que lo que Ella hizo es lo que nos pide a nosotros Dios también, porque también nosotros tenemos que ser capaces de pastorear este mundo y esta tierra. Tenemos que hacer posible que la libertad de los hijos de Dios se establezca, y que la gracia sea la que abunde e inunde el corazón de todos los hombres. "He aquí la esclava del Señor". "Aquí me tienes", dijo María a Dios. Algo que no se podía entender: que Dios haya elegido a una mujer para tomar rostro humano, para darse a conocer, para establecer su estancia entre nosotros, y que pudiera pasear como nosotros en este mundo y en esta tierra, y enseñarnos a los hombres y mujeres de este mundo a saber cómo teníamos que vivir con los demás. Esta mujer lo hizo. En el "he aquí la esclava del Señor", en el "hágase en mí según tu palabra", está también el título de pastora de este pueblo.

Permitidme que tenga un recuerdo muy especial: siendo obispo de Orense, ya hace muchos años por tanto, muy cerquita de Verín, en una montaña, los pastores hicieron una capilla preciosa dedicada a la Divina Pastora. A la Virgen María. Y cuando estuve allí -aquella capilla se hizo después de llevar yo un año en la diócesis- iba todos los años a celebrar esta fiesta de la Divina Pastora. De esta mujer que ha querido prestar la vida para que los hombres fuésemos curados, fuésemos liberados, fuésemos reconstruidos en la verdad y en la vida. Ella. Ella ha querido, o a través de Ella, ha aceptado que Dios se mostrase hasta todos los confines de la tierra; que lo conociesen; que adorasen a Dios. "He aquí la esclava del Señor". "Pastora". Es la Virgen. Y nos invita a nosotros en este día también a ser pastores. Hemos de ser pastores de los demás, también. Cuidadores. Sí. De quienes se acercan a nuestro lado, de los que están en nuestro entorno. Siempre pastores, queridos hermanos. Y cuidamos a todos. Y también y especialmente a aquel que peor está y que más necesita; aquel incluso que se escapa y, como nos dice el Evangelio también, marcha a buscarlo y deja a las otras para que regrese otra vez. Esto es lo que hace la Santísima Virgen María.

Qué belleza tiene ver a la Virgen María en los inicios de la Iglesia, cuando el Señor ya ha muerto en la cruz y ha resucitado. Siempre la dibujan junto a los apóstoles en el día de Pentecostés. Ella cuida, está al lado de los discípulos, para hacerles presente a su hijo Jesucristo. Para que nunca olviden que la salvación y la gracia ha venido con Cristo. Y Cristo, y Dios, se ha valido de Ella para que se estableciese la gracia, la salvación y la libertad. Pastora. Imitemos a nuestra Madre.

En segundo lugar, esposa. María esposa. El Evangelio que acabamos de proclamar nos habla de que ella está desposada con José. Dios ha querido establecer en este mundo y en esta tierra que la venida de Él aquí, entre nosotros, fuese también de la manera en que nosotros venimos a este mundo. Con la excepción de que María esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Y nos habla de un hombre excepcional, que estuvo al lado de María y de nuestro Señor Jesucristo: José. Un hombre justo. Un hombre que no quería hacerla daño, de ningún tipo. Un hombre que escuchaba a Dios, que oía a Dios. Y por eso nos dice el Evangelio que oyó aquello que le decía el Señor: "no tengas reparo", "esa criatura que tiene en su vientre viene del Espíritu Santo".

Queridos hermanos: María es acompañada por un hombre de fe. El esposo de María, José, es un hombre de fe. Un hombre que no se adhiere a cualquier cosa.

No se adhiere a una opinión. No se adhiere a un cuento. Se adhiere exclusivamente a Dios. A este Dios que él tantas veces había escuchado en las sinagogas, porque le había dirigido la palabra. A este Dios que había prometido, ya a través de los profetas, que se haría presente en este mundo. A este Dios que nos sigue acompañando a todos nosotros, queridos hermanos. Este tiempo de la pandemia que estamos viviendo no es de un retiro de Dios. No. Este Dios nos acompaña. Está a nuestro lado. Nos está diciendo que salvemos al hermano. Y nos lo dice además, también, pues de esta manera en que tenemos que estar en esta iglesia hoy, con las mascarillas: "salvad al hermano". Este Dios que nos habla al corazón, y que nos dice que la adhesión a Él, la misma que tuvo san José, y la misma que experimentó y vivió la Santísima Virgen María en su plenitud, esta adhesión de fe es la que nos está pidiendo a cada uno de nosotros.

María esposa. Es un canto también a la vida del matrimonio. Un canto a la vida de la familia. Un canto a aquella primera familia excepcional y única, en la que tenemos que mirarla como fue: la familia de Nazaret. En la que María ocupaba un lugar singular. En la que Cristo era el centro, porque venía salvar a este mundo. Y en la que un hombre de fe absoluta en Dios colaboró, para que este Dios permaneciese. Cuando iban a perseguirlo y querían eliminarlo, él se marchó de emigrante, con la familia. Y fue de emigrante para salvar lo máspreciado: la presencia de Dios en esta tierra y en este mundo. María esposa. "Le pondrás por nombre Jesús". Quien puso el nombre, es verdad que es Dios, ¿no?, pero se valió de José para poner el nombre. Dará a luz un hijo tu mujer, esta criatura que viene del Espíritu Santo, "y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo".

Y, en tercer lugar, madre. María, madre de Dios. Esta mujer, de la cual el profeta ha dicho que concebirá y dará a luz un hijo. Esta mujer que acerca a Dios a nosotros. Nos lo ha dicho el Evangelio: Dios con nosotros. Dios entre nosotros. Dios a favor de nosotros. Dios cuidándonos a nosotros. Dios encontrándose con cada uno de nosotros. De este Dios, queridos hermanos, tenemos que predicar nosotros. Y lo tenemos que hacer en un momento especial de la historia. Mirad: estamos realmente en un cambio de época. Yo no sé si es mejor o peor: es un cambio de época. Y en un cambio de época, los discípulos de Cristo siempre han estado atentos a lo que el Señor nos quiere decir en cada momento, y a cómo tenemos que afrontar las situaciones nuevas que van apareciendo. Pensad en el siglo XVI, qué grandes santos aparecen en esa época. Para afrontar una época nueva. Pensad lo que supuso la invención de la imprenta, el que pudiese haber

libros en otros sitios... Pensad. Grandes santos: santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola... Grandes santos, queridos hermanos. San Carlos Borromeo... Grandes santos. Todos los arzobispos anteriores a mí: santos. Un santo Tomás de Villanueva, un gran santo de la caridad y del amor. Exactamente igual que el arzobispo que fue virrey de Valencia. Grandes santos. Hombres que fraguaron desde la adhesión sincera a Jesucristo una nueva época.

Esto es lo que nos está pidiendo el Señor a nosotros. Este momento nuevo, donde está naciendo algo nuevo. Donde se nos derrumban muchas cosas, queridos hermanos. Se nos derrumban muchos dioses que creíamos que teníamos, y que habíamos hecho nosotros, y que estábamos seguros... y no estamos seguros, porque la seguridad solamente la da Dios con nosotros. Hagamos esto posible. Queridos hermanos: no somos peores que otros hombres. Somos hombres y mujeres que caminamos por esta tierra, pero que el Señor nos está pidiendo que nos fiemos de Él, como se fió nuestra Madre. Y que la tengamos a ella muy cerca de nosotros. Porque ella nos va conduciendo, como lo hizo a los primeros discípulos: el día de Pentecostés ella estaba allí, y lo acompañó. María nos acompaña. Acompaña a la Iglesia que camina en Madrid en esta advocación preciosa de Nuestra Señora la Real de la Almudena. En esta advocación con esta historia. Ella estaba guardada en la muralla, pero rompe la muralla, sale y se hace presente. Algo nos quiere decir a nosotros, queridos hermanos, esta historia. Algo. Hagámonos presentes con nuestra madre, al estilo de nuestra madre, diciendo y afirmando y mostrando que Dios está con nosotros.

Pues, queridos hermanos: esta mujer excepcional que la Iglesia celebra que nace hoy, el día del nacimiento de la Virgen María; el día del nacimiento de esta mujer que acepta la propuesta de Dios y cambia la historia porque hace posible que Dios esté con nosotros. Esta mujer nos anima a que hagamos lo mismo: ¡cambiamos la historia! Iniciemos esta nueva época afrontando todas las circunstancias y situaciones que se nos ofrecen. Pero afrontándolas desde la fe. Con la adhesión sincera. Con la fortaleza que viene de Jesucristo. Con la fortaleza que nos da también, y la seguridad de sentirnos acompañados por la Santísima Virgen María nuestra madre, que nos sostiene, que nos lanza al camino, que nos dice lo que Jesús quiso: esta es vuestra madre también. Mi madre es vuestra madre. Y la que me ha acompañado en todas las situaciones que yo he tenido que vivir en la vida, desde que nací en Belén hasta que he muerto en la cruz, esta mujer os va a acompañar. Y

vais a hacer posible que Dios sea protagonista también de esta historia a través de vosotros.

Pues, queridos hermanos, como os decía: pastora, esposa y madre. Esta mujer que trajo a Jesucristo a este mundo ahora nos permite también vivir esta Eucaristía y poder experimentar que este Jesús que nació de María se hace presente en este altar. Este Jesús que nos quiere acompañar. Este Jesús que nos dice que Él es Dios con nosotros. Y que no tengamos miedo. Que seremos capaces de afrontar todas las circunstancias que puedan venir en la construcción de esta nueva época. Pero vamos a hacerlo mostrando el rostro de Dios. Como lo hizo María. Demos la mano a nuestra madre. Tengamos seguridad. Quitemos los miedos. Afrontemos las circunstancias que puedan llegar. Afrontémoslo juntos. La Iglesia es fuerte cuando está unida. La Iglesia es fuerte cuando está en comunión. La Iglesia es sabia cuando todos miramos a quien se va a hacer presente aquí. El centro es Cristo. La Iglesia es fuerte cuando vivimos unidos a quien en legitimidad apostólica tiene la sucesión de los apóstoles, y guía y nos guía por el camino que en cada momento de la historia hemos de vivir. Porque no nos guía con cualquier fuerza, sino con la fuerza del Espíritu Santo, que es la que el Señor dejó a su Iglesia. Que así lo vivamos y que así lo creamos. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA MISA DE INICIO DE CURSO
CON LA FAMILIA DE CÁRITAS DIOCESANA
DE MADRID

(14-09-2020)

Queridos obispos auxiliares don Santos y don Jesús. Queridos vicario general, vicarios episcopales, hermanos sacerdotes. Director de Cáritas y el equipo de gobierno de esta delegación. Hermanos todos que trabajáis en nuestra Cáritas Diocesana.

La crisis que estamos viviendo a a causa de la pandemia que ha golpeado a toda la humanidad, pero que sin embargo nosotros tenemos huellas serias -y vosotros lo sabéis, porque habéis sido también quizá los que más habéis sentido los zarpazos que esta pandemia ha dado en nuestra archidiócesis de Madrid-; pero, sin embargo, de esta crisis podemos salir mejores si todos buscamos el bien de los demás, el bien común. Al contrario, si cada uno vamos buscando lo nuestro, saldremos peores.

Es verdad que en nuestro mundo y en nuestra sociedad pues estamos asistiendo, no solamente aquí en España sino en otros lugares del mundo, a intereses de grupos. Hay quien pretende de alguna manera apropiarse de las soluciones que habría que dar; creen que ellos las tienen, en el caso por ejemplo de las propias vacunas. Otros pueden fomentar divisiones. ¿Para qué? Para buscar ventajas políticas o económicas, u otros intereses. Y esto genera conflictos. Y otros simplemente pasan, y no se interesan, por todos los sufrimientos que tienen las personas. De alguna manera, hacen aquello de Pilatos: se lavan las manos. Sin embargo, es una maravilla veros hoy a vosotros, al iniciar el curso, viendo que la respuesta cristiana y las consecuencias socioeconómicas tienen una respuesta que se basa en el amor. En el amor de Dios que siempre nos precede. Él nos ama primero. Él nos precede en el amor, y nos precede también en las soluciones que tenemos que dar. Él nos ama incondicionalmente cuando acogemos este amor de Dios, y respondemos con el mismo amor. Y amamos no solo a quien me ama -mis amigos, mi familia, mi grupo-, también a los que quizá no me aman, a los que no me conocen, a los extranjeros, a los que me hacen sufrir, a los que considero a veces como enemigos...

Esta es la sabiduría cristiana. Y esta es la sabiduría que Jesús, si os habéis dado cuenta que la Palabra de Dios, en esta fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, nos ofrece el Señor. Esta sabiduría. Y es la que vosotros como institución, como Cáritas Diocesana, tenéis que realizar en esta tierra nuestra en la que tenemos que anunciar el Evangelio. Amar a todos. Absolutamente a todos. Es un arte. Y qué arte: cuántas cosas exige de nosotros. El amor verdadero es el que siempre nos hace fecundos. Siempre. Y nos hace libres. Libres. Se expande fácilmente. Es inclusivo. No retira a personas. Es un amor que cura, que sana y que hace el bien. Muchas veces nos hace una caricia. Sí: una caricia de perdón, sin argumentos, de un abrazo, de un escuchar, de un dar la mano. Es el amor inclusivo que sana. Por tanto, no se limita a relaciones entre personas o amigos, a la familia... Va más allá. Incluye otras relaciones: cívicas, políticas..., de todo tipo. Nos lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica. Nos lo dice la encíclica Laudato si: somos seres sociales y políticos. Y una de las más altas expresiones de amor es precisamente la expresión social, la que tenemos con los demás, que es decisiva para el desarrollo humano y para afrontar todo tipo de crisis.

Por eso, en primer lugar, antes de entrar en la Palabra de Dios, os quiero dar las gracias. Gracias a todos los que sentís algo que a mí me gustaría sentir. Por mí, estaría mucho más cerca de la gente de lo que a veces puedo mostrar. Puedo

estarlo de corazón, pero no puedo estar ahí todo el día. Y vosotros lo estáis. Vosotros acompañáis en concreto, ayudáis, estáis al lado... Estáis al lado de todos. Solo Dios sabe lo que hacéis. Debemos amar, dialogar, construir aquello que el Papa san Juan Pablo II empezó a llamar la civilización del amor. Tenemos que hacerla. Y tenemos que hacerla aquí y ahora. Sí. Todo esto es lo opuesto a las divisiones, a las envidias, a las guerras de familia... Todo. El amor de Dios es inclusivo; es social, es familiar, es político. Es un amor que lo impregna todo. Y que vosotros lo estáis haciendo muy bien. Por eso os digo: Gracias.

El coronavirus nos muestra que el verdadero bien para cada uno es el bien común, y viceversa: que el bien común es un verdadero bien para cada una de las personas. Si una persona busca solo su propio bien, es un egoísta. Es un egoísta. Si un grupo se aprovecha de las circunstancias para... no vale para nada. La persona se hace más persona cuando nos abrimos a todos. Cuando compartimos lo que tenemos.

Pues, queridos hermanos, habéis escuchado la Palabra del Señor. Que se resume en tres palabras, que a mi modo de ver son especialmente importantes en estos momentos: entrar, contemplar, y amar.

Entrar. Habéis escuchado la primera lectura que hemos proclamado de la carta a los Filipenses. El Dios en quien creemos, Cristo, no tuvo a menos hacerse hombre, estar en este mundo, estar en los caminos de los hombres. Y su Iglesia, de la que todos nosotros somos parte, tenemos que hacer lo mismo: hay que entrar. Este año -la tendréis muy pronto, porque la he entregado ya a la imprenta-, la carta pastoral que, de alguna manera, quiere darnos ese impulso a toda la Iglesia diocesana, la he titulado Quiero entrar en tu casa. Es aquel texto en el que Jesús entra en Jericó y ve a un hombre subido a un sicómoro, Zaqueo, y le dice: "Baja. Date prisa. Quiero entrar en tu casa". Y esa página del Evangelio me sirve a mí para deciros, viendo lo que el curso pasado veíamos con aquella otra página del Evangelio del ciego Bartimeo, "¿qué quieres que haga por ti?", pues hemos visto muchos sitios donde tenemos que hacer algo. Ahora vamos a entrar. No basta verlos: hay que entrar. Y Cáritas Diocesana es una institución singular y especial para entrar en el camino de los que más necesitan: de los más pobres. Hay que entrar. Hay que compartir. Hay que liberar. Hay que curar. Hay que sanar. "Quiero entrar". Hoy somos nosotros a los que el Señor nos dice: "Daos prisa. Quiero entrar en las casas, en los lugares, en los caminos donde están los

hombres. Especialmente los que estén sufriendo más por las consecuencias que se está viviendo en esta pandemia". El Señor nos llama a la Iglesia. El Señor se anonada entre los caminos de los hombres. Y quiere que su Iglesia, de la que somos nosotros parte, entre precisamente en esos caminos y en los lugares donde estén sufriendo. Y entremos todos: los que tienen para dar. Todos para acercarnos a quienes están sufriendo más. Entrar.

En segundo lugar, contemplar. Esto no se puede hacer de cualquier manera. No somos unos asalariados. Somos unos creyentes, discípulos de Cristo y miembros de la Iglesia, que naturalmente recibimos lo necesario para poder comer. Pero para poder entrar en la tarea que como discípulos de Cristo tenemos, es necesario aceptar esta palabra que el Señor nos decía en el Evangelio hace un instante: "Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente, así el Hijo del hombre". Contemplar. Él bajó. Nos dio un nuevo modo de vivir. Yo, os lo vengo diciendo durante esta pandemia aprovechándome de alguna manera del padrenuestro. Y os vengo diciendo que hay dos palabras que son dos sustantivos que son necesarios incorporar a nuestra existencia y a nuestra humanidad, que las ha olvidado: hijos y hermanos. Somos hijos de Dios y, por ello, hermanos de todos los hombres. Hay que contemplar a Cristo. Cómo hizo esto posible. Cómo se acercó a los caminos de su tiempo, y cómo entregó en esos caminos vida a quien se encontraba. Quitó sufrimientos, quitó pobreza, quitó divisiones... ¡Se acercaba a todos!

Contemplar. Vivamos en nuestras existencias estos dos sustantivos, que los ha olvidado la humanidad. Hay que actuar. Como nos dice el capítulo 25 del Evangelio de san Mateo: "Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, enfermo y en la cárcel y me visitaste". Etcétera, etcétera. ¡Hay que actuar! El Señor cuando lo contemplamos, lo vemos, nos lanza hacia los demás siempre. Y hay que tener un nuevo modo de vivir y de ser, que es amar. Tanto amó Dios al mundo, tanto, tanto, que no solamente se hizo presente, sino que haciéndose hombre dio la vida por amor a todos los hombres, para que aprendiésemos a hacer lo que salva. La vida es vida de verdad cuando se entrega, no cuando se retiene. Y es vida para los demás y para nosotros cuando se da. Contemplemos al Señor. Os invito a todos los que trabajáis en Cáritas a que hagamos un esfuerzo quizá mayor. No solamente por entrar, como os decía antes, en todos los caminos, sino entrar habiendo contemplado a Jesús.

En tercer lugar, amar. Nos lo ha dicho el Señor: "Tanto amó Dios al mundo que ha venido para que tengamos vida eterna". Vida eterna. Porque el Señor no ha venido a este mundo para juzgarnos y decir "pero qué malos son estos o no se ... ". No ha venido a a esto. Ha venido, no para juzgar, sino para salvar. ¿Cómo? Amándonos. Amándonos. Él nos salva amándonos. Abrazándonos, queridos hermanos. Esta es la realidad de nuestra vida. Pues yo os invito de corazón, en estos momentos de nuestra vida, a que hagamos verdad esto. Las soluciones a la pandemia, tanto a nivel de las pequeñas o grandes comunidades, no vienen por las huellas del egoísmo. Vienen por las huellas del amor. Estemos atentos a construir, y a dar, y a regalar estas huellas. Como nos enseña san Ignacio de Loyola, orientar todos los esfuerzos cotidianos de nuestra vida hacia el bien común hoy es una forma de recibir y difundir la gloria de Dios. Para esto nos ha dejado el Señor aquí, como discípulos suyos y miembros de la Iglesia. Incrementemos nuestro amor. Nuestro amor social. Y quiero subrayar esto de amor social. Contribuyendo todos, a partir de nuestra pequeñez, en todo lo que los demás necesiten. El bien común requiere la participación de todos. Y si cada uno ponemos algo de nuestra parte, y si no dejamos a nadie fuera, podremos regenerar este mundo y esta sociedad. El peligro es dejar aparte a gente. "Este no me sirve".

Dios, su imagen, está dentro de nosotros mismos. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Por tanto, también de alguna forma somos amor, porque Dios es amor. Dejemos lo otro: lo que se ha adherido a nuestra vida y nada tiene que ver con la imagen que somos. Dios es amor. Con su ayuda, podemos sanar y trabajar juntos, no solamente por el bien propio, sino por el bien de todos los hombres. La carta que esta próxima semana os escribo, la he titulado Eduquemos para el amor. Y os propongo diez bienaventuranzas para educarnos para este amor.

Que el Señor que se hace presente aquí entre nosotros, este Jesús que nos ha dicho hoy a la Iglesia: "entrad. Entrad en los caminos reales de los hombres,. Entrad. Contempladme. No vayáis de cualquier manera,. Y amad". Este amor viene a este altar, junto a nosotros, para provocar en nuestro corazón y en nuestra vida un cambio real de nuestra existencia. Acojamos a Jesucristo. Y comencemos el curso con esta gracia, que es sabernos discípulos de Jesús y miembros de la Iglesia. Con esta gracia de una Iglesia que quiere decir hoy, en Madrid, aquí y ahora, a todos los que nos encontremos: "quiero entrar en tu casa". A los que creen, a los que no creen, a los distantes, a los que están en contra... "Quiero entrar en tu casa". Quizá la belleza más grande para entrar la da precisamente Cáritas Diocesana. Hagamos

un esfuerzo por esto. Que el Señor os bendiga y os guarde siempre, y que la Santísima Virgen os acompañe.

Cuántas veces a través de mi vida..- Hoy, allá en mi tierra, se celebra en Potes, en Liébana, se besa el leño de la cruz. Dicen que es el leño más grande que hay, o que se conserva. Y yo recuerdo las veces que lo besaba en este día, que han sido muchos años: 20 años de vicario general, y después los casi dos años que estuve, siendo arzobispo de Oviedo, como obispo también de allí, mientras nombraban a otro obispo; yo, siempre que me acercaba a besar el leño, decía: "Señor, que entre en el corazón de los hombres. Que entre, no con mis fuerzas, sino con las que tú me das. Pero, sobre todo, que entre queriendo a la gente, sin guardar nada para mí". Hagamos lo mismo siempre. Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA MISA DE ENVÍO
DE LOS DOCENTES CATÓLICOS DE LA DIÓCESIS

(28-09-2020)

Queridos vicarios episcopales. Querido deán de la catedral. Hermanos sacerdotes. Delegada de Educación de nuestra archidiócesis de Madrid. Hermanos y hermanas todos.

Hemos comenzado un curso nuevo y estamos aquí, poniendo nuestra vida delante de nuestro Señor, porque además es un curso especial. Nuestra forma de vivir y de hacer las cosas, fruto de esta pandemia que está viviendo toda la humanidad, se ha visto modificada sustancialmente. También en nuestro trabajo, en el entorno de los centros de estudio, la metodología, la planificación, incluso los recursos que tenemos, se han visto alterados y tenemos que inventarnos y realizar cosas que quizá no preveíamos. Además de estas circunstancias, estamos en un momento en el que vemos que mucha gente está sufriendo, que tienen temor, que tienen miedo y que necesitan también de nosotros que los acompañemos. En esta situación de incertidumbre, por esta pandemia, necesitamos también ver la

fuerza y la luz de Dios, como acabamos de escuchar en la Palabra que el Señor nos ha entregado.

Es un momento también para repensar la educación. Motivo de la pandemia, veis que en las cartas que os escribo todas las semanas estoy tocando el tema de la educación: eduquemos para cuidar la tierra, eduquemos para el amor, eduquemos para la verdad que tanto se necesita en estos momentos, o la de esta semana, que la he titulado Eduquemos para la comunión. Naturalmente que cuento con nuestro Señor Jesucristo para hacer todo esto. No es una educación aséptica, que tenga una distancia de la realidad que nos reúne a nosotros aquí, esta noche, en la celebración de la Eucaristía.

El momento, como os decía, es oportuno para repensar la educación. Y para poner en el centro a quien tiene que estar, que son los alumnos. Y poner en el centro de nuestro corazón también, como educadores cristianos, a Jesucristo. El Señor nos ha dado una vocación, la vocación docente, y vamos a ejercerla con todas las consecuencias. Por eso, como discípulos de Jesús, este envío, que esta profesión también necesita: somos enviados por el Señor para anunciarle... Naturalmente que vuestra vida, la vida del educador, también es una cuestión de amor. Como decía Don Bosco, la educación es una cuestión de amor. Y es una cuestión que nos llama a mirar, y a la acogida, y a abrir las puertas a todos y, en definitiva, a descubrir que nosotros somos también agentes de cambio, y que nuestro trabajo es para hacer posible este cambio.

"Inclina el oído y escucha mis palabras". Escuchemos el rumor de todo lo que está sucediendo a nuestro alrededor en estos momentos. Escuchemos las conversaciones que se tienen en todos los niveles. Que os diría: "ojalá no sean las nuestras", porque a veces ciertas conversaciones son para, en medio de esta pandemia, buscar a ver cómo puedo yo seguir triunfando, y no para ver cómo yo tengo que seguir sirviendo; y sirviendo a los que más necesitan, y sirviendo por supuesto a los que están iniciando la vida, y a los que vosotros dais clase. Pero el Señor nos ha invitado a inclinar el oído. Escuchar sus palabras. "Escucha. Atiende. En mis labios no hay engaño". Es un momento oportuno para descubrir la verdad que nos entrega nuestro Señor. Que seamos capaces, como nos decía el salmista en este salmo 16 que hemos recitado, de mirar con rectitud; de tener la mirada de Jesús; de dejarnos que sondee nuestro corazón; de dejarnos que nos visite en la oscuridad, en la noche. En estos momentos quizá estamos, en muchos momentos y

circunstancias, en la noche. Pero dejemos que el Señor nos visite, y encienda nuestro corazón y nuestra vida. Y, sobre todo, invoquemos a nuestro Señor. Invoquémosle. Y démosle ocasión para que, con atención, escuchemos lo que Él nos dice. Y, sobre todo, la maravilla de su misericordia y de su amor, que se unen a todos nosotros.

Quizá yo os diría, como educadores hoy, después de escuchar la Palabra que hemos proclamado... lo resumo en tres palabras: probado, escogido y llamado. También nosotros hemos sido probados. Como le pasó a Job cuando el Señor le preguntó a Satanás: "¿De dónde vienes?". "De dar vueltas por la tierra". Y en estas vueltas por la tierra estamos viendo cómo está la humanidad. Esta pandemia está tocando la vida de tantos y tantos hombres, en tantas y tantas circunstancias. Hace un rato, antes de venir aquí, en una videoconferencia, estaba hablando con los países de Centroamérica: Guatemala, Honduras, El Salvador... Es terrible lo que te cuentan, queridos hermanos. No nos quejemos nosotros. Dar vueltas por la tierra. Y el Señor, lo único que le dijo fue: "¿Y te has fijado en Job?". Yo diría: ¿te has fijado en tanta gente que en estas circunstancias está dando la vida por los demás? ¿Te has fijado en todos los educadores que, arriesgando su vida también, no les importa el gastar tiempo con los jóvenes y con los niños para regalarles la noticia más importante, la que en estos momentos quizá puede entregar alguna luz? ¿Te has dado cuenta de la gente que está así? Recordad que la respuesta de Satanás a Dios fue: "¿Y crees que teme a Dios?". Y entonces el Señor le dijo: "Pues tú... pruébale a Job. Pruéble a Job. Haz lo que quieras con sus cosas, pero a él no le toques".

Qué preciosa es esta expresión. El ser humano es sagrado. No podemos jugar con el ser humano. No podemos estar solamente mirándole a distancia. Hay que tocar el corazón del ser humano. Y esta es la educación. En lo que vosotros dais, en la cercanía que tengáis a vuestros alumnos, en la manera de expresaros y de atenderles: tocad el corazón. Porque lo que estáis haciendo no es llevar el mal, como quería Satanás con Job; estáis llevando una manera de entender la vida, una manera de ver a los demás, una manera de situarnos ante los otros dando la mano y no cerrándola, una manera de fijarnos en las necesidades reales que tiene el ser humano. ¿Veis? A Job le probó matando a todos sus criados, haciéndoles morir; matando a sus bueyes, al rebaño de sus ovejas, a los mozos que cuidaban los camellos, y a los camellos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos... Y, sin embargo, Job, recordad esta palabra que dijo: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó: bendito sea el nombre del Señor". Solo necesito a Dios, en definitiva, fue la respuesta que dio Job.

Queridos hermanos: estas circunstancias que estamos viviendo nos están llevando también a descubrir a veces dónde la humanidad ha puesto el corazón y su vida. O, por lo menos, los que dirigen nuestra humanidad. Siempre es en el triunfo de ellos: a ver quién hace la vacuna primero. En el fondo, es a ver quién gana más. A ver quién... Que es necesaria por supuesto... ¿Pero estaría bien ir pegándonos para ver... cuanto antes la tengamos, para que no muera nadie más, y para que esta humanidad pueda ser feliz?.

Queridos hermanos: solo necesito a Dios. Esta noche, el Señor se acerca a vosotros para haceros ver que esta es la necesidad fundamental que tienen los hombres en esta humanidad. Hemos olvidado cosas que son importantes en la humanidad. Hemos olvidado que somos hermanos. Y lo hemos olvidado porque además hemos olvidado a Dios, que es el único que nos da capacidad para comprender que si somos hijos de Él, somos hermanos. Pero olvidado Dios, somos vecinos; a veces bien avenidos, a veces avenidos, porque nos metemos miedos los unos a los otros, si tú me haces esto yo te hago lo otro... Pero no hemos descubierto la verdadera razón por la que tenemos que dar la mano a todos. Y vosotros, como profesores, como profesionales también de la educación, que es cuestión de amor, tenéis que llevar a entender la necesidad de Dios para el corazón de los hombres, y para que subsista esta humanidad, sirviendo a los demás y no sirviéndonos de los demás. Por eso os decía: probado. Seremos probados también. Pero ojalá todos digamos "solo necesito a Dios", como Job.

En segundo lugar, escogidos. Sí. Escogidos para ser pequeños, como nos decía el Evangelio; para ser humildes. Porque la importancia no está en ser grandes y con poder y con prestigio... y con no sé cuántas cosas más. ¿Quién es el más importante?. Jesús cogió a un niño. Un niño que necesita de los demás. Como nosotros necesitamos de Dios también. Necesita de los demás. Necesita ser acogido. Escogidos para enseñar que hay que acoger a los demás siempre. Sea quien sea. No podemos vivir de ideologías. Vivimos de una adhesión absoluta a un Dios vivo y verdadero que se nos ha manifestado en Jesucristo, y que nos ha dicho que somos hermanos de todos los hombres, y que a todos los hombres tenemos que cuidar. Y que el cuidado más grande que se puede dar a alguien es hacerle sentir que es lo más importante, pero cuando se hace más pequeño porque se agarra a Dios, que es lo más grande. Probados en estas circunstancias vosotros. Escogidos también para expresar dónde está la importancia del ser humano. Y descubriéndolo en Jesucristo, que siendo Dios no tuvo a menos hacerse hombre

y pasar por uno de tantos. Este Dios es el que nos enseña a empequeñecer para engrandecer.

Y, en tercer lugar, llamados. Ha sido precioso esto que hemos escuchado en el Evangelio: "Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, pero no es de los nuestros. Se lo hemos impedido". Qué preciosa es la respuesta de Jesús, y a eso sois llamados, somos llamados todos: "Todo el que hace bien, es de Dios". Jesús nos hace ver que tenemos que fijarnos en todos los hombres. Lo importante es que hagan el bien. Que sean hombres y mujeres de bien. Que sean hombres y mujeres que impartan, y den, y entreguen... que pongan el corazón en los demás. Si tienen poder, si echan demonios, no se lo impedáis. El caso es que hagan el bien. Es verdad que, a la larga, quien hace el bien se encuentra y se topa necesariamente con Dios.

Queridos hermanos, vamos a escuchar de verdad, de corazón, al Señor que nos ha hablado. Prestemos oído a lo que nos ha dicho. Prestemos oído a esta orientación que el Señor nos da. Seremos probados, es verdad. Tenéis muchas dificultades hoy para ser profesores, y máxime los que estás dando la clase de Religión. Muchas dificultades. Porque en el fondo, en el fondo, en esta cultura, un Dios que nos dice que somos hermanos, y que nos impide cascarnos unos a los otros, estorba. Porque vamos a ver quién puede más. Y queremos ser dioses nosotros. Y, por tanto, el que de alguna manera, habla de Él, estorba. Y se le ponen dificultades.

Probados. Pero habéis sido escogidos. Sed humildes y pequeños. Entregad la presencia de Dios. El niño, en cuanto le abres los brazos, se tira a ti. Abrid los brazos a todos los hombres. Habéis sido escogidos y llamados para esto. Que Jesucristo nuestro Señor, que viene ahora junto a nosotros al altar, nos enseñe esto, que es fundamental para todos los hombres: la verdad es esencial, tanto en la vida personal como en la vida pública. Y qué importancia tiene ser valientes para decir, buscar y seguir la verdad con todas las consecuencias. Por eso, yo deseo que en este curso todos vosotros intentéis educar en la Verdad. Con mayúsculas. Es Jesús el que nos ha dicho que es el Camino, la Verdad y la Vida. Es Jesús el que nos dice que garantiza el crecimiento del ser humano cuando se le educa en la verdad. Es Jesús el que os va a impulsar a no tener miedo en las circunstancias difíciles que vivimos por la pandemia, pero también que vivís por entregar esa noticia de que la trascendencia y lo religioso no es un adyacente para el ser humano. Constituye una dimensión fundamental de la existencia humana, que cuando se liquida y se borra

convertimos en una selva de animales salvajes nuestra convivencia, y nos estorbamos unos a otros. Seguid adelante. Seguid con fuerza.

Dentro de unos días voy a entregar la carta pastoral de este año que he titulado Quiero entrar en tu casa. Es el texto de Zaqueo, aquel hombre que se sube a un sicomoro, a un árbol, para ver pasar a Jesús. Y es Jesús el que lo ve, y fijándose en él, le dice: "Date prisa, que quiero entrar en tu casa". Es la dimensión misionera que tenemos también en la Iglesia. Es la dimensión que tenéis vosotros. La dimensión misionera. Entrad en la casa de los jóvenes, de los niños. Entrad. No violentando. Entrad con las herramientas que el Señor nos regala siempre. El gran regalo nos lo hace ahora haciéndose presente entre nosotros. Que así sea.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

NOMBRAMIENTOS CONSEJO EPISCOPAL 8 DE SEPTIEMBRE DE 2020

ARCIPRESTES:

- **De Virgen de la Paloma y San Pedro el Real:** D. Ángel Luis Miralles Sendín.
- **De Cristo del Amor:** D. Jesús Yébenes García.

PÁRROCOS:

- **De Cristo Salvador y San Matías:** P. Nicolás Velasco Calleja, C.M.
- **De San Manuel y San Benito:** P. Modesto García Grimaldos, O.S.A.
- **De Santa María la Real de la Almudena:** M. Iltre. Sr. D. Jorge Cristóbal Ávila Mejía.

- **De San Francisco de Paula:** P. Saturnino Pasero Barraón, S.M.A.
- **De Nuestra Señora del Valle:** D. Antonio María García Hernáiz.

PÁRROCOS IN SOLIDUM:

- **De Nuestra Señora de la Vid y Nuestra Señora del Buen Consejo, de San Sebastián de los Reyes:** P. José Luis del Castillo Campos, O.S.A. (Moderador), P. Ramón Sala González, O.S.A., P. Javier Antolín Sánchez, O.S.A., P. José Luis Eugercios Arriero, O.S.A., P. Adelino Martín Bravo, O.S.A.
- **De Virgen de la Paloma y San Pedro el Real:** D. Gabriel Benedicto Casanova y D. Alejandro Aravena Vera.

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Santa Matilde:** D. Elías Roperto Catalán.
- **De San Manuel y San Benito:** P. Eutiquio Merino Fernández, O.S.A., P. Víctor Fernández Santos, O.S.A. y P. José Souto Prado, O.S.A.
- **De Santa María del Bosque:** P. Jesús Torres Fernández, O.S.A., P. Xavier Sibi Valiathara Sebastián, O.S.A.
- **De Santa Ana y la Esperanza:** P. Santos Díaz Corona, O.S.A.
- **De Santa María del Pozo, Santa Marta y San Raimundo de Peñafort:** P. Ángel Muelas Checa, C.S.J.
- **De San Francisco de Paula:** P. Kouame Raymond Koffi, S.M.A.
- **De Nuestra Señora de los Desamparados y San Lucas:** D. César Augusto Quispe.
- **De Santa Ángela de la Cruz:** P. Manuel García Artiga, O.S.A.

ADSCRITOS:

- **A San Juan Bautista:** D. Raúl Sacristán López.
- **A Parroquia de Natividad de Nuestra Señora:** D. Jean Marie Irankumda.
- **A San Francisco de Paula:** P. Senanou Kofi Azaibali, S.M.A.

OTROS OFICIOS:

- **Capellán del Hospital Infanta Sofía, de San Sebastián de los Reyes:** D. Miguel Lozano Martínez.

**NOMBRAMIENTOS CONSEJO EPISCOPAL
15 DE SEPTIEMBRE DE 2020**

ARCIPRESTES:

- **De Nuestra Señora de la Paz:** D. Francisco del Pozo Hortal.
- **De San Fermín - Orcasitas:** D. Agustín Rodríguez Teso.

PÁRROCO:

- **De San Simón y San Judas:** P. Juan Cruz Perea Armentia, S.M.

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Nuestra Señora de las Américas:** P. Francisco Javier García Escorza, M.V.D.
- **De Nuestra Señora de la Paz:** D. Pablo Alcolea Arroyo, por dos años.
- **De San Simón y San Judas:** P. Ignacio Zabala Camarero, S.M.
- **De Perpetuo Socorro:** P. Domingo Sánchez Prados, C.S.S.R.
- **De Santa María, de Majadahonda:** D. Javier Jiménez Cerro.

ADSCRITOS:

- **A Guadalix de la Sierra y Navalafuente:** D. Jonathan J. Zambrano Bustamante.

OTROS OFICIOS:

- **Defensor del Vínculo del Tribunal Eclesiástico Metropolitano:**
D. Raúl Fernández Jiménez.

**NOMBRAMIENTOS CONSEJO EPISCOPAL
22 DE SEPTIEMBRE DE 2020**

OTROS OFICIOS

- **Capellán de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid:** D. Jesús Isidro Cotorruelo Carbayo (22-09-2020).
- **Capellán del Hospital Ramón y Cajal:** D. Álvaro Montes Arteaga. (22-09-2020).
- **Capellán del Hospital Ruber Internacional:** D. Aurelio Favi. (22-09-2020).

DEFUNCIONES

– El 5 de septiembre de 2020 falleció, a los 75 años, el sacerdote carmelita P. MIGUEL ÁNGEL PÉREZ GUTIÉRREZ. Natural de Viérnoles (Cantabria), fue ordenado el 4 de abril de 1972 en Roma. En la diócesis, fue vicario parroquial de Nuestra Señora de los Reyes (1978-1979); párroco de Nuestra Señora de Altamira (1979-1990), y arcipreste del Barrio del Pilar (2003-2009). Desde el año 2000 era vicario parroquial de Nuestra Señora Flor del Carmelo.

– El 5 de septiembre de 2020 falleció en Madrid, a los 81 años, D. JOSÉ ANTONIO TARRERO BORRO, padre de Dña. Cristina Tarrero, directora del Museo Catedral de la Almudena.

– El 7 de septiembre de 2020, falleció en Madrid a los 75 años, D. JAVIER AYESTARÁN TALENS, hermano del sacerdote D. Luis Ayestarán Talens, notario de partidas en el arzobispado.

– El 10 de septiembre falleció, a los 79 años, el sacerdote D. JOSÉ DÍAZ-TOLEDO SANCHEZ-COGOLLUDO. Natural de Viérnoles (Cantabria), fue ordenado el 23 de junio de 1969 en Madrid. Fue ecónomo de Santa María de la

Alameda y encargado de Robledondo (1969-1971); vicario parroquial de Virgen de la Paloma y San Pedro el Real (1971-1985); párroco de Santiago y San Juan Bautista (1985-1988); misionero itinerante en Uruguay (1988-1993); párroco de Santa Beatriz (1993-1994), y párroco de Nuestra Señora de Valvanera de San Sebastián de los Reyes (1994-2016).

– El 14 de septiembre falleció, a los 87 años, D. MARIANO FRADEJAS LÓPEZ. Natural de Pino del Río (Palencia), fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1956 en Madrid. Diocesano de Madrid, fue vicario parroquial de San Juan Bautista, de Arganda del Rey (1956-1959); ecónomo de Virgen de los Llanos (1965-1984); vicario parroquial de Nuestra Señora del Valle (1984-1996), y párroco moderador de Nuestra Señora del Valle (1996-2004).

– El 15 de septiembre falleció a los 78 años, en Madrid, el padre carmelita D. JOSÉ BENAVENTE GARCÍA. Natural de Molina de Segura (Murcia), fue ordenado sacerdote el 4 de julio de 1966, en Granada. En la archidiócesis de Madrid fue párroco de Nuestra Señora de Sonsoles (1996-1999); arcipreste de Espíritu Santo (1997-1999), y párroco de Santa María de Monte Carmelo (2011-2017).

– El 17 de septiembre falleció a los 61 años el padre D. JOSÉ MAZUELAS MORILLA, perteneciente a la Congregación de la Misión (PP. Paúles). Durante varios años estuvo al servicio de la diócesis de Madrid, siendo vicario parroquial de San Vicente de Paúl (1988-1995); vicario parroquial de Virgen de las Gracias (1995); vicario parroquial de Cristo Salvador (1995-1996); párroco de Cristo Salvador (1996-1999); vicario parroquial de San Roberto Belarmino (2003-2005) y vicario parroquial de San Roberto Belarmino (2007-2011).

– El 19 de septiembre falleció en Madrid, a los 82 años, D. JAIME LORIGA MÉNDEZ, padre del sacerdote D. Ignacio Loriga Bardaxí, párroco de Espíritu Santo y Nuestra Señora de la Araucana.

– El 21 de septiembre falleció a los 84 años el sacerdote D. ALFREDO PEÑA SANTAMARÍA. Natural de Santa Coloma de Rudrón (Burgos), fue ordenado sacerdote el 16 de abril 1963 en Salamanca. Era diocesano de Madrid, donde ejerció como vicario parroquial de Nuestra Señora del Puig (1979-2010).

– El 25 de septiembre falleció D^a. EUGENIA CARRANZA, madre del sacerdote D. Antonio Fernández Carranza, vicario parroquial de San Juan Evangelista.

– El 26 de septiembre falleció D. CÉSAR DEL AMA, padre del sacerdote D. César del Ama Atalaya, vicario parroquial de San Juan de Ávila.

– El 27 de septiembre falleció en Madrid D^{ña}. LUCÍA SÁNCHEZ, madre del sacerdote D. José Carlos González Sánchez, párroco de la Encarnación del Señor.

– El 30 de septiembre falleció, a los 77 años, el sacerdote D. LUIS ALONSO GARCÍA. Natural de Madrid, fue ordenado sacerdote el 27 de junio de 1970 en Madrid. Fue vicario parroquial de Asunción de Nuestra Señora de Chinchón (1970-1974); vicario parroquial de Santa Eugenia (1974-1983); párroco de Santa María de Martala (1983-2013) y adscrito a esa misma parroquia (2013-2015), y colaborador en Santa Teresa y Santa Isabel desde 2015.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él, la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

SEPTIEMBRE 2020

Día 1, martes.

- Durante la tarde tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 2, miércoles.

- Por la mañana tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 3, jueves.

- Por la tarde tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 4, viernes.

- Tiene una entrevista sobre su libro titulado "Despertad a la misión. Cartas y reflexiones en tiempos de COVID 19" para el programa *Artesanos de la fe* de COPE.

- A continuación, tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Al finalizar la tarde, preside la primera vigilia de oración con jóvenes "Adoremus" del nuevo curso pastoral 2020-2021, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 5, sábado.

- Por la mañana se reúne con el Cabildo Catedral.
- Por la tarde celebra una Misa de acción de gracias en el Hogar del Inmaculado Corazón de María, de las Misioneras de la Caridad, en la festividad litúrgica de Santa Teresa de Calcuta.

Día 7, lunes.

- Celebra la Eucaristía de inicio del año judicial en la parroquia de Santa Bárbara.
- A continuación, preside en la Catedral la Misa de inicio de curso pastoral de la Curia diocesana.

Día 8, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde celebra en la Catedral la Misa en la fiesta titular de la Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena.

Día 9, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE.

Día 10, jueves.

- Asiste a la toma de posesión del Teniente Coronel del Cuerpo de Intendencia, D. Alfonso Pedro Gonzalez Lavín, en el salón de actos Buenavista del Cuartel General de Ejército.
- Se reúne con los formadores del Seminario Conciliar, en la casa de oración La Cerca, de Los Molinos, para estudiar la programación del curso pastoral 2020-2021.

Día 11, viernes.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- A continuación, tiene una entrevista con Europa Press.
- Por la tarde tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 12, sábado.

- Participa en la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación organizada por la Asamblea Episcopal Ortodoxa de España y Portugal y el Arzobispado de Madrid, y que este año se celebra de manera virtual.

Día 14, lunes.

- A lo largo de la mañana tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- Preside en la Catedral la Misa de inicio de curso pastoral con la familia de Cáritas Diocesana de Madrid.

Día 15, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde participa en la presentación del I Concurso de Cuentos "Laudato si" 2020-2021, por videoconferencia.
- A continuación, preside en la parroquia de Santa Cruz de Atocha una solemne Eucaristía en el 430 aniversario de la Real Congregación de Esclavos de María Santísima de los Siete Dolores.

Día 16, miércoles.

- Se reúne con el Patronato de la Fundación Museo Cerralbo, en la sede de la Fundación.

Día 18, viernes.

- Encuentro con la Comunidad de San't Egidio en Roma.

Día 19, sábado.

- Asiste en Roma, con el Cardenal D. Juan José Omella, presidente de la CEE y Mons. Luis Argüello, Secretario General de la CEE, a la audiencia concedida por el Papa Francisco a los miembros de la cúpula de la Conferencia Episcopal Española.

Día 20, domingo.

- Celebra la Eucaristía de acción de gracias en la parroquia Santa Teresa y Santa Isabel por la finalización de la reforma integral del templo.

Día 21, lunes.

- Tiene un retiro con los sacerdotes de la Vicaría I en la parroquia Asunción de Nuestra Señora, en el inicio del curso pastoral 2020-2021.
- Por la tarde celebra la Eucaristía en la parroquia de San Bernabé de El Escorial con motivo del 425 aniversario de la inauguración de la parroquia.

Día 22, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.

Día 23, miércoles.

- Tiene un retiro con los sacerdotes de la Vicaría II en la parroquia San Juan Evangelista, en el inicio del curso pastoral 2020-2021.
- Por la tarde interviene de manera virtual en la entrega de las ayudas a causas solidarias del Fondo Sabadell Inversión Ética y Solidaria.

Día 24, jueves.

- Tiene varias entrevistas en el Arzobispado.

Día 25, viernes.

- En la catedral de la Almudena preside la Eucaristía en la que imparte el sacramento de la Confirmación a jóvenes universitarios.

Día 26, sábado.

- Participa con el P. Hans Zollner, SJ, en la clausura del I Curso de Protección de Menores del ITVR.
- Al finalizar la tarde celebra una misa funeral por la madre y el hermano del Vicario Episcopal, D. Juan Carlos Vera, en la parroquia Ntra. Sra. de Guadalupe.

Día 27, domingo.

- Mantiene un encuentro con los feligreses de la parroquia Santa Teresa Benedicta de la Cruz y a continuación celebra la Eucaristía en el inicio de curso pastoral.
- Por la tarde, en la parroquia San Josemaría Escrivá de Balaguer, imparte el sacramento del Bautismo a niños rescatados del aborto de la Asociación Más Futuro.

Día 28, lunes.

- Tiene varias entrevistas en el Arzobispado.
- A continuación, se reúne por videoconferencia con el Patronato de la Fundación San Agustín.
- Por la tarde, se reúne con el Patronato de la Fundación San Francisco de Borja por videoconferencia.
- A última hora de la tarde celebra, en la catedral de la Almudena, la Misa de envío de profesores en el inicio del curso pastoral 2020-2021.

Día 29, martes.

- Se reúne con la Comisión Permanente de la CEE.

Día 30, miércoles.

- Continúa la reunión de la Comisión Permanente de la CEE.
- En el monasterio de las Carboneras preside la Misa solemne en la clausura del XVI Centenario del tránsito de San Jerónimo.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

CARTA PASTORAL

**PARA GESTAR NUEVOS CRISTIANOS
"MONSTRA TE ESSE MATREM"**

Septiembre 2020

INTRODUCCIÓN

Durante el presente curso se cumplirán, D.m., los cincuenta años de mi ordenación sacerdotal (8 de julio de 1971) y los veinticinco años de mi consagración episcopal (14 de abril de 1996). Esta larga trayectoria se me presenta como una ocasión de gracia para recordar con gratitud los dones de Dios siempre inmerecidos, para reconocer con humildad todas mis deficiencias, errores y pecados y, también, para hacer memoria de la asistencia divina y de la experiencia acumulada a lo largo de estos años.

Desde mi más tierna infancia fui educado por mis padres, por mis maestros y por la tradición de mi pueblo (Cocentaina, Alicante) en un amor grande a la

Santísima Virgen María con la advocación de Virgen del Milagro (la Mare de Deu). Era costumbre entre mis paisanos visitar diariamente el santuario de la Virgen, invocarla en cualquier ocasión, particularmente en los momentos decisivos de la vida, y celebrarla juntos como Madre con verdadera alegría y entusiasmo. En aquellos momentos a nadie extrañaba que a los seis años ya supiera rezar el Santo Rosario con las letanías en latín.

Recién nacido fui consagrado a la Virgen y Ella me ha acompañado como buena Madre a lo largo de toda mi vida. Para mí la piedad mariana ha sido algo connatural y Ella ha sido siempre mi intercesora y mi punto de referencia en la fe. Por eso al tener que escoger un lema para mi episcopado no pude menos que recurrir al himno *Ave maris stella* (Salve, estrella del mar) en el que se dice en una de las estrofas *Monstra te esse matrem* (Muestra que eres Madre).

Tengo que aclarar, sin embargo, que, si observáis mi escudo episcopal, esta maternidad va referida tanto a la Virgen María como a la Iglesia. Por eso en el escudo observaréis la referencia al bautismo (una cruz sobre las aguas), la simbología eucarística del colegio de San Juan de Ribera donde estudié la teología, y la representación del Espíritu Santo (la paloma con siete rayos – siete dones) junto al anagrama de la Virgen (la A superpuesta a la M).

Más allá de las connotaciones biográficas, en el escudo episcopal quise poner de manifiesto la importancia de la gestación de los cristianos (lo que llamamos iniciación cristiana) a través del ministerio de la Iglesia (la familia-iglesia doméstica y la comunidad cristiana), que tiene su modelo en la Virgen quien, con su *fiat* (hágase), concibió por obra del Espíritu Santo y dio a luz al Hijo de Dios, al Redentor del hombre.

Fui ordenado sacerdote a los veinticuatro años y en mi primer nombramiento fui enviado como coadjutor a la parroquia de San Juan Bautista de Manises, ciudad cercana a Valencia. Cuando celebraba la Santa Misa la Iglesia estaba llena de niños, jóvenes, matrimonios y adultos. Cualquier acto que se organizaba en la parroquia era multitudinario, todavía en 1971. Estuve sólo dos años, el tiempo suficiente para visitar a todas las familias en sus casas. Inmediatamente comprendí que el gran punto de apoyo para la transmisión de la fe y la custodia de la tradición católica era la familia.

En las propias casas teníamos la preparación del Bautismo con celebraciones muy cuidadas a las que acudían los parientes. Del mismo modo la preparación individualizada de los novios, más allá de los cursos prematrimoniales, era también en las casas. Con el paso del tiempo, fruto de las visitas, organizamos varios grupos de matrimonios siguiendo un plan establecido de oración familiar y formación que incluía retiros y ejercicios espirituales.

Los niños, adolescentes y jóvenes estaban agrupados en la catequesis parroquial, en el movimiento *Junior* de carácter diocesano y en los grupos juveniles. Con ellos organizábamos semanas de la Juventud, campamentos de verano y salidas a la montaña en las que no faltaban nunca los momentos de piedad mariana, la celebración de la Santa Misa, la Confesión y las charlas de formación adaptadas a cada edad; grupos de teatro, música, etc.

Mirado desde fuera todas estas piezas estaban en su sitio, pero de frente venía un vendaval arrollador del que había que defenderse y contrarrestar con propuestas concretas que siguieran un proceso continuado y que respondieran a las exigencias concretas de su vida.

En aquel momento, en España, se juntó el llamado postconcilio con el cambio de régimen donde se propició una actitud de aceptar todo lo “nuevo” por ser nuevo sin pararse a distinguir entre lo “bueno”, lo “menos bueno” y lo pernicioso o “malo”. Tan sólo estuve en Manises dos años, siendo trasladado a Roma para ampliar estudios y procurar el Doctorado en Teología Moral. Me fui llorando al tener que dejar a los primeros fieles que se me habían confiado y a los que con tanta ilusión dediqué mis primeros pasos en el sacerdocio.

En Roma encontré un ambiente en ebullición. Eran los años del postconcilio y del disenso respecto a la Carta Encíclica del Papa San Pablo VI, *Humanae vitae*, referida al amor conyugal y a la procreación. Si el ambiente romano era confuso, en España se estaba operando una “deconstrucción” de la cultura cristiana galopante, fundamentalmente en la universidad y en algunos medios de comunicación. El ambiente de novedad, de disenso en algunos casos y de secularización penetró en el interior de la Iglesia, de tal modo que a mi regreso de Roma el ambiente que noté era ya muy distinto del que conocí en 1971. Pocos años fueron suficientes para ir desmoronando un edificio (la propia Iglesia católica) que se mostraba compacto y, a su modo, fecundo.

Con el doctorado en Moral y desde el Seminario de Valencia, primero como Prefecto de filosofía y después como Rector, continuaba pensando que había que fortalecer a los jóvenes en su noviazgo y en su vocación, alentar a los matrimonios y fortalecer a las familias cristianas, vinculándolas a las parroquias y a los distintos movimientos que iban surgiendo.

Recuerdo que mi arzobispo me propuso pasar por distintas parroquias y ofrecer a los novios en los cursos prematrimoniales y a los matrimonios una explicación de la Encíclica *Humanae Vitae* como respuesta a las exigencias del verdadero amor conyugal y al designio de Dios Creador. Pronto comprobé que faltaban claves seguras para recibir como buena noticia la Encíclica de Pablo VI y que las nuevas propuestas de la anticoncepción, el divorcio, el aborto y todo lo que ha venido después con la reproducción asistida, la ideología de género, la transexualidad, etc., estaba ya sembrado por un déficit antropológico, una carencia básica en la consideración del cuerpo y de la antropología cristiana nombrada por San Juan Pablo II como antropología adecuada.

Desde el Seminario continuaba acompañando grupos de matrimonios y conociendo los distintos movimientos matrimoniales y familiares: Equipos de Nuestra Señora, Movimiento Familiar Cristiano, Encuentro matrimonial, Equipos parroquiales de matrimonios, etc. Luego surgieron los Movimientos eclesiales que, junto al Opus Dei, fomentaban la familia cristiana y la natalidad: Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación, Renovación Carismática, la Obra de María o Movimiento focolar, Schoenstatt, las Congregaciones Marianas, Hogares Don Bosco y las fraternidades vinculadas a las Congregaciones religiosas, etc.

Años más tarde, desde la Delegación de Pastoral Familiar y de la Vida en Valencia se pudo promover la sección española del Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia. Personalmente para mi vida sacerdotal y episcopal el haber presidido esta institución en España, vinculada a Roma como un único Instituto, ha supuesto un haz potente de luz que ha iluminado mi ministerio sacerdotal y episcopal y me ha ayudado a dirigir la subcomisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española durante quince años.

A lo largo de todo este tiempo el Señor me ha concedido ser testigo privilegiado de cuanto sucedía en España respecto a los temas de la dignidad de la vida humana y los referidos a los ámbitos del matrimonio y de la familia. El afán

demoledor de la cultura cristiana respecto a estos temas en España ha sido y es tremendo. España, sin lugar a dudas, ha sido un campo a conquistar respecto a la secularización y un laboratorio donde ensayar toda la deconstrucción antropológica, la ideología de género, su derivación en la teoría “queer”, etc. , que después se ha transportado a Hispanoamérica. Todo ello, a la vez, hay que situarlo en un sistema global diseñado como ingeniería social y que tiene como objetivo la exaltación de la autonomía radical del individuo, la promoción de la libertad como posibilidad de todas las posibilidades y la afirmación de los propios deseos y sentimientos como nuevos derechos humanos.

El itinerario ha sido el siguiente: favorecer al máximo el secularismo en la cultura, la vida social y al interior de la Iglesia. Con este secularismo lo que se busca es prescindir de Dios y hacerlo irrelevante para la vida personal, familiar, social y política. Si los principios de la moral católica dejan de estar fundamentados en Dios creador y en la revelación divina, la enseñanza de la Iglesia y su doctrina pasan a ser opinables, ya no están garantizadas por la autoridad divina. Siendo esto así, los generadores de opinión de masas han visto el campo abierto para su trabajo de ingeniería social destinado a cambiar la mente y las costumbres de los españoles. De lo que se trataba era de demoler una sociedad homogénea de tradición católica para convertirla en una sociedad multicultural, pluriétnica y dominada por el relativismo moral. Para ello los medios de comunicación social y de masas han conseguido ideologizar las mentes y atravesar el alma de los españoles, destruyendo su patrimonio espiritual acumulado por siglos de tradición católica de nuestro pueblo.

Para lograr estos fines, los objetivos se han ido sucediendo en nombre de una libertad destructora de la misma libertad: los ataques a la vida humana naciente o terminal, la disolución del matrimonio, la deconstrucción de la familia, una determinada “liberación de la mujer” y su empoderamiento; la deconstrucción de la unidad cuerpoespíritu con la ideología de género, etc. Todo ello ha sido primero propuesto como “nueva cultura” y después ha sido plasmado en las leyes adquiriendo la relevancia de una determinada justicia.

Los caminos para demoler el alma humana son también conocidos: se comenzó con la presencia creciente de la drogadicción, la pornografía invasiva, el desarraigo de los jóvenes de sus familias con la “movida” y la creación de ámbitos propios para los jóvenes (en la música, ocio nocturno, introducción de las redes sociales, la navegación en internet etc.); la promiscuidad sexual en las leyes y en las

costumbres lejos de la vocación al amor fiel y desprestigiando las virtudes, en especial la castidad. Se trataba de ser introducidos en una sociedad “libre”, sin censuras ni limitaciones a los sentimientos, a las emociones o deseos. Había que salir como sea, se decía, del atraso cultural y de la tutela de la Iglesia y de su dominio educativo de las conciencias.

Todas las instituciones de la Iglesia católica en España fueron tentadas con estas propuestas y lograron penetrar en los ámbitos de la enseñanza e incluso en los proyectos pastorales referidos a la vida conyugal y familiar, así como a la consideración de la dignidad de la vida humana y su defensa. Es justo decir, sin embargo, que la Conferencia Episcopal Española siguió de cerca todos los cambios que se promovían y elaboró criterios para orientar a los fieles con las enseñanzas del magisterio del Papa Juan Pablo II y de Benedicto VI. Sus documentos, en cambio, eran poco divulgados y no llegaban a penetrar en el tejido eclesial que de distintas maneras no era del todo consciente de la avalancha de medios que se estaban utilizando para promover el cambio social y el diseño de una sociedad que del relativismo moral está transitando al nihilismo.

Si en el momento del Concilio Vaticano II la organización eclesial por excelencia era la Acción Católica y la red de centros de enseñanza promovidos por los religiosos y las mismas diócesis, todo también se vio afectado por el cambio social y político que se estaba promoviendo en España. La crisis de los movimientos de Acción Católica fue larga y compleja, llegando a ser minoritaria y precisando de una refundación como se ha venido procurando lentamente. El catolicismo social, con la presencia de los partidos políticos y los sindicatos, con el tiempo se ha ido disolviendo y sólo pueden contemplarse pequeños restos de un naufragio en el que han ido desapareciendo los pilares en los que se asentaba la tradición católica y la inspiración cristiana en el campo de la empresa y del trabajo. Tampoco las universidades promovidas por la Iglesia, por las congregaciones religiosas o por los laicos católicos han logrado hasta el momento generar un pensamiento crítico capaz de afrontar las ideologías hegemónicas y preponderantes en España.

A través de estas pinceladas quiero poner de manifiesto que con todos estos avatares se iba perdiendo la fe de nuestro pueblo y que, a pesar del catolicismo sociológico que podemos todavía observar (en la recepción de los Sacramentos, en la asistencia a las celebración de la Eucaristía, funerales, promoción de la piedad popular mediante las hermandades y cofradías, las huellas ordinarias de lo católico

en el lenguaje, en los signos religiosos, catedrales, templos, festividades, patronazgos, procesiones, presencia de lo religioso en la enseñanza, en los hospitales, cárceles, Fuerzas Armadas, etc.), lo cierto es que la fe de nuestro pueblo está con heridas muy graves y no llega a conformar la vida humana ordinaria y la actividad de las personas.

Grupos de lo que podríamos llamar catolicismo integral (fe que configura la vida personal, familiar, laboral, social y política) son pocos. Estos grupos, si bien constituyen una minoría importante, no han logrado, en cambio, emerger como pueblo con una propuesta de fe que configure propuestas culturales, sociales y políticas capaces de confrontarse con la presencia avasalladora del poder político y de la influencia de los medios de comunicación social analógicos y de los nuevos areópagos de las redes sociales e internet.

Contemplando este panorama con el que ha cabalgado toda mi biografía humana, sacerdotal y episcopal, nos podemos preguntar: ¿Qué nos ha pasado a los católicos españoles? ¿Cómo hemos podido estar tan poco atentos a las voces proféticas de San Juan Pablo II y Benedicto XVI? ¿En qué momento nos encontramos ahora y qué podemos hacer? Como podréis comprender, responder a estas preguntas escapa a la humildad y a las pretensiones de esta pequeña Carta pastoral. Sí puedo deciros, en cambio, que siendo testigo directo de todo este naufragio soy también testigo de lo que es capaz de promover la fe cristiana, el encuentro con Cristo y la potencia de la Palabra de Dios y de la Eucaristía cuando configuran auténticas comunidades cristianas llamadas a ser la levadura en la masa. Nuestra crisis no se resuelve llamándola crisis política o crisis social, moral o religiosa. Lo que caracteriza a nuestro momento actual, fruto de lo dicho anteriormente, es una crisis profunda de fe y una ausencia de pensamiento crítico auspiciado por la misma fe en Cristo. Aunque los últimos Papas nos han llamado continuamente a la evangelización, a la llamada “Nueva Evangelización”, la Iglesia en España ha continuado dando la fe por supuesta por la apariencia del catolicismo sociológico, y no ha sabido arbitrar, más allá de las minorías, propuestas serias de iniciación cristiana. Se trata de una “desmemoria” epocal. Habitados a las “costumbres cristianas” hemos olvidado cómo gestar nuevos cristianos y cómo revitalizar la fe de nuestro pueblo. Las crisis de la falta de nupcialidad, las rupturas matrimoniales y familiares, la falta de natalidad, la deriva de los jóvenes, la cultura de la muerte, el laicismo en las propuestas políticas y sociales, las crisis de identidad humanitaria y cristiana, están asentadas en una crisis profunda de fe en Cristo y en el sentido de pertenencia eclesial. No se trata de

cualquier tema. Estamos ante una enfermedad profunda que reclama de todos nosotros una etapa larga de purificación. El Señor nos sitúa de nuevo en el exilio y nos faltan profetas que llamen a la conversión para poder reconstruir de nuevo la ciudad y plantar en ella la Cruz. Esta empresa, más que gigantes y colosos, requiere de un resto fiel que como María, sepa acoger el anuncio cristiano y con conciencia y fortaleza esté dispuesto a gestar en el seno de la Iglesia y por obra del Espíritu nuevos cristianos dispuestos a seguir a Cristo por el camino de la Cruz y dispuestos siempre a dar razón de nuestra esperanza.

Como los primeros cristianos, hemos de comenzar de nuevo, con su mismo método y, acompañados por la Virgen María, suplicar un nuevo aliento del Espíritu, unidos al sucesor de Pedro, el Papa Francisco, y con fidelidad a la Palabra de Dios, recibida en la tradición y testificada con vocación martirial. En esta carta quisiera ofreceros una pequeña reflexión sobre la iniciación cristiana de niños, adolescentes, jóvenes y adultos. Me detendré sobre todo en el primer anuncio cristiano. Al mismo tiempo quisiera animaros a celebrar el 450º aniversario de la victoria de Lepanto con la propagación del Santo Rosario. Como sabéis, en Villarejo de Salvanés guardamos memoria de este acontecimiento en el convento franciscano mandado construir por Luis de Requesens, el segundo de D. Juan de Austria. En este convento contamos con la presencia de la imagen de la Virgen de la Victoria o del Rosario, regalada, según la tradición, por el Papa Pío V. Del mismo modo, quisiera invitaros a celebrar juntos mis bodas de oro sacerdotales y las bodas de plata episcopales, para concluir con una llamada al combate cristiano por la fe y la práctica de la virtud.

1. EL PRIMER ANUNCIO CRISTIANO EN LA PASTORAL

A lo largo de estos últimos años hemos estado reflexionando juntos, sacerdotes y fieles, sobre la necesidad de renovar la iniciación cristiana. Junto a esta reflexión es necesario que nos detengamos a analizar el primer momento, el originario, con el que comienza esta iniciación. Conviene, en primer lugar, ser conscientes de la necesidad y urgencia de recuperar el primer anuncio que propone el encuentro con la Persona de Cristo que vive en su Iglesia: es lo que los últimos Papas han llamado “primera evangelización”. Esta urgencia nace por la presencia de otras religiones o espiritualidades en la vida ordinaria, por la frecuente renuncia de las familias a dar testimonio de la fe y transmitirla a los hijos (cuando eran el sujeto tradicional del

primer anuncio) y por una creciente deriva moralista-humanista de la transmisión de la fe o, incluso, por una difusa tendencia a una religiosidad vaga, sin los contornos personales de una adhesión a Jesucristo y una consciente pertenencia a la comunidad cristiana.

En segundo lugar, hoy se tiene mayor conciencia en la catequesis de que no puede darse por supuesta la fe. Muchos de los niños, adolescentes o jóvenes que están en los procesos de la catequesis son sujetos que no han sido alcanzados por el don de la fe y viven una religiosidad sin raíces verdaderamente cristianas y sin conciencia de ser y vivir como discípulos del Señor.

Lo que define o configura la evangelización o el primer anuncio es la *centralidad* de la persona de Jesucristo y de su acto redentor: Jesucristo es el Señor, en Él y en ningún otro está la salvación. Dicho esto, conviene repasar los datos que nos ofrecen los evangelios para concretar lo que supone el encuentro con el Señor y sus consecuencias. Después nos preguntaremos de qué modo debe organizarse la parroquia en su vida cotidiana para responder a la urgencia prioritaria del primer anuncio. Para ello seguiré de cerca algunas reflexiones ofrecidas por el cardenal Carlo Caffarra para su diócesis (Cf. www.caffarra.it).

1.1 Algunos datos bíblicos

Cuando nos preguntamos por la gestación de nuevos cristianos lo primero que hemos de observar son los datos que nos ofrece el Nuevo Testamento sobre los primeros encuentros con Cristo y el nacimiento del discipulado. Como dato original lo primero que hemos de destacar es el Evangelio de la Anunciación. La Virgen María, modelo de discípulo, es sorprendida por el Arcángel Gabriel, quien le anuncia que será Madre de Dios. María está a la espera de la salvación de su pueblo y ora. La iniciativa es de Dios que elige. Después aprendemos: “nadie viene a mí si el Padre no lo atrae” (Jn 6, 44). La fe es un don de Dios que lleva a la adhesión a Jesucristo, a su persona, a la plena confianza en Él y a la obediencia a sus palabras.

La obra confiada a María será llevada a cabo por el Espíritu Santo, quien gestará en su seno al Hijo de Dios. Todo comienza, pues, con un anuncio que viene de fuera, que viene de Dios a través del Ángel, del testigo, o de su llamada como a

los Apóstoles o como a Pablo camino de Damasco. A esta primera llamada, que propone a la persona de Cristo como Salvador, sigue la primera respuesta: la conversión. La fe viene, como dice San Pablo, por la predicación, por el anuncio del kerygma (Rm 10, 17). Este anuncio, o esta predicación, vienen acompañados por el testimonio del “enviado” y provocan el encuentro con la persona de Jesucristo y la conversión. Este es el caso de Zaqueo (Lc 19, 1-10) o de la mujer samaritana (Jn 4, 1-26). Es lo que sucedió con los discípulos del Bautista, quien señaló a Jesús diciendo: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29-34).

No podemos confundir este primer impulso de conversión con lo que entendemos como conversión moral o cambio automático de costumbres. La primera conversión es una conversión de la mente, es una conversión que lleva a aceptar a Jesucristo como Salvador o es, en definitiva, un encuentro con quien nos cambia el sentido de la vida y nos ofrece un horizonte de alegría por encontrar el tesoro escondido o la perla preciosa (Mt 13, 44-45).

La situación de cada uno de los encuentros con Jesús que narran los evangelios es diferente: Zaqueo, la samaritana, los discípulos de Juan, luego el encuentro de San Pablo narrado en sus cartas apostólicas. Algunos llevan una vida ordenada (como en el caso de San Pablo) y otros no. Sin embargo, en todos se da una conversión que llevará a San Pablo a decir: “Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia” (Fil 1, 21). De lo que se trata, pues, es de haber descubierto un sentido a la vida, un camino que tiene sus pasos y que lleva hacia la plenitud: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6).

Volviendo al caso de la Virgen María, al anuncio del Ángel sigue el consentimiento de la que se llama a sí misma “esclava del Señor”: “*Fiat*”, “hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1, 38). Con este *Fiat*, provocado por la Gracia a la que se suma la libertad de María, se lleva a cabo un proceso en el seno de la Virgen que será iniciado y acompañado por el Espíritu Santo: es la gestación del Hijo de Dios. Del mismo modo, con el primer anuncio, con la primera gracia de la conversión a la persona de Jesucristo, se inicia un proceso de gestación en el seno de la Iglesia, la comunidad cristiana, de un nuevo ser Cristiano que culmina en el bautismo para un adulto, o en la revitalización del bautismo en el caso de ser bautizado siendo niño.

¿Cómo se llega pues a la fe? Se llega, atraído por la gracia de Dios, por la predicación, por el oído, por la escucha del *kerygma* que provoca la primera conversión. El caso paradigmático del anuncio del *kerygma* es la primera predicación del apóstol Pedro después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Con el impulso del Espíritu Santo, Pedro llama a la conversión y reclama ser escuchado: “Israelitas, escuchad estas palabras”: A Jesús el Nazareno, a quien vosotros matasteis clavándolo en una cruz... Dios lo resucitó... de lo cual todos nosotros somos testigos. Lo ha exaltado, es el *Kyrios* (el Señor). [...] Al oír esto, se les traspasó el corazón y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: “Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para el perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch 2, 22-38).

Junto al oído, la escucha de la predicación, es curioso que San Juan destaque también los otros sentidos: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado, lo que han tocado nuestras manos acerca de la Palabra de la vida, pues la Vida se ha manifestado y nosotros hemos visto, damos testimonio de ella y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado. Eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros, como lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos todo esto para que vuestra alegría sea completa” (1 Jn 1-4).

Conviene reparar en este último texto de San Juan que la llamada a la comunión con Cristo y “con nosotros” (la comunidad cristiana), la hacen testigos después de la Resurrección de Cristo. Por tanto la llamada, el primer anuncio cristiano, pasa por el testimonio de quienes, siendo cristianos, no anuncian un programa o unas ideas. Anuncian a una Persona, a Jesucristo, el Verbo de la Vida, para que su alegría sea completa. Desde entonces hasta hoy los discípulos de Cristo, los bautizados, continúan anunciando el *kerygma* y apelando a la fe y a la conversión.

Para finalizar este breve recorrido de algunos textos del Nuevo Testamento, es paradigmático lo que narra el Evangelio de San Juan sobre los primeros discípulos de Jesús: “Al día siguiente, Juan (el Bautista) estaba todavía allí con sus discípulos; vio a Jesús, que pasaba y dijo: “Este es el Cordero de Dios”. Los discípulos lo oyeron y se fueron con Jesús. Jesús se volvió y, al verlos les dijo: “¿Qué buscáis?”;

ellos le dijeron: “Rabí” (que significa maestro) “¿dónde vives?”; Él les dijo: “Venid y lo veréis”; fueron y vieron dónde vivía y permanecieron con Él aquel día. Eran como las cuatro de la tarde. Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que había oído a Juan y se había ido con Jesús. Andrés encontró a su hermano Simón y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías” (que significa Cristo) y se lo presentó a Jesús. Jesús le miró y dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas” (que significa piedra)” (Jn 1, 35-42).

El primer anuncio Cristiano necesita de alguien que, como Juan, presente a Jesús indicando su poder Salvador. Con esta indicación se despierta toda la sed de salvación que anida en todo corazón humano. En este caso, como en la samaritana, se ve la sed de Dios por encontrarse con el hombre y la sed del hombre por encontrarse con Dios Salvador: “¿Qué buscáis?” dijo Jesús. Él, el Redentor del hombre, conoce más que nadie el corazón humano y sabe de su búsqueda de salvación. “Maestro” (es todo un reconocimiento llamarle Maestro), “¿dónde vives? Venid y veréis”. Así de grande y así de sencillo. Se trata de acudir a Cristo, de ver, oír, contemplar, tocar. Después de estar con Cristo y reconocerle como Mesías, seguirá todo un proceso de discipulado, de gestación del apóstol dispuesto a seguir a Jesús y dar la vida por Él.

Hoy todo esto sucede del mismo modo en la Iglesia, con el testimonio de los fieles, con la predicación de la Palabra, con el itinerario catecumenal para gestar a aquel que será incorporado a Jesucristo por el bautismo y participará de su vida por los Sacramentos en la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Allí, en la comunidad cristiana, es donde podemos oír, ver, contemplar y tocar el cuerpo de Cristo resucitado y hecho presente en la Eucaristía, de la que vive la Iglesia. Dicho esto, conviene que perfilemos lo que significa el primer anuncio cristiano y desarrollemos el proceso de la iniciación cristiana.

1.2 Definición del primer anuncio cristiano

Es necesario tener una idea precisa del primer anuncio cristiano porque, según los catecúmenos, después tendremos una manera determinada de obrar. Cuando decimos primer anuncio o predicación del *kerygma* no nos referimos a una simple fórmula desencarnada que no se haya hecho antes experiencia en el testigo que anuncia y no tenga en cuenta las características y exigencias del destinatario. Se

trata de algo que va a realizar la gracia de Dios, el Espíritu Santo, que va a tocar el corazón de aquel que sin saberlo está necesitado de Cristo y de su salvación. El anuncio o el *kerygma* está centrado en Cristo, en su muerte y resurrección por nosotros y por nuestra salvación. Sin embargo su anuncio precisa del evangelizador que conoce a Jesucristo y ha experimentado su salvación, ha curado sus heridas y lo ha sacado de todas sus oscuridades y de todos sus infiernos.

El Directorio de Catequesis y el Papa Francisco en su primera exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, desarrollan lo que entienden por primer anuncio o *kerygma*. Dice el Papa: “El *Kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar el primer anuncio: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para librarte” (*Evangelii Gaudium*, 164). Como explica el Papa Francisco, se trata del primer anuncio en un sentido cualitativo porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras.

Todos los estudios bíblicos y las enseñanzas del magisterio concuerdan en decir que el contenido del primer anuncio es, pues, Jesucristo, muerto y resucitado, cumplimiento de las promesas de Dios y respuesta a las verdaderas y profundas expectativas humanas de salvación. Por tanto las referencias fundamentales de la definición de *kerygma* son tres: a) La persona y el misterio Pascual de Cristo; b) El destinatario del primer anuncio conocido como uno que espera la salvación; c) El testigo o ministro del Evangelio que cumple el primer anuncio.

1.3 Condiciones para una pastoral de primer anuncio

El punto central de nuestra reflexión consiste en individualizar las condiciones indispensables para que la comunidad parroquial desarrollee efectivamente una pastoral de primer anuncio. Estas condiciones se refieren a cada uno de los tres referentes que definen el primer anuncio.

- La primera condición es que venga recuperada la capacidad de *narrar* el acontecimiento pascual de un modo significativo para el que escucha de tal manera que sienta la exigencia de la *conversión*.

Esta primera condición conlleva a su vez tres dimensiones del primer anuncio: la dimensión *narrativa* (los hechos evangélicos de la muerte-resurrección de Jesús no pueden ser presupuestos); la dimensión *reflexiva* (el acontecimiento pascual tiene un sentido): “*pro nobis*”, por nosotros y por nuestra salvación; este sentido debe ser explicado; la dimensión *exhortativa* (lo que es narrado e interpretado lo es en vista de un cambio real de quien escucha). Las tres dimensiones son esenciales y, por tanto, deben estar presentes en el primer anuncio.

¿Por qué he hablado de recuperar la capacidad narrativa? Porque la evangelización en la pastoral ordinaria de la Iglesia parece encontrarse hoy en una seria dificultad para articular de modo concreto el contenido del primer anuncio: parece que en la predicación ordinaria se haya olvidado tanto la gramática como la sintaxis del primer anuncio. A la experiencia me remito.

- La segunda condición es compartir de manera crítica *las expectativas del hombre* de hoy, sus condiciones existenciales. Se trata de conocer el corazón humano, sus heridas, sus sentimientos, sus anhelos, sus miedos u oscuridades, en definitiva su situación concreta y las circunstancias que le rodean. Esta condición suele llamarse “discernimiento”. En cualquier caso, hay que ser conscientes de que en esta condición se entrecruzan dos corrientes: el compartir la situación y el juicio sobre la misma. El compartir sin el juicio es ciego; el juicio sin compartir la situación es despiadado. Juicio aquí significa que la expectativa o espera humana de salvación es siempre ambigua y necesita la luz de la fe y la fortaleza de la gracia. Con todo, hemos de saber distinguir lo que los Santos Padres llamaban la “*praeparatio evangelica*”.

- La tercera condición se refiere al ministro del Evangelio. Esta se puede describir del modo siguiente: sólo quien ha sido salvado puede narrar significativamente la salvación cristiana, moviendo a quien escucha a compartir la misma experiencia; sólo quien ha sido encontrado puede narrar significativamente qué es lo que ocurre en el encuentro con Cristo, de tal manera que también quien escucha se sienta atraído.

En este sentido, la Iglesia no es el tema del primer anuncio, sino el *único* contexto vital en el que el primer anuncio puede acontecer. De esta condición derivan consecuencias muy profundas que nos invitan a preguntarnos: ¿Qué puesto ocupa Jesucristo en mi vida? ¿Nuestra vida está verdaderamente “en Cristo”?

1.4 Los responsables y destinatarios del primer anuncio

De cuanto hemos dicho se deduce que todos los cristianos bautizados, todo creyente es ministro del Evangelio: está llamado a hacer el “primer anuncio”. Todo creyente, en cuanto tal, sin necesidad de poseer particulares carismas o delegaciones especiales, es responsable de la primera evangelización. Desde este punto de vista, el primer anuncio tiene un carácter no institucionalizado. El mismo Código de Derecho Canónico declara “la obra de evangelización” como “oficio fundamental del pueblo de Dios” (CIC 781) y, por tanto, todos los fieles cristianos deben asumir su parte en la obra misional.

Los sacerdotes, por nuestra parte, hemos de ser conscientes de que nuestro servicio redentor comporta dos ámbitos que son distintos: *generar* cristianos y *nutrir* a los cristianos generados. Al primer ámbito corresponde el proceso de la iniciación cristiana que tiene su fuente y su inicio, su principio y fundamento en el primer anuncio de la fe. Al segundo corresponde la pastoral ordinaria de la cual es momento fundamental la catequesis.

Si es verdad en el plano sobrenatural de la gracia cuanto es verdad para la vida natural, y, por tanto, el carácter de desarrollo en la continuidad (el adulto es el mismo concebido) ello conlleva que los dos momentos no puedan separarse. Es necesario, sin embargo, no caer en un error pastoralmente desastroso: el error de creer que se *pueda* ser cristiano sin haber decidido nunca *llegar a ser* cristiano. Las críticas, a veces despiadadas, a la cristiandad han puesto de manifiesto un problema *central* en la vida de la Iglesia. Cuando no se tiene clara esta distinción, más pronto o más tarde se cae en aquel error (dar por supuesta la fe y la respuesta personal a Cristo) con resultados pastorales desastrosos.

Con esto llegamos al núcleo central desde el punto de vista pastoral: la relación entre pastoral del primer anuncio y pastoral ordinaria.

La parroquia es una institución cargada de siglos y de tradiciones, llamada a una multiplicidad de tareas, algunas de las cuales son necesarias para la salvación del hombre. Debemos evitar, por tanto, desde el inicio dos posiciones igualmente falsas y peligrosas: la primera es la de aquellos que piensan que finalmente lo hemos descubierto todo y que todo comienza de nuevo y que lo hecho hasta ahora hay que considerarlo equivocado; la segunda es la de quienes piensan que no existe ninguna

novedad, ni es necesaria ninguna conversión pastoral, ni en el corazón del pastor, sino que todos los problemas dependen de la iniquidad de los tiempos en que vivimos.

Superadas estas dos actitudes, debemos afrontar serenamente el problema. En mi opinión, son dos los puntos en los que hay que insistir con referencia a la pastoral ordinaria y que formulamos con las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las personas con las cuales nuestra pastoral ordinaria entra en relación y a las cuales va referido el primer anuncio? ¿Qué relación existe entre la pastoral del primer anuncio y la iniciación cristiana sacramental?

En general las personas que entran en relación con la pastoral ordinaria son las siguientes: los *niños* de la catequesis que se relacionan por primera vez con la parroquia; los *adolescentes* que son acompañados para apropiarse de la fe propuesta o recibida; los *jóvenes* que están llamados a cumplir la elección de su estado de vida; jóvenes o *adultos* que intentan volver a la fe abandonada o marginada. Los adultos que han sido alcanzados por la gracia del que ha sido primer anuncio y no están bautizados siguen las indicaciones del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, cuya propuesta de Catecumenado ha de inspirar todos los procesos de la catequesis de iniciación. Todos ellos necesitan recibir el primer anuncio y personalizar la fe.

Respecto de la segunda pregunta, hay que observar que los Sacramentos de la iniciación cristiana (Bautismo-Confirmación-Eucaristía) no expresan solamente, sino que construyen el camino de la persona dentro del misterio de Cristo, y la plenitud de esta introducción está constituida por la Eucaristía.

Teológicamente, el primer anuncio es la Palabra que suscita la fe y la conversión, y mueve al hombre a iniciar aquel “camino” que es la iniciación cristiana (Hch 2, 36-38). Sin este primer anuncio se construye un edificio sin fundamento.

2. LA NATURALEZA DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Hacerse cargo de las preguntas anteriores nos exige ofrecer algunas indicaciones sobre la naturaleza de la iniciación cristiana en general, independientemente de la edad de los destinatarios y que son necesarias para cualquier modalidad de la misma iniciación.

Para comprender la iniciación cristiana es necesario partir de una afirmación fundamental: el cristianismo es el encuentro del hombre con Jesucristo. Más precisamente: con la *persona* de Jesucristo, viviente en la Iglesia. Detengámonos un momento a considerar brevemente cada palabra.

La primera y aquella existencialmente más importante es la palabra *encuentro*. ¿Qué significa? ¿Qué experiencia denota? Se trata o es el hacerse presente de una persona, en una modalidad de presencia que cambia la propia vida, porque es respuesta adecuada a nuestros deseos más profundos. Pongamos algunos ejemplos: la llegada del primer hijo a los esposos; el encuentro con el chico o la chica que después llegará a ser el propio esposo o esposa; el momento en que un joven acude a la Iglesia con la vocación para ser sacerdote o el joven o la joven que quieren seguir la vida consagrada. Todas estas situaciones nos indican lo que supone un encuentro que cambia la vida de alguien.

La segunda palabra es la siguiente: “en la *Iglesia*”. Se trata también de una dimensión esencial del encuentro. Para que el Misterio se done y se comunique al hombre *debe* usar un lenguaje comprensible al hombre, de otra manera –como es obvio– la comunicación será mala. Ahora bien, existe un solo camino a través del cual el hombre puede ser encontrado, la vía de *su sensibilidad*: para comprender, para encontrar, el hombre debe ver, tocar, oír. No hay otro camino. Y este camino ha sido recorrido por el Verbo (Jn 1, 1-4). La Iglesia, hecha de hombres de carne y hueso, es al mismo tiempo Sacramento de la presencia del Misterio: es el camino, la única vía mediante la cual puede suceder el encuentro.

Sólo si tenemos bien claro que el cristianismo es esto, podemos entender qué es la iniciación cristiana, cuando se la define del modo más simple posible y en el modo más profundo: es introducir a una persona en el encuentro con la Persona de Jesucristo, viviente en su Iglesia. Probemos a pensar en los grandes mistagogos; el más grande de todos, Juan el Bautista; en San Pablo a través de sus lecturas; en cómo San Ambrosio condujo a San Agustín hacia Cristo, y en tantos otros que cada uno conocemos.

Iniciación significa, pues, conducir una persona al encuentro con Cristo que acontece en la Iglesia, concretada en la comunidad cristiana que reúne las características de la comunidad apostólica descrita en los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 42-45). ¿Cuáles son las dimensiones fundamentales de esta “conducción”?

¿Cuáles son los actos fundamentales de la iniciación cristiana? Son fundamentalmente tres:

- La primera dimensión es la dimensión *cognoscitiva*. El primer y fundamental paso es conocer a Jesucristo. En la descripción que el apóstol San Pablo hace de su encuentro con Cristo (Fil 3, 7-14) este es el primer aspecto que destaca: “Todo lo considero pérdida, ante el sublime conocimiento de Cristo, mi Señor”.

- La segunda dimensión es la dimensión *litúrgica*. El conocimiento de la presencia de Cristo y de su obra no es fin en sí mismo. Esta conduce al iniciado a un verdadero encuentro *de persona a persona*. Y esto ocurre en los sacramentos. Es a través del sacramento como el iniciado puede vivir en sentido verdaderamente pleno la experiencia del encuentro con Cristo.

- La tercera dimensión es la dimensión *ética*. La entrada de Cristo en la propia vida opera una transformación de la propia existencia. Esto equivale a decir: una transformación en el modo de ejercer la propia libertad. Es un vivir en pertenencia a Cristo; es un vivir en Cristo; es un vivir como Cristo.

Las tres dimensiones esenciales encuentran su unidad en la persona de Jesucristo. Fuera de esta referencia, éstas cambian de sentido: el conocimiento de la verdad acaba siendo el aprendizaje de una doctrina enseñada por un maestro del pasado; la liturgia, una celebración puramente humana; la moral, un pesado reclamo de compromisos a menudo injustificables e impracticables. Las tres dimensiones, teniendo un único punto de unificación, están relacionadas entre sí, según el orden con el que las hemos presentado.

Para desarrollar la iniciación cristiana vinculada a los tres sacramentos (bautismo–confirmación–eucaristía) los primeros cristianos, después de la primera evangelización –primer anuncio evangélico– desarrollaron pedagógicamente el Catecumenado con sus distintas etapas, ritos, exorcismos, escrutinios y celebraciones. Con ello descubrieron la gestación de nuevos cristianos en el seno de la Iglesiacomunidad iniciando a los catecúmenos en la oración, escucha de la Palabra, profesión de fe, conversión moral, etc. Este proceso incluía varios pasos en los que la Iglesia entregaba en distintos ritos el Padrenuestro, el Credo, la cruz para el combate con los mandamientos, etc.

Ha sido el Concilio Vaticano II quien, en su momento, contemplando el proceso inminente de descristianización, ha urgido a redescubrir la sabiduría del Catecumenado. Así, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, se dice: “Restáurese el Catecumenado de adultos dividido en distintas etapas, cuya práctica dependerá del ordinario del lugar; de esa manera, el tiempo del catecumenado, establecido para la conveniente instrucción, podrá ser santificado con los sagrados ritos, que se celebrarán en tiempos sucesivos” (SC 64).

Esta práctica del Catecumenado se ha ido introduciendo para los adultos no bautizados y para los bautizados cuya fe se ha debilitado o han vivido fuera de la práctica cristiana. El resultado en las distintas diócesis es desigual y en todas ellas se ve necesario un nuevo impulso para hacerlo presente en las parroquias. Algunos movimientos o comunidades, como el Camino Neocatecumenal, han logrado desplegar todo el proceso de la iniciación cristiana recuperando la pedagogía del proceso de crecimiento en la fe con la sabiduría del antiguo catecumenado. La clave de su desarrollo está en haber descubierto la importancia de los catequistas y de la pequeña comunidad, en la que de nuevo se responde con las palabras de Jesús ante la pregunta: “Maestro, ¿dónde moras? Jesús les dijo: “Venid y lo veréis” (Jn 1, 35). Estas pequeñas comunidades hoy se presentan como una señal que muestra la acción del Espíritu Santo en la gestación de nuevos cristianos. En ellos, después del primer anuncio (las catequesis o primera evangelización), se promueve todo un itinerario para escuchar la Palabra de Dios, ser introducidos en la oración, celebrar la Eucaristía y vivir la comunión entre los hermanos a imagen de la comunidad de los primeros cristianos (Hch 2, 42). Este es un modo actualizado de practicar la acogida para aquellos que buscan al Maestro y necesitan ver los signos de su presencia en aquellos que, siendo alcanzados por Cristo, dan testimonio de su poder curativo y redentor.

Nuestras parroquias necesitan hoy poder ofrecer estos espacios comunitarios de acogida que, con el tiempo, han ido siendo propuestos por distintos movimientos y realidades eclesiales impulsadas por la fuerza del Espíritu Santo. Ellas vienen a unirse a la pastoral ordinaria acrecentando su impulso evangelizador. De ellas ha hablado en multitudes ocasiones el Papa Benedicto XVI. De manera especial conviene releer su conferencia “*La nueva evangelización*” en el Congreso de Catequistas del año 2000. Especialmente relevantes sobre este tema son sus palabras escritas en su condición de Papa emérito con ocasión de los abusos sexuales: “La fe es un modo de vivir. En la Iglesia primitiva, el catecumenado se creó como un

espacio vital frente a una cultura cada vez más inmoral en el que lo específico y lo nuevo del modo cristiano de vivir se ejercitaba y se defendía frente a los estilos de vida generalizados. Pienso que hoy también son necesarios algo así como comunidades catecumenales para que la vida cristiana pueda ser afirmada en su peculiaridad”. (Benedicto XVI, *La Iglesia y el escándalo de los abusos sexuales*, 11 de abril de 2019).

3. EL PRIMER ANUNCIO CRISTIANO EN LA FAMILIA, LA ESCUELA Y LA PARROQUIA

Después de habernos ocupado de la naturaleza de la Iniciación cristiana y su vinculación con el Catecumenado, volvemos de nuevo a analizar las responsabilidades de las distintas instituciones eclesiales en promover el primer anuncio cristiano.

Desde hace ya bastantes años en nuestra diócesis de Alcalá de Henares, más allá de la predicación ordinaria y la catequesis parroquial, el primer anuncio ha sido desarrollado para los adultos por los Cursos de Cristiandad, el Camino Neocatecumenal y, a su modo, los distintos movimientos y realidades eclesiales. Recientemente se creó el grupo *Kerygma* para orar y evangelizar, particularmente en las calles y en distintos ambientes, invitando a acudir a la Iglesia para presentar a las personas ante el Santísimo Sacramento y ofrecer un encuentro con los sacerdotes para ser acogidos e incluso invitarles a la Confesión. Anualmente, este grupo realiza, además de los días de evangelización en parroquias, una semana de oración, formación y evangelización por las calles denominada *Arde Complutum* señalando al fuego del Espíritu, llamado a impulsar la evangelización.

Este grupo *Kerygma*, la Escuela de evangelización y las Semanas de misión en las parroquias, nacieron en el Año de la fe con el objetivo de animar a las comunidades cristianas a promover un nuevo impulso misionero, capacitando a los laicos con el lenguaje del testimonio personal y ofreciendo espacios de adoración eucarística, predicación y llamadas a la conversión con la riqueza de la liturgia y la piedad popular. Recientemente se han sumado a este bagaje los cursos Alpha, los Retiros de Emaús para adultos y *Effetá* para los jóvenes. Otras realidades han sido pensadas para los niños con la celebración de Todos los Santos (Holywins), la reversión de las reliquias de los Santos Niños y la Adoración

de los Magos. Con todo ello lo que se pretende es hacer presente el acontecimiento cristiano y presentar a Cristo como el Maestro que nos enseña el arte de vivir.

Del mismo modo, los adolescentes han sido convocados a través de *Complulifeteen* con el fin de ser acogidos y acompañados en sus necesidades específicas y provocando el encuentro en comunidad para encontrarse con Jesucristo como camino de su vida. La Delegación de Jóvenes, por su parte, ha venido favoreciendo los encuentros de oración de jóvenes de cada primer viernes de mes, la adoración eucarística, la formación distribuida para cada semana, la práctica de la caridad y el voluntariado, la peregrinación, los encuentros anuales y los ejercicios espirituales.

Todo cuanto venimos realizando va en la buena dirección. Ahora lo que necesitamos, ante la descristianización de nuestro pueblo, es pensar juntos y ayudarnos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos, en los procesos de gestación de nuevos cristianos que necesitamos en nuestra diócesis para ser fieles a la acción del Espíritu Santo que nos impulsa a evangelizar. Aunque este año pongamos el centro en el primer anuncio, nuestra meta es promover en todas las parroquias una lúcida iniciación cristiana que, como hemos dicho, comienza con el anuncio del *Kerygma* y la llamada a la conversión. A continuación propongo algunas indicaciones para llevar a cabo este primer anuncio en la familia, la escuela y la parroquia.

3.1 La familia

La familia ocupa un lugar fundamental para la transmisión de la fe. A los padres corresponde lo que se ha llamado tradicionalmente el despertar religioso de sus hijos. Este despertar religioso con el primer anuncio cristiano se desarrolla viviendo las características de la familia cristiana que tiene su modelo en la Sagrada Familia de Nazaret: la oración familiar, los gestos cristianos desarrollados en casa (ambientación cristiana con imágenes de Cristo, de la Virgen y de los Santos; bendición de la mesa; iniciación en la oración por la noche, en la mañana; rezo del Santo Rosario, Viacrucis, etc.; partir juntos la Palabra de Dios; prepararse para la recepción de los sacramentos, catequesis familiar, ir juntos a la celebración de la eucaristía; formar la conciencia moral y enseñar a santificar la actividad humana o el

trabajo; el cuidado de los enfermos y los mayores). Todo lo que ocurre en casa y en la familia está llamado a ser cristiano y ayuda a vivir cristianamente siguiendo la lógica del Año litúrgico.

Algunas familias de nuestra diócesis han descubierto la necesidad de los grupos de matrimonios y de familias para ayudarse a vivir la fe y despertar a la oración. Para ellos está dedicada la oración de familias mensual y como servicio se ofrecen los distintos movimientos y los específicamente matrimoniales o familiares: Equipos de Nuestra Señora, Proyecto Amor Conyugal, Equipos parroquiales, Hogares Don Bosco, Encuentro Matrimonial y las familias religiosas: Oratorio Seglar de San Felipe Neri, Comunidad de la Presencia, Congregación mariana, y las Terceras órdenes seglares de las distintas congregaciones u órdenes religiosas. Para todas nuestras familias, el Centro de Orientación Familiar acoge a las personas y a los matrimonios y familias con sus heridas, problemas o les ofrece la orientación que precisan y se les presenta a Jesucristo como el verdadero médico que cura todas las enfermedades del espíritu.

Dicho todo esto, hemos de constatar que el drama de la falta de transmisión de la fe ha venido por la crisis de los matrimonios y las rupturas familiares (diseñadas por la ingeniería social laicista). Esta crisis ha afectado a todos (también a los católicos) y ha desembocado en la baja tasa de nupcialidad, la reducción drástica de la natalidad y todas las ideologías que promueven la pérdida de identidad personal y la desvinculación con el propio cuerpo.

Esta crisis es profundamente grave e invita a todos a privilegiar la ayuda a los matrimonios en sus distintas situaciones, a promover los programas para *Aprender a amar* (para niños, adolescentes y jóvenes) y a replantear, como luego diremos, la pastoral parroquial para darle un rostro familiar y comunitario que favorezca el encuentro entre las familias cristianas.

Cuando los padres presentan a sus niños para la recepción del Bautismo y para la Confirmación y la Eucaristía, hay que saber que ellos son los primeros destinatarios de la evangelización. Aunque algunos padres se muestren indiferentes e incluso rechacen cualquier propuesta de evangelización, hay que extremar la delicadeza y la paciencia para contar con ellos en orden a la evangelización y catequesis de sus hijos. La recepción de los sacramentos de sus niños es una ocasión de gracia que hay que aprovechar para acercarse a los padres, para visitarles, para

ofrecerles encuentros de formación y medios para la catequesis con sus hijos y para ellos.

Desde el punto de vista teológico, los padres son los primeros responsables, con los padrinos, de la iniciación cristiana de sus hijos. No podemos olvidar que si la Iglesia acepta el bautismo de los niños es porque presupone que sus padres y padrinos están disponibles para la educación cristiana de los bautizados. Además, desde el punto de vista antropológico la primera escuela de humanización es la familia y por tanto de su cristianización.

Como os refería antes, mi experiencia pastoral me ha llevado siempre a privilegiar la pastoral familiar y de la vida. Para ello he contado siempre con la sabiduría que me ha transmitido el Pontificio Instituto Juan Pablo II. Volviendo la vista atrás y viendo el panorama que nos ofrece la situación actual, animo a todos los sacerdotes, religiosos y fieles laicos a no abandonar a los matrimonios y a las familias. Es ahora el tiempo de la paciencia y de la fortaleza. No podemos olvidar que Dios llama a todos los matrimonios a la santidad y que esta santidad es la plenitud de la vida humana en el amor. Personalmente he procurado conocer todos los programas y medios para los novios y los matrimonios. Muchos de ellos se vieron dañados por propuestas que no respondían al designio de Dios y a la grandeza de la vocación sponsal. Sin embargo, en todos ellos he encontrado algo bueno que, con responsabilidad y paciencia, puede ser reconducido para descubrir la belleza del sacramento del matrimonio y la referencia necesaria a la familia de Nazaret. En la Pastoral Familiar los sacerdotes han de encontrar un tesoro que después multiplica la fe y pone buenos cimientos para edificar la comunidad cristiana. Todo el trabajo pastoral dedicado a las familias el Señor lo multiplica y las parroquias pueden de verdad ejercer su maternidad gestando nuevos cristianos.

3.2 La escuela

La escuela, siempre en comunión con los padres, es otro ámbito en el que se continúa la educación humana y cristiana de los hijos. Sin entrar ahora en excesivas distinciones, hemos de procurar que la escuela católica despliegue toda su potencia antropológica y cristiana para educar a los niños, adolescentes y jóvenes según los esquemas que nos ha legado la tradición cristiana en el seno de la Iglesia católica. Hay quienes propugnan la enseñanza neutral, para que cada uno descubra sus propios

valores en la vida. Me asombra esta manera de pensar. No se puede comunicar la propia “humanidad” y las convicciones, que nos hacen alcanzar el bien de la persona y su verdad, si no están enraizados en la tradición cultural, en este caso la cristiana. Un árbol desenraizado por la simple idea de que así crecerá mejor y espontáneamente está en realidad destinado a morir. Por eso, frente a la sociedad “líquida” que tenemos delante caminando hacia el nihilismo, hemos de ejercer la libertad manifestando el proyecto de la antropología cristiana y creando gestos que unan nuestra existencia al verdadero árbol de la vida que es Jesucristo hecho visible y vivible en la cultura cristiana.

En el resto de las escuelas, especialmente en las de iniciativa estatal, el que enseña (profesor-maestro), más allá de las habilidades y conocimientos, no podemos olvidar que se trata de educar personas introduciéndolas en la realidad de su propia humanidad y de la sociedad. Hoy para todos los profesores y, en particular para los profesores de religión, quisiera proponeros tres sencillas reflexiones:

- Los profesores de religión y de moral católica sois una fuerte referencia para la comunicación de la “*verdadera humanidad*”. Vuestra propuesta educativa, en efecto, es en sus contenidos la *respuesta última y radical* a las preguntas, a los intereses supremos del hombre y del niño. Es posible que las pretensiones de una educación neutra y “líquida” os estén insidiando continuamente, procurando la confrontación. Por eso es necesario estar bien enraizados en la propuesta cristiana que entendemos que es el bien y la verdad de la persona. Para ello, como todos los cristianos, debéis alimentar vuestra vida cristiana en las fuentes de la Palabra de Dios y los Sacramentos, vinculándoos a la comunidad cristiana. La mejor propuesta es la que pasa por la propia experiencia de vida cristiana.

El profesor de religión en el ámbito de la escuela no realiza la misma función que el catequista. Su aportación como profesor de religión en relación con la iniciación cristiana se coloca sobre todo en enseñar a los alumnos a *pensar*, a poseer un pensamiento crítico y a preguntarse por el sentido último de la vida. La propuesta cristiana viene a responder a las exigencias profundas del corazón humano.

- La segunda reflexión nace de la fidelidad a la pedagogía del maestro interior que define la pedagogía cristiana. Vuestra primera preocupación debe ser la de estar atentos al alumno *en sí mismo*. El hombre, prestando atención a sí mismo, descubre muchas verdades indubitables acerca de la realidad de la propia persona,

de la propia libertad. Este es el camino seguido por San Agustín en sus *Confesiones*. Las situaciones en las que los niños se encuentran y que son capaces de despertarlos a la atención de sí mismos son muchas. El educador es quien ayuda a interpretarlas y ofrece un camino de respuesta. Un ejemplo clásico de lo que estoy diciendo es la manifestación en los niños de la preocupación por su cuerpo, por sus atracciones, por sus sentimientos y emociones. Todos ellos son profecías de la vocación al amor y necesitan ser educadas y orientadas hacia el amor verdadero y hacia la práctica de la virtud. Lo mismo pasa ante la muerte de un familiar que lleva a descubrir existencialmente la nuestra y por tanto a preguntarse por el sentido de la vida. Ayudar a interpretar la vida interior de cada uno es la mejor pedagogía. En todo lo que nos ocurre hay una llamada de Dios, una presencia del Espíritu Santo: el maestro interior.

- La tercera orientación se refiere a la fidelidad a los contenidos de la propuesta cristiana: contenidos que han de ser continuamente e inteligentemente ordenados siempre hacia la persona de Jesucristo. No se educa al hombre presentándole un mínimo común denominador de las distintas religiones. La confrontación con ellas se hace de un modo diferente.

Como reflexión final pienso que no podemos renunciar, especialmente los padres, a cuidar la relación con la escuela y particularmente con los profesores de religión. Su proximidad a la parroquia y a la comunidad cristiana son propuestas siempre que nos pueden ayudar a todos a llevar a cabo la propuesta educativa cristiana y, especialmente, el primer anuncio.

3.3 La parroquia

Como recordábamos anteriormente, la parroquia está llamada a redescubrirse, a imagen de la Virgen María, en su misión maternal. Como la Virgen, la parroquia, por la acción del Espíritu Santo, está llamada a gestar mediante la Palabra, los Sacramentos y la vida comunitaria nuevos cristianos. De no ser así nos ocurrirá, como he recordado muchas veces, que dedicaremos nuestro tiempo y nuestros esfuerzos a gestionar la decadencia.

Como referencia reciente de la misión de la parroquia conviene releer la Exhortación Apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium* (20, ss.) y la Instrucción de la Congregación para el Clero: *La conversión pastoral de la*

comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora (2020). En este último documento se describe a la parroquia como “comunidad de comunidades”. Esta descripción está en consonancia con lo que en su día enseñaron San Juan Pablo II y Benedicto XVI. La parroquia, se dice, es una comunidad de comunidades “convocada por el Espíritu Santo, para anunciar la Palabra de Dios y hacer renacer nuevos hijos en la fuente bautismal; reunida por su pastor, celebra el memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor, y da testimonio de la fe en la caridad, viviendo en un estado permanente de misión, para que a nadie falte el mensaje salvador, que da la vida” (EG 28).

Más allá de lo que el Papa Francisco recuerda a los sacerdotes sobre la importancia del primer anuncio, del *Kerygma* (EG 161-162) o la predicación (EG 135-144), conviene también recordar su llamada a evangelizar a todos los bautizados (EG 111-134). En especial nos invita a todos a recuperar una catequesis kerygmática y mistagógica en la que se dé un acompañamiento personal de los procesos de crecimiento en torno a la Palabra de Dios (EG 160-175).

Tanto para los sacerdotes como para los catequistas o los testigos que colaboran en el primer anuncio y en la iniciación cristiana es necesario ser conscientes de que: a) Somos enviados por la Iglesia y no trabajamos a título particular. No nos presentamos a nosotros mismos sino que presentamos a la persona de Cristo presente, de manera singular, en la Palabra de Dios y en la Eucaristía y los demás Sacramentos; b) Para anunciar el *Kerygma* uno tiene que ser testigo, como los apóstoles, de la resurrección. En nuestro caso damos testimonio de cómo Cristo nos ha sacado del abismo del pecado, de los infiernos de nuestros vicios y nos ha curado todas nuestras heridas. De esta manera, anunciamos el poder del Señor para sanar a quien nos escucha, descubriéndole previamente todas sus enfermedades; c) En tercer lugar, el testigo, también como los apóstoles, debe de estar dispuesto a perder la vida por Cristo y por amor a los hermanos, debe sentir la “urgencia” de la evangelización y ser movido por la caridad (2 Cor 5, 14).

Dicho todo esto, no conviene olvidar que la obra de la iniciación cristiana procede de la gracia. Es el Espíritu Santo quien fecunda el seno de María y ella concibe por su virginidad y humildad. Por eso, como nos recuerda Hans Urs von Balthasar “el verdadero parto de la Iglesia es llevar las almas a Cristo. Comenzó en los tiempos apostólicos y continúa sin desfallecimiento hasta el fin del mundo. Tal es

la línea maestra de la entrega de la fecundidad virginal de María hasta la Iglesia Madre” (*Gloria I*, 484).

Del mismo modo que en María, la fecundidad de la Iglesia es virginal y por tanto obra de la gracia de Dios. Olvidar esto es caer en propuestas pastorales racionalistas y voluntaristas. Es confundir la iniciación cristiana con grupos de formación o estudios, incluso bíblicos. No hay iniciación cristiana sin la humildad que lleva a aceptar la gracia de la conversión y el seguimiento de Jesucristo. Es la Iglesia Virgen y Madre la que gesta a los cristianos en el seno de la comunidad con la Palabra y los Sacramentos. Y así, como dice Balthasar “la Iglesia sólo será auténtica si vive en coherencia con la impotencia y la fragilidad de la Cruz de Cristo. El amor de Cristo sólo puede manifestarse en la exposición desprotegida y desinteresada de los que viven de Él. Un amor que cura la culpa (perdón), el sufrimiento, el sinsentido del absurdo, el egoísmo y la muerte” (Ibid.).

Para cerrar estas consideraciones sobre la parroquia, ofrezco a continuación algunas indicaciones sobre la catequesis de los niños, la liturgia y el anuncio a los adolescentes y jóvenes:

a) La catequesis de los niños

Tal como tenemos establecido en nuestra diócesis el orden de los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo-confirmación-eucaristía), conviene que, en la comunión posible con los padres y en relación con los profesores de religión, los niños reciban en el primer año de catequesis el primer anuncio cristiano (*Kerygma*) que después será profundizado a lo largo de todo el proceso catequético. La referencia continua a Cristo en su misterio pascual y la familiaridad con Él para iluminar todas sus situaciones es esencial en el proceso catecumenal que los ha de conducir a participar de los Sacramentos.

Para los niños, como para los adultos, la iniciación cristiana connota el acto con el que un adulto en la fe (padre-catequistasacerdote) introduce a una persona dentro del misterio de Cristo: este es el acto constitutivo y fundante de la existencia cristiana. Sin embargo, dado que el hombre es “iniciado” al misterio de Cristo por una acción sobrenatural del Espíritu Santo, acción que se cumple mediante los ritos sacramentales, la iniciación cristiana tiene una dimensión *esencial*

sacramental. Ambos elementos han de ser mirados con equilibrio y de ahí el arte de la catequesis kerygmática y mistagógica (que introduce en las acciones y signos sacramentales).

Durante los dos primeros años de catequesis los niños deberán ser introducidos dentro del *universo cristiano*. Este está constituido por signos, por la oración y por las personas: a) *los signos* fundamentales son los siete sacramentos, el templo, la cruz y el tiempo litúrgico; b) *la oración*: esta es (dependerá de su familia) la primera educación para adentrarse en el coloquio con Dios que irá conociendo como Santísima Trinidad. Es importante que conozcan y se les explique el signo de la Cruz (santiguarse y persignarse), el Credo apostólico, el Padre Nuestro y el Ave María. Se podría terminar el primer año con la entrega solemne de la Cruz con una pequeña celebración; c) *las personas* que habitan el universo cristiano: Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo. Se comienza a creer en Jesucristo, quien nos presenta al Padre creador y providente y culminamos con el Espíritu Santo, el Amor de Dios y nuestro maestro interior que habla en nuestra conciencia moral y nos enseña a orar; la Virgen María, nuestra Madre, el Ángel custodio, los santos; los padres que cooperando con Dios nos han dado la vida; los sacerdotes; el Obispo. En el curso del segundo año se podría celebrar la entrega del Padre Nuestro con una catequesis y celebración explicando la importancia de la oración. Del mismo modo hay que preparar, celebrar y entregar el Credo apostólico haciéndolo coincidir con la Confirmación y presentando a los niños itinerarios para continuar después de la Primera Comunión: Asociación de los Santos Niños, Acción Católica, Scouts, etc.

En el tercer año debe situarse el inicio (o vinculado a la Confirmación) al Sacramento de la Penitencia. En estos momentos hay que recalcar la importancia de la formación moral de los niños para que sepan distinguir entre el bien y el mal. Es definitivo que se les explique bien el perdón de la culpa y la importancia de vivir en gracia y amistad con Dios. Si se considera oportuno, además de esquemas fáciles para examinar la conciencia, se podría también entregar en una celebración los Mandamientos de Dios explicando el pasaje del joven rico y entregándoles los Evangelios.

La iniciación cristiana de los niños culmina con la Eucaristía, celebrada como Primera Comunión y presentada anteriormente en el Sagrario y en la experiencia del Santísimo para la adoración. La llamada postcomunión tiene como contenido la

catequesis mistagógica, que debe ir unida a otras actividades en los grupos parroquiales preparados para los niños.

b) La liturgia

Los niños, durante los tres años de catequesis, deben conocer bien las partes de la Eucaristía, su significado y los elementos fundamentales de la liturgia católica. Sin embargo, conviene aclarar que la *celebración* litúrgica no es uno de los factores de la iniciación cristiana: es lo que hace la iniciación. Esta no es simplemente expresión de un camino psico-pedagógico que se está haciendo, sino la causa eficiente de la introducción de la persona en el Misterio de Cristo. Esta no es sólo ocasión de una catequesis: es la razón de ser de la catequesis misma. La pregunta que debemos hacernos siendo las cosas así es la siguiente: ¿de qué modo la celebración litúrgica educa al niño (y a los demás cristianos) a la visión cristiana de la vida, a la mentalidad de Cristo?

En su momento propuse a los sacerdotes la lectura del libro de Jean Corbon, *La liturgia fontal*, Ed. Palabra. Continué insistiendo en la importancia de recuperar el sentido de la liturgia y la necesidad de unir la liturgia con la vida personal, familiar y social. En esta ocasión me limito a recordar con el Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 19, que la “*actuosa participatio*” (participación activa de los fieles en la liturgia) no consiste en la necesidad de que *todos tengan que hacer algo*, sino que consiste en el ofrecimiento de sí mismos hecho al Padre con Cristo, en Cristo, por medio de Cristo. Por tanto, los cantos, los gestos... tienen esta finalidad desde el momento en que, como enseña San Agustín, *este* es el sacrificio de Cristo: de Cristo cabeza y miembros. Nunca me cansaré de recordar la importancia del carácter misterioso de la liturgia. No nos celebramos a nosotros mismos. Celebramos la Gloria de Dios y la victoria sobre el pecado y la muerte. Las celebraciones litúrgicas, particularmente la Eucaristía, nos hace vivir la Pascua y nos introduce en la verdadera tierra prometida: el Cielo.

c) El primer anuncio a los adolescentes y jóvenes

Soy consciente de que éste es un tema que no se puede despachar con cuatro líneas. Hoy la crisis que atraviesan nuestros adolescentes y jóvenes es tremenda

y requeriría de un análisis más profundo. Sin embargo, no renuncio a decir alguna palabra orientativa.

A nadie escapa el asalto que sufren actualmente nuestros adolescentes y jóvenes por todo tipo de mensajes, opiniones, informaciones, adicciones, etc. Todo ello provoca en ellos una desorientación básica sobre el valor de la vida, su sentido y la gran dificultad de distinguir entre el bien y el mal, entre la mentira y la verdad. Se diría que, plantados en este mundo, se preguntan si vale la pena y por qué ser libres. Escuchándoles parece que no conocen el sentido de su libertad y, atrapados en ella, no saben bien qué hacer y hacia dónde dirigir sus pasos. Mientras tanto, en su desorientación, el consumo hace presa de ellos y estimula sus respuestas siempre efímeras, hasta producir el aburrimiento de vivir. Se hace necesario recordar que la libertad no sólo es “libertad de” (autonomía, independencia) sino “libertad para” que reclama un “por qué”, una causa para obrar y un sentido para vivir.

Para ilustrar esta situación quiero traer a colación dos textos de San Juan Pablo II en la Encíclica *Fides et ratio*: “Con la presente carta deseo centrar la atención sobre el tema de la *verdad* y de su *fundamento* en relación con la fe. No se puede negar, en efecto, que este período de rápidos y complejos cambios expone esencialmente a las nuevas generaciones, a las cuales pertenece y de las cuales depende el futuro, a la sensación de que se ven privados de los auténticos puntos de referencia. La exigencia de una base sobre la cual construir la existencia personal y social se siente de modo notable sobre todo cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia. Sucede de este modo que muchos llevan una vida hasta el límite, sin saber bien lo que les espera” (*Fides et ratio*, 6).

Más adelante continúa diciendo el Papa Juan Pablo II: “Hay que observar que uno de los datos relevantes de nuestra condición actual consiste en la “*crisis del sentido*” [...]. La pluralidad de las teorías y los diversos modos de interpretar el mundo y la vida del hombre, no hacen más que aumentar la duda radical, que fácilmente desemboca en un estado de escepticismo y de indiferencia o en las diversas expresiones de *nihilismo*” (*Ibid.*).

En mi opinión la causa principal del malestar de nuestros adolescentes y jóvenes –sabiendo que son etapas que reclaman madurez– ha sido una carencia,

un vacío educativo. Imaginemos la vida humana como una cadena compuesta de varios anillos unidos y sujetos entre sí. Si se rompe un anillo, la cadena se divide en dos partes separadas la una de la otra. Este ejemplo nos sirve para comprender lo que quiero decir con el vacío educativo. En estos momentos se ha roto el anillo constitutivo de la propuesta educativa, más aún, del acto de educar. ¿Qué es lo que ha pasado? Lo que ocurre es que los adultos hemos producido una sociedad fundada sobre el presupuesto de que cada opinión y lo contrario de cada opinión tienen el mismo valor; que cada persona es movida a obrar según su parecer o utilidad individual; que todas las normas que regulan la convivencia asociada son puras convenciones; que los criterios que regulan las elecciones individuales de cada uno son dictados exclusivamente por los propios gustos. Con ello se ha producido una sociedad relativista, utilitarista, convencionalista e individualista. Es decir, un mundo en el cual los jóvenes no encuentran respuestas a las preguntas de fondo por parte de quienes deberían dárselas. Ha emergido una condición juvenil cargada de incertidumbres, incapaz de tomar decisiones definitivas, saturada de informaciones, pero incapaz de ser libre. Lo tremendo de esta situación es que, como repito continuamente, del relativismo moral se está pasando precipitadamente al nihilismo, en el que la falta de sujeto hace muy difícil la evangelización.

Ante esta situación, consciente de que estas afirmaciones generales son susceptibles de muchos matices, debemos preguntarnos: ¿qué exigencias deben respetarse hoy para la evangelización de los adolescentes y jóvenes?

- Siguiendo el camino trazado por Juan Pablo II, la primera exigencia es la *razonabilidad de la fe*. Esto significa que el joven tiene que encontrar en la propuesta cristiana la única respuesta enteramente verdadera a sus preguntas de sentido. En segundo lugar, significa que la evangelización es verdaderamente tal cuando conduce al joven a una “exaltación” de sus perfecciones naturales o capacidades (el ciento por uno de que habla Jesús); cuando le vuelve a dar un gusto por su vida de cada día, en los humildes gestos de su vida cotidiana que antes no conocía: el gusto de estudiar o trabajar, el gusto de la amistad, el gusto del amor a su chico/a, o de entregar su vida a Dios.

- El *crisocentrismo (eucarístico)*. Esta exigencia significa dos cosas. La primera: la evangelización no significa en primer lugar conducir a la adhesión a una doctrina o a la aceptación de un código moral, sino conducir al encuentro con la

persona misma de Jesucristo, a vivir una relación real con su persona. La segunda: este encuentro con la persona misma de Jesucristo es la “clave interpretativa” de la entera existencia humana. Es aquel sentido último y fundante hacia el que el joven se dirige y lo busca naturalmente. Este cristocentrismo es eucarístico. Esto significa que o la evangelización del joven lo lleva a vivir la celebración de la Eucaristía como “fuente y culmen” de su vida, y por tanto le lleva a dar una importancia suma a la adoración eucarística, o esta supuesta evangelización está completamente fuera del camino adecuado. Pienso que la banalización de la Eucaristía a la que hoy a veces asistimos es la dificultad más grave que puede ocurrir en una comunidad cristiana. Esto conduce a banalizar la persona de Cristo.

- *La exigencia de catolicidad.* Con esta exigencia de catolicidad se entiende la exigencia de que la fe cristiana, es decir el encuentro con Cristo, pueda componerse con toda experiencia humana. Este componerse adecuadamente va en el sentido descendente de una fe que pretenda inspirar y gobernar toda experiencia humana, y en el sentido descendente de una humanidad (la de cada persona) que se exalta en la fe. Evangelizar a un joven significa hacer de él un hombre verdadero porque ha encontrado a Cristo, hacer de él un verdadero creyente porque es fiel enteramente a su humanidad.

En el contexto de esta exigencia se debe presentar al joven la ineludible *dimensión ascética*, es decir la renuncia a sí mismo (del sí mismo falsificado por su libertad fuera de Cristo) que debe acompañar toda experiencia cristiana: “En esto sabemos que lo hemos conocido: si observamos sus mandamientos. Quien dice que lo conoce y no observa sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él” (1 Jn 2, 3-4).

Es difícil respetar esta exigencia en la educación de los jóvenes, llevados espontáneamente a una actitud que separa “aut-aut” (esto o lo otro) y no a una actitud que integra, propia de lo católico: “et-et” (esto y también lo otro). ¿Existe, sin embargo, una experiencia, un lugar en el que concretamente es posible la evangelización de los jóvenes, respetuosa verdaderamente con estas tres exigencias? Existe uno solo y este lugar es la Iglesia. Por lo cual, evangelizar es hacer morar la Iglesia en el corazón de los jóvenes y el corazón del joven en el corazón de la Iglesia: en las formas concretas en que ésta toma cuerpo. ¿Cuál es el sentido de esta equivalencia capaz de respetar la triple exigencia?

El sentido fundamental es la verdad dogmática respecto de la Iglesia: ésta es la presencia histórica, visible de Cristo en medio de nosotros. Es particularmente verdadero para los jóvenes que la evanescencia de la Iglesia de su corazón coincide con la evanescencia de la persona de Cristo. Es, mediante la Iglesia, en la que ésta toma cuerpo, donde el joven encuentra razonablemente a Cristo (eucarístico) y llega a ser plenamente en su humanidad: la Iglesia es Madre y Maestra. Es en la Iglesia, en las formas en que ésta toma cuerpo, donde el joven vive la experiencia de Cristo: la Iglesia es el cuerpo de Cristo y es su esposa.

Con la expresión referida a la Iglesia diciendo “en las formas en que ésta toma cuerpo”, quiero destacar la importancia de la comunidad cristiana que se hace presente tanto en la parroquia como en los movimientos, como en las demás realidades eclesiales. A cada uno llega el primer anuncio cristiano, *el Kerygma*, por distintos caminos: los encuentros de oración de los viernes, peregrinaciones y retiros, ejercicios espirituales, cursillos de cristiandad, *effetá*, la propia parroquia, el trabajo con los religiosos, etc. Lo importante es poner a la Iglesia en el corazón y alcanzar el sentido de pertenencia a la Iglesia Madre, Esposa de Cristo.

En estos temas no siempre estamos exentos de peligros. Por eso, para concluir esta referencia a la evangelización de los jóvenes quisiera destacar algunos errores o deficiencias en las que se puede caer.

Algunas deficiencias:

La primera deficiencia que podemos destacar es pensar que sea posible una evangelización sin ninguna *dignidad cultural*. Con ello me refiero a una propuesta de la fe que no sea razonable y que no se pueda verificar en la propia experiencia de cada uno: se trata de privar a la fe de su razonabilidad e inteligibilidad y, por tanto, de su universalidad en un sentido extensivo (abarca a todos y a toda la realidad humana) e intensivo (promueve todas las capacidades humanas). En el fondo esta deficiencia considera que la pretensión veritativa en lo propuesto en la predicación o catequesis es secundario o que incluso puede eludirse. Por eludir la pregunta veritativa entiendo una actividad catequética que considera que en orden al culto debido al Señor es indiferente o secundario lo que nosotros pensamos del Señor. Un anuncio cristiano es culturalmente irrelevante cuando nace sea de una “fe débil” o de una “razón débil”. La razón, privada de la luz de la revelación, ha recorrido

senderos laterales que se arriesgan a hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de no ser ya una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, sea más incisiva; ésta, al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a un mito o superstición. De ahí la necesidad de una pastoral catequética y formativa que se sirva de las dos alas del espíritu: la fe y la razón.

La segunda deficiencia de una pastoral juvenil desenfocada es la búsqueda de “*lo extraordinario*” en la experiencia de la fe, en el drama de confundir el “creer” con el “sentir” fuertes emociones sagradas. Drama, porque una tal fe está a un paso de la magia y de la superstición. Nosotros presentamos a Jesucristo, presente en la Iglesia, Camino, Verdad y Vida. Pensar que debemos ofrecer lo mismo que el mundo que atrapa a los jóvenes provocando la intensidad y lo extraordinario de los sentimientos es un error. Esta intensidad de los sentimientos buscada no ofrece más que puntos inconexos en la vida de una persona y es incapaz de forjar una historia con una meta definida.

- Los jóvenes pueden tender a crear entre ellos “*comunidades cerradas*”, sólo para ellos. Esta fue la estrategia seguida particularmente en España cuando los jóvenes fueron separados de la tradición y de las familias. Se creó una música para ellos, una “movida” para ellos con horarios antifamiliares y separados de los mayores.

En la Iglesia puede ocurrir lo mismo si no se guarda un equilibrio entre la pastoral juvenil y el caminar con el resto de la Iglesia en las parroquias y los movimientos. También los jóvenes han de conocer la tradición católica, sus cantos, sus gestos, sus celebraciones, su modo de ejercer la caridad, de construir familias, etc. En la Iglesia no hay clases diferenciadas y separadas. En ella confluimos todos y nos necesitamos todos, dando a cada uno lo que necesita en cada etapa de la vida, pero sin separarse de la corriente de la Tradición.

Cuando hablo de “comunidades cerradas” entiendo aquellas en las cuales la pertenencia a la Iglesia es decidida por la pertenencia a la comunidad. Lo apropiado es decir que se forma parte de la comunidad por la pertenencia a la Iglesia, presencia histórica de Jesucristo. Lo contrario es una fe no pensada, que no puede ser una propuesta universal. Ello explica que muchos jóvenes, cuando pasa el tiempo y dejan de participar de la comunidad de los jóvenes, dejan al mismo tiempo la práctica cristiana vinculada a la Iglesia.

Finalmente, también considero deficiencia el *reducir la pastoral juvenil* al voluntariado. Siendo todo importante, la evangelización no se puede reducir al compromiso por los otros o a las actividades que no alimentan directamente la fe y la amistad con Cristo. El fundamento y la raíz de la salvación es la fe. A diferencia de Juan el Bautista, Jesús no inicia su anuncio pidiendo el cambio de costumbres. Él pide el cambio de la mente (*metanoia*) y la fe. En su vida cristiana todo nace de la fe: la fe nace de la escucha; la escucha del anuncio (Cf. Rm 10-17).

Conozco a unos cuantos jóvenes que en su momento estaban enrolados en la pastoral juvenil con muchas actividades y con voluntariado de todo tipo y que acabaron dejando la fe. Cuando la fe cultivada se hace operativa por la caridad, el equilibrio está salvado siempre que no se separen de las fuentes de la fe: la oración, la escucha de la Palabra, los Sacramentos y la comunidad de la fe: parroquia, movimientos, comunidades eclesiales. Es peligroso reducir el cristianismo a una doctrina moral. Cuando esto ocurre se sustituye la persona viva y real de Cristo resucitado por un compromiso moral que se considera como la esencia del cristianismo. La perfección es la caridad, pero sin la fe se desarrolla una benevolencia que no hay que confundir con la caridad que une a Dios, la caridad que es la vida de Dios, la caridad que es la comunión de amor con Él y con los hermanos.

3.4 Conclusión

Como conclusión de este apartado, considero que estas reflexiones son suficientes para despertar el carácter evangelizador de las parroquias de nuestra diócesis. En este curso os propongo promover el “primer anuncio cristiano”, el anuncio del *Kerygma*, tanto en la predicación como en la catequesis de todas las edades y para todas las condiciones de los destinatarios, incluidos los alejados o debilitados en su fe.

Para ello es necesario, como hicieron los apóstoles, orar con María suplicando la venida y asistencia del Espíritu Santo. Es este un curso en el que la *Escuela de evangelización* puede estudiar y dar a conocer las distintas modalidades del “primer anuncio” y presentar las distintas iniciativas y movimientos que existen en la Iglesia centrados en el anuncio del *Kerygma* y en la evangelización. Del mismo modo, las parroquias y las delegaciones pueden dar a conocer estas modalidades y solicitar la presencia de los movimientos y realidades eclesiales que les puedan

ayudar. El objetivo, más allá del anuncio del Kerygma, que debe ser permanentemente profundizado, es ir reconduciendo la iniciación cristiana haciéndola desembocar en la gestación de nuevos cristianos y de nuevas familias y comunidades cristianas.

4. UN JUBILEO SIGNIFICATIVO: LA VIRGEN DE LA VICTORIA DE LEPANTO

El próximo 7 de octubre de 2021 se cumplen 450 años de la batalla de Lepanto, *“la más alta ocasión que vieron los siglos”*, en boca del ingenio de las letras, el alcalaíno Miguel de Cervantes. La batalla entre la Liga Santa formada por el Imperio español, los Estados Pontificios, la República de Venecia, la Orden de Malta, la República de Génova y el Ducado de Saboya fue capitaneada por Juan de Austria que contaba con la edad de veinticuatro años. Siendo tan joven fue, sin embargo, el elegido por el Papa San Pío V. Felipe II, el rey de Hispania, puso a su lado como mentor a Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla en la Orden de Santiago, cuya sede estaba en Villarejo de Salvanes, pueblo de nuestra querida diócesis de Alcalá de Henares. Luis de Requesens fue en su momento embajador de España ante la Santa Sede y, por tanto, tuvo ocasión de conocer la Sede de Pedro y al futuro Papa San Pío V.

4.1 La batalla de Lepanto

La batalla de Lepanto, que enfrentaba a la Liga Santa frente a los Otomanos, era decisiva para la cristiandad y se presentaba difícil por la pericia en el mar de las galeras que en nombre del Islam gobernaba Alí Bajá a las órdenes del Sultán turco Selim II. Desde muchos años atrás las mentes privilegiadas cristianas, entre ellas las advertencias de Santo Tomás Moro, señalaban la necesidad de protegerse del poder turco y defender la fe cristiana.

A pesar de los ruegos de San Pío V, la desunión de los príncipes cristianos hacía difícil la empresa. Francia e Inglaterra con sus intereses y la presión de los protestantes hicieron imposible afrontar juntos la avalancha del Islam. Fue Su Santidad el Papa, y la generosidad de España, la que por fin logró poner las condiciones posibles para la Liga Santa. San Pío V le confirió un sentido religioso a la batalla, preparó a los participantes en la Liga Santa enviando predicadores que

animaran y asistieran a los que formaban la Armada, con el fin de mantener vivo el espíritu religioso en sus gentes. Antes de emprender la batalla se celebró la Santa Misa con confesiones. El mismo Papa oraba a la Santísima Virgen buscando su intercesión. Unos días antes del desembarco estaba en su oratorio ante la Virgen y tuvo una visión que le anticipaba la victoria de la Liga Santa. Desde ese momento siempre pensó que la victoria de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571, había sido una concesión de la Virgen del Rosario.

Concluida la batalla con la victoria, el Papa Pío V ordenó que todos los años en el día 7 de octubre se hiciese una fiesta en acción de gracias en memoria de “*Nuestra Señora de la Victoria*” (Decreto consistorial de 17 de marzo de 1572). Por su parte el Papa Gregorio XIII determinó, el día 1 de abril de 1573, que la fiesta en lo porvenir se celebrase como fiesta del Santo Rosario en la primera dominica de octubre (Bull. Rom. VIII, 44, ss.).

Esto que ocurría para toda la Iglesia universal, tuvo una resonancia particular para Villarejo de Salvanés y, por tanto, para nuestra diócesis complutense. Don Luis de Requesens, Comendador Mayor de Castilla como hemos dicho, asombrado y agradecido por la victoria de Lepanto, quiso como acción de gracias erigir un convento en Villarejo que albergaría una imagen de la Virgen del Rosario, aclamada como Virgen de la Victoria.

El convento fue confiado a los Franciscanos, quienes mientras se construía ya se hicieron presentes en la Casa de la Tercia. El Papa Pío V autorizó la fundación del convento y de él se obtiene la Bula *Quam preclara meritorum* con la obtención de indulgencias. Pero lo que verdaderamente fue el mejor tesoro para Villarejo fue, con el tiempo, la Imagen de la Virgen del Rosario, llamada Virgen de la Victoria que, según la tradición, fue un regalo de San Pío V, con la presunción de que era la imagen a la que rezaba el Papa en el fragor de la batalla. La presencia de esta imagen de la Virgen, y los milagros que se le atribuyen, ha conseguido que alcanzara el corazón de todos los fieles y llegara a ser, como se dice, “*una estrella del cielo fijada en el mar de Castilla*”.

A partir de este momento, en toda la Iglesia, y particularmente en nuestra tierra se acrecentó el rezo del Santo Rosario y aparecieron por todas partes *Cofradías del Rosario* que ayudaban a introducir entre los fieles este modo importante de oración. Como huella de este momento, recuerdo que mi madre

cuando iniciaba el rezo del Rosario ponía como intención la unidad entre los príncipes cristianos, recuerdo de aquella situación dramática en la que no se pudo conseguir esa unidad.

Para nosotros, católicos del siglo XXI, lo más importante es recuperar un signo más de la intercesión de María que acompaña el caminar de su pueblo. Nosotros creemos en la Providencia y sabemos que Dios no está al margen de la historia. Es más, conduce nuestra vida e ilumina nuestra historia para que desemboque en el bien de los que aman al Señor (Cf. Rm 8, 28). Del mismo modo, la Virgen María intercede por cada uno y se muestra como Madre, como quise recordarme en mi lema episcopal: *“Muestra que eres Madre”*.

4.2 Un año Jubilar

Con motivo de esta efeméride, hemos solicitado a la Sagrada Penitenciaría de Roma un Año Jubilar que nos ayude a volver la mirada a la Virgen de la Victoria buscando su intercesión y para actualizar y propagar entre los fieles, también los niños, las familias y las parroquias el rezo del Santo Rosario privada y públicamente. Encargo a una comisión los aspectos particulares de este Año Jubilar que se va a extender desde el primer domingo de adviento de 2020 hasta la fiesta de Cristo Rey de 2021. En todo este año la Imagen de la Virgen del Rosario y su convento en Villarejo de Salvanes serán designados como lugares de peregrinación y de oración en comunión con las imágenes del Rosario diseminadas en toda la diócesis.

4.3 Nuestra batalla

El contexto en el que nosotros vivimos es muy diferente al que se vivió en el siglo XVI y que llevó a la batalla del Golfo de Lepanto. Sin embargo, este acontecimiento nos puede servir para profundizar en nuestra situación actual y para ser conscientes del combate que supone la vida cristiana.

Como entonces ocurrió, los cristianos no estamos unidos, ni siquiera en el seno de la Iglesia Católica. Este es un motivo que nos debe invitar a la oración y a formar, unidos a Pedro, una liga santa de almas orantes invocando a María con el rezo del Santo Rosario y suplicando su intercesión.

En el siglo XVI concretaron el enemigo de la civilización cristiana en el imperio otomano. Hoy el enemigo está más diluido e incluso se ha hecho presente en el seno de la Iglesia. Hoy los ataques no se sitúan en un territorio concreto, sino que han penetrado en el interior de las almas. Se trata de una situación, la nuestra, en la que se prescindir de Dios y se pretende “deconstruir” la persona humana, la familia, la educación y el sentido cristiano de la vida social y política.

Para afrontar adecuadamente esta situación debemos conocer bien al enemigo y saber cuáles son sus tácticas y estrategias. Hoy estamos ante una batalla cultural que, desde siglos, ha ido perfilando sus principios y sus dogmas. Más allá del marxismo o del liberalismo, de la ideología de género y sus consecuencias, la lucha se articula como una guerra desarrollada por los poderosos contra los débiles. Como nos recordaba el Papa San Juan Pablo II, después del eclipse de Dios han aparecido “verdaderas *estructuras de pecado* caracterizadas por una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera “cultura de la muerte”. Esta estructura está activamente promovida por fuertes corrientes culturales, económicas y políticas, portadoras de una concepción de la sociedad basada en la eficiencia. Mirando las cosas desde este punto de vista se puede hablar, en cierto sentido, de una *guerra de los poderosos contra los débiles*. [...] Se desencadena así una especie de conjura contra la vida que afecta no sólo a las personas concretas en sus relaciones individuales, familiares o de grupo, sino que va más allá llegando a perjudicar y alterar, a nivel mundial, las relaciones de los pueblos y los Estados” (San Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 12).

Esta conjura contra la vida se ha dirigido también contra el matrimonio, contra la familia y pretende deconstruir a la persona humana, penetrando en su alma. Del relativismo moral se ha descendido al nihilismo y tras la ideología de género, la teoría “queer” y el proyecto “cyborg”, se ha llegado a las propuestas “transhumanistas” y “posthumanistas”. Para ello, con carácter global, se han querido implantar *los tres dogmas laicistas* que he recordado antes: la autonomía radical del individuo, la libertad individual como posibilidad de todas las posibilidades y sumar “lo que siento”, los sentimientos y deseos a la lista de los llamados derechos humanos sancionados por las leyes y, por tanto, reconociéndolos como parte de la justicia.

Son muchos los medios que se han utilizado para acabar con el sentido común construido por el cristianismo hasta llegar a negar lo obvio. A poco que

pensemos nos daremos cuenta que *la persona humana no puede reducirse a ser considerada* como un individuo. Naturalmente, cada uno somos una persona individual y gozamos de la autonomía que nos dan los dinamismos espirituales: fundamentalmente la inteligencia y la voluntad. Cada uno aprende a regirse a sí mismo y a dirigir su vida. Sin embargo nuestra autonomía no es “radical”. No nos hemos dado la vida a nosotros mismos. La hemos recibido de Dios y de nuestros padres (aunque sea por reproducción asistida). Esta vida la hemos recibido como un “ser dado” y pensado por la infinita sabiduría de Dios. Por tanto nuestra vida tiene un orden y un fin. Al orden lo llamamos naturaleza de la persona y al fin lo llamamos el bien o perfección en la persona. Nuestra persona es un “ser en relación”. Nuestra relación primera es con Dios. Somos dependientes de Dios y estamos ontológicamente religados a Él. De ahí nace la Religión. A la vez dependemos de nuestros padres y la relación con ellos es fundante de nuestra identidad: somos hijos. A la vez somos interdependientes los unos de los otros y formamos familias y sociedades con el cuño de la fraternidad. Estamos vinculados a nuestro cuerpo que es la visibilización de nuestra persona y nos descubre, en su diferenciación, la vocación primordial al amor y a la promoción de la vida humana.

Todo esto que, según el sentido común cristiano, es obvio, ha sido violentamente atacado afirmando la soberanía sobre el cuerpo, al cual podemos diseñar según la propia voluntad. Se trata, pues, de la afirmación de una autonomía radical y creadora la que se quiere afirmar y que nos recuerda la tentación original: “Seréis como dioses”.

Esta afirmación de la autonomía radical del individuo, sancionada ya en algunas leyes, va acompañada por *un concepto perverso de la libertad*. Es una libertad también creadora que se afirma como posibilidad de todas las posibilidades. Pero ¿es esto verdad? La libertad necesita de la verdad que le sirve de brújula para dirigir los pasos hacia el bien propio y el de los demás. Desenganchada la libertad de la verdad queda reducida a un haz de impulsos, sentimientos y emociones. Estos impulsos y los sentimientos no tienen la capacidad y la luz suficiente para orientar hacia el bien. Es más, la revelación nos enseña que venimos al mundo heridos por el pecado original y que vivimos en un mundo de pecado que nos estimula hacia caminos equivocados.

Cada uno de nosotros necesita ser sanado en su corazón de las heridas del pecado y necesitamos la gracia de Cristo para sanar la inteligencia y nuestra voluntad.

Por tanto, hemos de ser conscientes de que nuestra libertad es una libertad creada y que está necesariamente vinculada a la verdad de nuestro ser y, en definitiva, vinculada a Dios, autor de todo ser y a su Sabiduría, que ordena todos los seres al bien. Contemplando lo que hemos recibido de la revelación y ha sido expresado por el Magisterio reciente de la Iglesia: “En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el Misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, el nuevo Adán, en la misma revelación del Misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et spes*, 22).

La grandeza y la sublimidad de lo que es el hombre (varón y mujer) y su dignidad han quedado oscurecidas por la hegemonía de una cultura que, por prescindir de Dios, se ha quedado a oscuras y ha pervertido la misma libertad humana, que naufraga ante la cantidad de opiniones y estímulos que se le ofrecen a través de los medios de comunicación de masas.

Tampoco es verdad que “soy lo que siento”, ni siempre nuestros deseos concuerdan con la verdad de nuestro ser. Además de heridas e inclinadas al mal (concupiscencia), las personas están sometidas a un ambiente ideologizado que logra penetrar en las almas y dirigir los sentimientos y los deseos por caminos equivocados y, a veces, sumamente destructivos: no hay más que pensar en las redes de pornografía, prostitución (también infantil), drogas, alcohol, violencia, terrorismo, robos, asesinatos (Cf. Rm 1, 22-32).

La exaltación de los sentimientos (que de sí son equipaje para la acción) en una sociedad emotiva ha conseguido cambiar la mente y el corazón de muchas personas. Los sentimientos y las emociones necesitan ser discernidos (juzgados) y ser orientados hacia la verdad y el bien de la persona, indicado por lo recibido por la creación (naturaleza de la persona) y lo alcanzado por la redención.

A estas alturas alguien se puede preguntar ¿y cómo ha sido posible desmontar lo obvio del sentido común cristiano en una sociedad, la española, que venía de una tradición fuertemente católica? Para responder adecuadamente a esta pregunta necesitamos presentar otro factor que conocemos también por la revelación cristiana. San Pablo nos lo indica con claridad: “Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir las tentaciones del diablo. Porque nuestra lucha no es contra gente de

carne y hueso, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que moran en los espacios celestes. Manteneos firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y teniendo calzados los pies, prontos para anunciar el Evangelio de la Paz. Empuñad en todas las ocasiones el escudo de la fe, con el cual podáis inutilizar los dardos encendidos del Maligno. Tomad también el yelmo de la salud y la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios, orando sin cesar bajo la guía del Espíritu con toda clase de oraciones y súplicas. Estad alerta y pedid constantemente por todos los creyentes” (Ef 6, 11-18).

Si uno observa el mal del mundo en profundidad no puede menos que detectar al espíritu del mal, el diablo, que lleva engañadas a tantas personas que viven esclavizadas al pecado, que oscurece la inteligencia y pervierte la libertad sometiéndola al mal. En la raíz del pecado está la “aversión” a Dios y la “conversión” a la creatura. En todo pecado la persona prefiere el bien creado al bien divino. La tentación consiste en presentar el mal como un bien, en querer apoderarse del bien creado fuera del orden establecido por Dios, despreciándole a Él y el orden de la recta razón. Esta sabiduría tradicional olvidada ha hecho posible torcer tanto el sentido común cristiano y llevarnos a una batalla colosal en la que se juega, en la consideración del hombre, el orden de la creación y de la redención.

Como nos han recordado recientemente los últimos Papas, hoy la llamada “*cuestión social*” está centrada en la antropología, en la visión que se tenga de la persona y su dignidad: “Hoy es preciso afirmar que la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica” (Benedicto XVI, Caritas in veritate, 75). Más adelante añade: “La cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el riesgo de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano” (Ibid., 79).

Nuestra batalla, siguiendo la analogía de la batalla de Lepanto, es una batalla compleja y que comienza en nosotros mismos y el poder del pecado que nos amenaza. La Iglesia, con la sabiduría de siglos, ha sabido detectar bien los enemigos del alma (mundo, demonio y carne), analizar las *tres concupiscencias* que anuncia San Juan en su carta (1 Jn 2, 15-16) y, con la sabiduría de los Padres del desierto, detectar *los pecados capitales* que son raíz de todos los demás pecados. Desde la

soberbia y la codicia se abren en el espíritu humano los llamados vicios capitales: la vanagloria, la envidia, la avaricia, la ira, la tristeza o acedia, la gula y la lujuria. Este combate contra el mal, que se ha dado siempre, hoy se ve acrecentado por una crisis del hombre que tiene su origen en el olvido de Dios.

También nosotros, como ocurriera en el siglo XVI con la batalla de Lepanto, necesitamos la voz de Pedro que nos invite a servirnos de los auxilios divinos para salir victoriosos en la batalla. Nuestra moral de victoria descansa en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. El desenlace final es la victoria de Jesucristo, quien nos ha abierto las puertas del Cielo. El Príncipe de este mundo ha sido derrotado, pero continúan sus insidias y sus engaños hasta que llegue el momento final.

Del mismo modo que el Cristo de Lepanto presidía la nave capitana, todo nuestro combate cristiano contra los enemigos exteriores (ideologías, manipulaciones, tentaciones, etc.), así como contra los enemigos interiores (pecados capitales, intereses inconfesables, hedonismo, egoísmo, etc.), tiene que estar presidido por la persona de Cristo y la fuerza de su Gracia. Es el Espíritu Santo quien nos ayuda, como lo hizo con los apóstoles reunidos con María en el Cenáculo esperando su efusión. Pentecostés significa el comienzo de la Iglesia. Pedro, con la fuerza del Espíritu proclama el *Kerygma* e invita a poner los ojos en Cristo muerto y resucitado, constituido por Dios Padre como *Kyrios*, Señor.

Con la misma sabiduría San Juan Pablo II nos recordaba al comienzo del segundo milenio: “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 29).

Centrados en Cristo, hay que definir bien los objetivos y diseñar las estrategias. Nuestros objetivos, viendo los tres dogmas del laicismoglobalismo que hemos descrito anteriormente, van encaminados a reconstruir el “sujeto” cristiano en tres direcciones: la persona humana como sujeto cristiano, la familia cristiana y la comunidad cristiana. Todos nuestros esfuerzos, contando con la gracia de Dios, deben ir dirigidos a alcanzar estas cotas que ha conquistado o destruido el enemigo. Sin estos objetivos logrados el resto del trabajo resultará inútil o nos dedicaremos a

gestionar la decadencia. Se trata, pues, de tres objetivos básicos que nos posibilitarán abrir después el campo de batalla a los objetivos de la vida social y política en todas sus dimensiones.

La estrategia a seguir en este combate cristiano también viene marcado por tres elementos imprescindibles: profundizar en la antropología cristiana, desarrollar en su amplitud la pastoral familiar y de la vida y desprivatizar la doctrina cristiana afrontando de nuevo los contenidos de la Doctrina Social de la Iglesia.

Si la “cuestión social”, como hemos visto, se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica, necesitamos conocer bien y difundir la *antropología cristiana*. Esta antropología adecuada, según San Juan Pablo II, recoge al menos tres aspectos que derivan de la creación y redención: la unidad de la persona cuerpo-espíritu, la diferencia sexual varón-mujer y la redención del cuerpo (o del corazón).

La unidad de la persona ha sido desarrollada por Juan Pablo II con la llamada *Teología del cuerpo* presente en sus catequesis sobre el amor humano. Del mismo modo, en estas catequesis se da la razón de la diferencia varón y mujer como llamada originaria al amor y a la promoción y educación de la vida humana mediante el sacramento del matrimonio. Tanto la unidad cuerpo-espíritu como la vocación al amor necesitan la gracia redentora de Cristo para alcanzar la verdadera libertad humana. Es lo que llamamos con San Pablo la redención del cuerpo o la redención del corazón. La gracia redentora de Cristo que nos llega por los sacramentos de la Iglesia rompe la dureza del corazón humano y hace posible vivir según el designio de Dios siendo discípulos de Cristo.

La Pastoral Familiar y de la Vida pone el centro en la familia cristiana, que es a la vez la cuna necesaria de la Iglesia y la célula de la sociedad. No se puede responder al individualismo hegemónico sino es a través de una pastoral centrada en la familia como espacio de comunión, de transmisión de la fe y de servicio al hombre en todas sus circunstancias. Individualizar extremadamente la pastoral es un drama que continúa presente en la Iglesia y que no responde al designio de Dios, autor del matrimonio, ni a una sana eclesiología, que contempla la familia cristiana como una iglesia doméstica vinculada a la comunidad cristiana.

Para reconstruir el sujeto cristiano en la persona humana y en la familia necesitamos de la *Iniciación cristiana* que hace posible generar ambos sujetos en

el ámbito de la *comunidad*. La iniciación cristiana con el Catecumenado fue la estrategia de la que se sirvieron en los primeros siglos los cristianos. Para la batalla contra la secularización y el nihilismo yo no veo otra estrategia que no pase por este mismo camino. Nosotros no vamos a utilizar las galeras ni los cañones de la batalla de Lepanto. Sin embargo sí necesitamos de la Iniciación cristiana que genere familias cristianas y pequeñas comunidades que vivan en la unidad y en el amor y hagan visible y creíble la Iglesia de Cristo. Si esto es así, tendremos comunidades de acogida y podremos decir a los heridos con las palabras de Cristo: “Venid y lo veréis” (Jn 1, 30).

Nuestras armas, repito, no son los cañones o las espadas sino las armas del cristiano que nos ha recordado San Pablo (Ef 6, 10-18). Necesitamos de la oración, de la fe, de la Palabra de Dios, de los Sacramentos, particularmente de la Eucaristía que, junto con la Palabra edifica la Iglesia, que toma cuerpo en la parroquia, en los movimientos y comunidades eclesiales. Cada comunidad pequeña es como una galera, que al igual que el arca de Noé, en un mar proceloso o en el diluvio, resiste y avanza protegida por el Señor. No se trata simplemente de un refugio, sino de un espacio donde se edifica, por la gracia de Dios, una nueva humanidad dispuesta a la evangelización, ganando terreno al desierto de nuestro mundo.

Creo que no es necesario insistir más en la necesidad de la comunidad cristiana, edificada a imagen de la comunión de la Trinidad y como un Sacramento de la unidad de los hombres, entre sí y con Dios, como enseña el Concilio Vaticano II (Cf. *Lumen Gentium*, 1 ss).

Garantizada por el primer anuncio y la iniciación cristiana la gestación del sujeto cristiano (persona, familia, comunidad), necesitamos como estrategia urgente desprivatizar el hecho cristiano mediante la recuperación de la *Doctrina Social de la Iglesia*. Como es sabido, esta Doctrina nace del encuentro del Evangelio con la sociedad. Se trata, con matices, de la moral social de la Iglesia, que consta de principios permanentes, criterios de juicio y de indicaciones para la acción.

Hoy la Doctrina Social de la Iglesia, ante el naufragio de los humanismos y de las ideologías, tiene que hacerse presente en la predicación, en la catequesis y en los grupos de formación del laicado, también en los movimientos. Los católicos ni en este momento, ni nunca, podemos estar al margen de la gestación de la sociedad en las instituciones. Abandonar el campo social y político no concuerda

con lo católico que es siempre “et, et”. Oración y trabajo, familia y responsabilidad social, evangelización y política, etc. El espacio social y político no puede ser ocupado sin la garantía del sujeto cristiano y el apoyo de la comunidad. Contando con esta garantía es necesario reconducir esta deriva de la sociedad que está dañando a las personas, destruye las familias y no favorece el bien común y la auténtica solidaridad.

El catolicismo integral abarca todos los campos, también el social y político. Cuando evangelizamos necesitamos esta mirada católica que se hace cargo de todo el hombre y de todos los hombres. Desde siempre la Iglesia se ha ocupado de los pobres y necesitados, creando instituciones: hospitales, centros de acogida, Cáritas, etc. A su vez ha creado escuelas, universidades, espacios de belleza, cultura, etc. Nada nos es ajeno y si queremos ganar la batalla cultural y social debemos prepararnos bien y estar presentes en todos los ámbitos.

En la batalla de Lepanto la armada de la Santa Liga tenía menos galeras que los otomanos. También David se presentó ante Goliath con menos fuerzas aparentemente. Pero invocó a Yahvé y utilizó la estrategia adecuada. Como entonces, tras haber pasado la noche bregando sin conseguir nada: “En tu nombre, Señor, echaré las redes” (Lc 5, 5).

Situados en este contexto y para favorecer la formación de los laicos contamos con las siguientes instituciones: los Institutos diocesanos *Santo Tomás de Villanueva* y el *Instituto de la Familia*, junto al *Instituto de Ciencias Religiosas* a distancia. A ellos confío la formación y el desarrollo de las estrategias para la evangelización.

5. LA ORACIÓN DEL SANTO ROSARIO

Si la imagen del Cristo de Lepanto presidía la nave capitana de Juan de Austria, la Virgen del Rosario era invocada en la retaguardia por el Papa San Pío V y por todo el pueblo fiel. Siempre la Virgen María, como Madre, acompaña el caminar de su pueblo. Con esta oración, además, fue instituida la fiesta de la Virgen del Rosario, la Virgen de la Victoria, y se difundía una de las oraciones más completas: el Santo Rosario.

El Santo Rosario comienza con el acto de *persignarse* que consiste en hacer tres cruces con el dedo pulgar e índice en la frente, en la boca y en el pecho. Con este gesto se invoca a Dios para que purifique nuestra mente, nuestras palabras y nuestro corazón y que nos libre de nuestros enemigos. Se concluye este acto *santiguándose*, invocando a la Trinidad haciendo una cruz grande que, como una coraza, se extiende desde la cabeza al pecho y a los hombros. Con este gesto inicial hemos reconocido *la Cruz*, como la señal victoriosa del cristiano sobre todos los enemigos y hemos reconocido a *Dios Trinidad* (Padre, Hijo y Espíritu Santo) que es la manifestación plena del misterio de Dios.

Después de persignarse y santiguarse, se recita la oración “*Señor mío Jesucristo*” que sirve de preparación a la contemplación de los misterios de Cristo y de la Virgen. Con el acto de contrición nos reconocemos pecadores y necesitados de salvación. Con esta misma oración nos preparamos para el sacramento de la Penitencia, implorando el dolor de contrición que reconoce el inmenso amor de Dios y nuestra ingratitud.

Tras esta introducción se anuncia el primer misterio al que se puede añadir una intención particular o general si rezamos el Rosario públicamente. *Contemplar* los misterios significa evocar los hechos de la vida de Jesucristo o de la Virgen por los que nos ha llegado la salvación. Con la palabra “*misterio*” nos referimos a acontecimientos que se muestran exteriormente, pero que esconden un significado más profundo de carácter salvífico. A lo que se nos invita es a poner la mente en los hechos anunciados y fijar en ellos el corazón.

Los misterios se dividen en cuatro grupos: misterios gozosos, dolorosos, luminosos y gloriosos. Esta denominación indica tanto la vida del Señor y de la Virgen como el ritmo de nuestra vida hecha de gozo, dolor, luz y gloria. Cada grupo de misterios se compone de cinco hechos salvíficos (misterio-sacramento) acompañados del rezo del Padre Nuestro, diez Avemarías y el Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

A través de los “misterios” se recogen los hechos más importantes de la vida de Cristo y de la Virgen y, como hemos dicho, se nos invita a la contemplación de ellos. La contemplación es el modo más alto de orar y requiere del silencio y de la serenidad del espíritu. De ahí la importancia de los elementos preparatorios: persignarse diciendo: “por la señal de la Santa Cruz + de nuestros enemigos +

líbranos Señor Dios nuestro + En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Después se recita la siguiente oración: “Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser Vos quien sois, bondad infinita y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido (dolor de contrición), también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno (dolor de atrición). Animado por vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuera impuesta. Amén”.

Con estos actos preparatorios, que sitúan nuestra vida delante de Dios, podemos adentrarnos en la contemplación de los hechos (misterios) que nos han traído la salvación. Llegar a centrar la atención interior no es fácil en estos momentos en que estamos llenos de voces e imágenes que nos asaltan. Por eso es importante realizar estos actos preparatorios lentamente y tomando conciencia de lo que decimos. El llevar el Rosario (metafóricamente: conjunto de rosas) en la mano pasando los granos con el avemaría ayuda a serenar el espíritu y a fijar la atención. De hecho este conjunto de granos, confeccionado de distintas maneras, aparece en distintas manifestaciones orantes de otras religiones. Todo ello debe ayudarnos a fijar el corazón en lo que queremos contemplar y vamos diciendo de manera lenta y repetitiva.

Además de la llamada a la contemplación, el Santo Rosario se sirve de otros elementos orantes: el Padre Nuestro, el Ave María, el Gloria y la Letanía. En cada misterio se reza al principio el Padre Nuestro, seguido de diez avemarías y se concluye con el Gloria. También es costumbre añadir después del Gloria la siguiente invocación: “María, Madre de gracia, Madre de Misericordia, defiéndenos del enemigo y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén”. Por la indicación de la Virgen de Fátima se puede añadir: “Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia”.

El Padre Nuestro se llama la oración dominical u oración del Señor. Por tanto el Santo Rosario nos invita a entrar en el mismo corazón de Jesús. Él nos ha entregado su misma oración para que nos dirijamos al Padre con sus mismas palabras y así seamos reconocidos como su propio Hijo. Son muchas las veces que recitamos esta oración, pero no deja de ser un privilegio que hemos de valorar altamente. Como es sabido, el Padre Nuestro consta de una invocación a Dios como

AbbaPadre, seguida de siete peticiones que encierran cuanto necesitamos para la salvación. Esta oración se reza con espíritu filial, con la misma confianza de un niño con su Padre-Abba.

El *Ave María* se compone de expresiones bíblicas: El saludo del arcángel Gabriel a la Virgen y el saludo de su prima Santa Isabel: bendita tú entre las mujeres. El resto lo ha añadido la Iglesia resaltando el nombre de Jesús y suplicando la intercesión de la Virgen ahora y en la hora de nuestra muerte.

Esta oración tierna y profunda se repite en cada misterio del Rosario diez veces. Así, antiguamente con los misterios gozosos, dolorosos y de gloria se recitaban 150 avemarías, que eran como el salterio de los pobres. Era como una réplica de los 150 salmos que se rezan en el Breviario o Liturgia de las Horas. San Juan Pablo II añadió en su momento los misterios luminosos, que añaden 50 avemarías más, con el fin de ofrecer más misterios para la contemplación.

El *Gloria* con el que se cierra cada misterio después de rezar el Padre Nuestro y los diez avemarías es la doxología final con la que se glorifica a la Trinidad, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es el culmen de toda oración.

La *Letanía* es uno de los modos más antiguos de orar. Son invocaciones a Dios en sus tres personas y a la Santísima Virgen. Antiguamente el diácono iba recitando distintos tropos o invocaciones y el pueblo fiel respondía con respuestas cortas y fáciles de recordar. Del mismo modo en el Rosario se van desgranando rosas o calificativos referidos a la Virgen a los que se responde diciendo “ruega por nosotros”. El ritmo cadencioso de la letanía, que podría ser cantada, crea también un ambiente de paz y serenidad en el corazón al mismo tiempo que los labios ensalzan a la Virgen con distintos apelativos que se han añadido con el tiempo a la letanía lauretana (de Loreto, donde está la casita de Nazaret). Conocer las invocaciones de la letanía es un modo de ir penetrando en la humildad y grandeza de la Virgen María, nuestra Madre.

Me he querido entretener analizando las distintas partes del Santo Rosario para dar a entender que se trata de una oración muy completa y que goza de una gran actualidad. Personalmente, puedo afirmar que el rezo diario del Rosario supone para mí el momento de mayor serenidad y paz. Para mí ha sido siempre un regalo, conocido desde niño.

La Virgen de la Victoria

El cardenal Ratzinger expone en el libro-entrevista de Vittorio Messori seis motivos para no olvidar nunca a la Virgen María (V. Messori, *Informe sobre la fe*, 115-118, Madrid 1985). Os invito a leer estos puntos y todo el libro, que tiene un carácter profético. En el cuarto motivo dice: “La verdadera devoción mariana garantiza a la fe la convivencia de la “razón”, a todas luces indispensable, con las no menos indispensables “razones del corazón”, como diría Pascal. Para la Iglesia, el hombre no es únicamente razón ni solo sentimiento; es la unión de estas dos dimensiones. La cabeza debe reflexionar con lucidez, pero el corazón debe estar caldeado: la devoción a María asegura de este modo a la fe su dimensión humana completa” (*Ibid.*, 117).

María es “imagen” y “modelo” de la Iglesia. En Ella la Iglesia descubre su rostro de Madre. Hacia Ella hemos de dirigir nuestra mirada y con ella queremos combatir el buen combate de la fe. Este año Jubilar tenemos una gran ocasión para propagar el rezo del Santo Rosario personalmente, en familia, en la parroquia y públicamente. La presencia de la imagen de la Virgen de la Victoria en el Convento de Villarejo de Salvanés nos invita a ello.

Este es un tiempo propicio para ir explicando y desgranando este monumento de oración que es el Rosario. Nosotros, como el Papa San Pío V, estamos seguros de que con María, nuestra Madre, todo es posible. Ella lo escuchó en boca del arcángel: siendo Virgen, concebirás y darás al luz un hijo... “*porque para Dios no hay nada imposible*” (Lc 1, 37).

Conclusión

Cogidos de la mano de María, os invito a comenzar este curso cargado de incertidumbres por la pandemia. Ella nos ha de llevar a profundizar en el primer anuncio cristiano y en el desarrollo de la Iniciación Cristiana.

Como ella, nuestra diócesis de Alcalá de Henares, antigua diócesis complutense, debe descubrir su vocación materna para gestar nuevos cristianos, promover familias cristianas y vivificar nuestras parroquias como auténticas comunidades.

En este curso, en que celebramos mis bodas de oro sacerdotales y las bodas de plata episcopales, le pido de nuevo a la Santísima Virgen María que nos ayude a caminar juntos en la fe. Que por su intercesión brote la comunión entre nosotros y nos regale el poder vivir como una familia que tiene su referencia en el hogar de Nazaret. A la Virgen del Rosario, la Virgen de la Victoria, hoy como ayer le pido: “*Monstra te esse matrem*”; Muestra que eres nuestra Madre.

Viaceli, Agosto de 2020.

DECRETO DE CONSTITUCIÓN
DE LA COMISIÓN PRO AÑO JUBILAR
DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA
DE LEPANTO

Prot. Nº 079/2020

JUAN ANTONIO REIG PLA
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES

DECRETO

El día siete de octubre del año mil quinientos setenta y uno se conmemorará el 450 Aniversario de la victoria de la Liga cristiana en la batalla de Lepanto. En ese día el papa Pío V pidió a los fieles cristianos que rezasen el rosario para que la Virgen intercediera por el éxito de la batalla. Una vez alcanzada la victoria por la Armada cristiana, la imagen de la Virgen ante la que rezaba el Santo Padre según

una bella tradición fue entregada a D. Luis de Requesens. Dicha imagen ha permanecido durante más de cuatro siglos en el convento de Villarejo de Salvanés donde se le tributa culto desde el año mil quinientos setenta y dos. Esta conmemoración es una excelente ocasión para afianzar y renovar la fe que se propagó en sus comienzos, así como la devoción a la Santísima Virgen en el rezo del Santo Rosario.

Con este fin, y a fecha de diecisiete de julio del presente año, se ha solicitado a la Penitenciaría Apostólica un Año Jubilar para la celebración de la Victoria de Lepanto.

Para disponer y coordinar los actos a realizar en la conmemoración de Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto, en Villarejo de Salvanés en su 450 Aniversario, y para la propagación de la devoción al Santo Rosario, por el presente, **TENGO A BIEN CONSTITUIR la COMISIÓN PRO AÑO JUBILAR DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA DE LEPANTO** cuyos miembros son los siguientes:

- Ilmo. Sr. D. Florentino Rueda Recuero, Presidente.
- Ilmo. Sr. D. Fermín Peiró Manzanares, Coordinador Diocesano.
- Ilmo. Sr. D. Juan Miguel Prim Goicoechea, Vicario para la Cultura, Evangelización y Comunicación.
- Rvdo. Sr. D. José Luis Lorientte Pardillo, Coordinador de Villarejo de Salvanés.
- Rvdo. Sr. D. Alberto Morante Clemente, Delegado de Liturgia.
- Rvdo. Sr. D. David Calahorra Martínez, Delegado de Pastoral Juvenil y de Infancia.
- Sra. D^a. Blanca Franco Porras, Delegada de Familia.
- Sr. D. Andrés Torres Coso, Representante de la Comisión de la Virgen de la Victoria de Lepanto.
- Sr. D. Luis Manuel Pérez París, Representante de la Hermandad de la Virgen de la Victoria de Lepanto.
- Rvdo. P. Rafael Mateos Boggio S.J., Presidente de CONFER.

A todos ellos confío que, con especial devoción a la Virgen María, pongan su empeño en que este AÑO JUBILAR pueda ser una ocasión de gracia para que los fieles se acerquen a Dios y reconozcan la especial protección de la siempre Virgen María.

La celebración del AÑO JUBILAR, enriquecido con Indulgencias por la Santa Iglesia, contribuirá, sin duda, a revitalizar la vida cristiana y la devoción a Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto en los fieles cristianos de nuestra diócesis Complutense y en todos aquellos que se acerquen al Santuario Jubilar de Villarejo de Salvanes.

El AÑO JUBILAR comenzará el primer domingo de Adviento de dos mil veinte y finalizará el domingo de la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, del año dos mil veintiuno.

Dado en Alcalá de Henares, el día veintinueve de septiembre del año dos mil veinte, fiesta de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

Por mandato de S. Excia. Rvdma.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo de Alcalá de Henares

Fdo.
Manuel García Álvarez
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCO

- **Rvdo. Sr. D. Miguel Ángel NIETO MERAL**, Párroco de Santa María Magdalena de Anchuelo. Fecha de nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Juan José BAENA VILLAMAYOR**, Párroco de Asunción de Nuestra Señora de Loeches. Fecha de nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Juan Miguel PRIM GOICOECHEA**, Párroco de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Eduardo POZO FERNÁNDEZ**, Párroco de Santos Juan y Pablo de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Alejandro RODRÍGUEZ CATALINA**, Párroco de San Torcuato de Santorcaz. Fecha de nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Carlos VERA BLANCO**, Párroco de San Juan Bautista de Talamanca de Jarama. Fecha de nombramiento 2020/09/18.

ADMINISTRADOR PARROQUIAL

- **Rvdo. Sr. D. José Miguel HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ**, Administrador Parroquial en funciones de San Juan de Ávila de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2019/09/08.
- **Rvdo. Sr. D. Carlos VERA BLANCO**, Administrador Parroquial de Asunción de Nuestra Señora de Valdepiélagos. Fecha de nombramiento 2020/09/18.
- **Rvdo. Sr. D. Ángel Daniel ACEDO MECHATO**, Administrador Parroquial de Nuestra Señora de la Soledad de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2020/09/16.

COADJUTOR

- **Rvdo. Sr. D. Daniel CAYÓN OLIVARES**, Coadjutor de San Juan Bautista de Arganda del Rey. Fecha de nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Óscar DÍEZ GURUMETA**, Coadjutor de Santiago Apóstol de Torrejón de Ardoz. Fecha del nombramiento 2020/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Francois KUBWIMANA**, Coadjutor de Santiago Apóstol de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2020/09/10.
- **Rvdo. Sr. D. Jean Damascene NTAKIRUTIMANA**, Coadjutor de San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2020/09/10.
- **Rvdo. Sr. D. Adolfo LUCAS MAQUEDA**, Coadjutor de San Juan Ávila Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/18.
- **Rvdo. Sr. D. Denis KILUMBA LUBOBO**, Coadjutor de San Isidro Labrador de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/24.

ADSCRITO

- **Rvdo. Sr. D. Pablo PÉREZ RODRIGO**, Adscrito a la Parroquia de Santa María de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/01.

OTROS CARGOS

- **Rvdo. Sr. D. Daniel CAYÓN OLIVARES**, Capellán de la Residencia de Mayores de la C.A.M. de Arganda del Rey. Fecha de nombramiento 2020/09/01.

- **Rvdo. Sr. D. Diego CANALES OLARTE**, Subdelegado Episcopal para la Causa de los Santos. Fecha de nombramiento 2020/09/01.

- **Rvdo. Sr. D. Diego CANALES OLARTE**, Capellán del Monasterio de las MM. Clarisas de San Juan de la Penitencia de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/01.

- **Ilmo. Sr. D. José Miguel HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ**, Vice-Canciller Secretario de la Diócesis de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/08.

- **Ilmo. Sr. D. José Miguel HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ**, Notario de Matrimonios de la Diócesis de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/08.

- **Ilmo. Sr. D. Manuel GARCÍAÁLVAREZ**, Canciller Secretario de la Diócesis de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2020/09/08.

- **Rvdo. Sr. D. Francisco RODRÍGUEZ GONZÁLEZ**, Director de la Escuela Diocesana de Evangelización. Fecha de nombramiento 2020/09/16.

- **Rvdo. Sr. D. Miguel Ángel PARDO ÁLVAREZ**, Director de la Escuela Diocesana Para Ejercicios Espirituales. Fecha de nombramiento 2020/09/16.

DEFUNCIONES

- El día 3 de septiembre de 2020 falleció en Madrid, D. Ricardo PRIM SALINAS, padre del Rvdo. D. Juan Miguel PRIM GOICOECHEA, Párroco de la Parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares. Descanse en Paz.
- El día 24 de septiembre de 2020 falleció en Alcalá de Henares, Madrid, D. Jesús Nieto Rivas, padre del Rvdo. D. Miguel Ángel NIETO MERAL, Párroco de la Parroquia de Santa María Magdalena de Anchuelo. Descanse en Paz.

ACTIVIDADES SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2020

4 Viernes

Ntra. Sra. de la Consolación

* Por la mañana despacho en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

5 Sábado

Santa Teresa de Calcuta

6 Domingo

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

8 Martes

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

* A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

9 Miércoles

Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador

* A las 11:00 h. reunión con arciprestes y delegados.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal asiste al Pregón de la Virgen del Val.

10 Jueves

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

11 Viernes

Ntra. Sra. de la Cueva Santa, Patrona de los Espeleólogos Españoles

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. en la parroquia de Santo Tomás de Villanueva de Alcalá de Henares Santa Misa con la comunidad venezolana.

12 Sábado

Santo Nombre de María

* A las 11:30 h. Toma de hábito de la Hermana Laura en las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares.

13 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:30 h. en la parroquia de Ntra. Sra. de Zulema (Villalbilla) Santa Misa por la fiesta de la patrona.

* A las 18:00 h. Oración de Familias en la parroquia de Santa Teresa de Jesús de Alcalá de Henares.

14 Lunes

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

15 Martes

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores - Ntra. Sra. de la Soledad

* A las 11:00 h. Jornada Sacerdotal en la Catedral-Magistral.

* A las 18:00 h. Votos Solemnes de la Hermana Marina en las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares.

16 Miércoles

San Cornelio, papa y San Cipriano, obispo, mártires

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

17 Jueves

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 17:30 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal celebración de Vísperas con envío de profesores de Religión.

18 Viernes

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa e imposición de medallas a los nuevos miembros de la Cofradía Virgen del Val.

19 Sábado

San Jenaro, obispo y mártir

* A las 12:00 h. Santa Misa en Ntra. Sra. de la Antigua de Villar del Olmo por su patrona (Virgen de la Soledad) y por la finalización de la restauración del templo.

20 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral por la Virgen del Val.

* A las 18:00 h. en la Catedral-Magistral bendición de una escultura de la imagen de la Virgen del Val conmemorando su coronación.

21 Lunes

San Mateo, apóstol y evangelista

* A las 19:30 h. en la fiesta de la Virgen del Val Santa Misa en la Catedral-Magistral y a continuación Rosario meditado y traslado de la Virgen a su capilla.

22 Martes

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 17:30 h. reunión en el Palacio Arzobispal sobre en "Año Ignaciano" con ocasión del aniversario de la conversión de San Ignacio.

* A las 20:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa funeral por el alma del Rvdo. D. Manuel Palero Rodríguez-Salinas.

23 Miércoles

San Pío de Pietralcina, presbítero

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

24 Jueves

Ntra. Sra. de la Merced

* A las 10:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

25 Viernes

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

26 Sábado

San Cosme y San Damián, mártires.

Beata Teresa Rosat Balasch, H.D.C., mártir

* A las 9:45 h. en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares funeral por el padre del Rvdo. D. Miguel Ángel Nieto Meral, D. Jesús Nieto Rivas.

* A las 19:00 h. Santa Misa en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal con la Asamblea Diocesana de la Renovación Carismática Católica de España (RCCE).

27 Domingo

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

28 Lunes

San Wenceslao, mártir y San Lorenzo Ruiz y compañeros mártires

29 Martes

SANTOS ARCÁNGELES MIGUEL, GABRIEL Y RAFAEL

* A las 19:00 h. Vísperas y Eucaristía en la Catedral-Magistral.

30 Miércoles

San Jerónimo, presbítero y doctor

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. Vísperas y Eucaristía en la Catedral-Magistral.

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Carta de D. Ginés García Beltrán
al inicio de curso en la Diócesis de Getafe

UNA NUEVA IMAGINACIÓN DE LA CARIDAD

Queridos diocesanos:

Comenzamos un nuevo curso pastoral, un curso que sin duda será especial, lleno de incertidumbres en lo social, en lo económico y hasta en lo pastoral; será un curso con ritmo distinto, con actividades apostólicas realizadas de otro modo, pero sobre todo un año en el que tiene que hacerse más fuerte nuestra confianza en el Señor. Como dice san Pablo, "Atribulados en todo, más no aplastados; apurados, mas no desesperados" (2 Cor 4,8), y esto es posible porque sabemos quién nos ha amado, porque nada podrá separarnos del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo Jesús (cf. Rm 8,37-39).

Un amor que nos salva, y que hemos recibido no para guardarlo sino para darlo. Gran paradoja la del amor, cuando se guarda se pierde, cuando se da crece. El amor se da desde el corazón, en silencio, sin que sepa la mano izquierda lo que

hace la derecha, pero ese amor después se hace encuentro y crea vida porque el amor siempre es fecundo.

La Iglesia como Cuerpo de Cristo y Sacramento de salvación está llamada a continuar en cada momento y en cada lugar la misión de su Señor, ha de ser servidora de la humanidad con la espiritualidad del buen samaritano y el estilo eucarístico del Cenáculo en el lavatorio de los pies. Hoy el Señor nos pide que digamos una palabra al mundo en esta situación tan amarga de la pandemia y en las consecuencias que esta está originando y va a seguir haciéndolo, mostrándonos la debilidad de nuestros pies de barro y la vulnerabilidad que llega al mismo corazón humano.

Nuestra palabra debe llevar siempre el aval de las obras. La caridad es salir de uno mismo para acercarse al otro; para compartir con él lo que vive, su existencia; para limpiar sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza, y hacerlo desde la fraternidad y nunca desde la superioridad. Es lo que el Papa Francisco ha dicho de modo tan expresivo al referirse a la Iglesia: una Iglesia en salida siendo hospital de campaña en medio del mundo, entre los hombres.

Al comienzo de este Milenio, san Juan Pablo II nos decía: "Es la hora de una nueva 'imaginación de la caridad', que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como 'en su casa'. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino?" (NMI, 50).

El pasado curso el Plan de Evangelización nos invitaba a mirar a la caridad; creo que a la luz del momento presente hemos de continuar con los mismos objetivos pastorales del curso pasado, pensando y adaptando las acciones a la realidad presente. Por ello, he querido que en todas las parroquias y comunidades de la diócesis este año siga siendo el Año de la Caridad. Invito a todos a renovarnos interiormente mediante el encuentro con el Señor para poder dar frutos de caridad.

Termino con las interpelantes palabras de san Juan Pablo II en el mismo documento que antes citaba:

"Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incompendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras" (NMI, 50).

Con mi afecto y bendición.
† Ginés, Obispo de Getafe

Carta de D. Ginés García Beltrán con motivo de la
celebración de la Jornada Mundial por el Trabajo Decente

LA IGLESIA POR EL TRABAJO DECENTE

Getafe, 18 de septiembre de 2020

Queridos hermanos y hermanas:

El próximo día 7 de octubre se celebra en toda la Iglesia el Día internacional por el Trabajo decente; si cada año es una fecha importante para mirar al mundo del trabajo, este año lo es de modo especial dada la situación que estamos viviendo, donde no solo pensamos en el trabajo decente sino en la cantidad de hombres y mujeres que lo han perdido, que no lo tendrán.

El pueblo de Dios viene sufriendo desde hace tiempo una realidad laboral muy grave (parados, precariedad...). En la situación actual es apremiante que toda la Iglesia hagamos frente común para denunciar esta situación y acoger a tantas personas que sufren la carencia de dignidad en su día a día a causa de la falta de un trabajo decente.

En nuestra diócesis, la Delegación diocesana de Pastoral Obrera ha organizado una Semana por el Trabajo decente que se celebrará, Dios mediante, del 1 al 7 de octubre, con diversas iniciativas y actos. Con el lema: "Nos movemos por el trabajo decente", queremos acercarnos a este mundo que siempre ha estado en el corazón de la Iglesia y ha sido objeto de su Doctrina social.

Para hacer visible esta preocupación se han preparado unas pancartas que se pueden situar en las fachadas de nuestros templos u otros lugares que dice: "Iglesia por el trabajo decente". Es un gesto sencillo y público de la preocupación de la Iglesia por el trabajo digno y por la falta de trabajo que está creando importantes bolsas de pobreza, y lo seguirá haciendo en el futuro próximo. Para haceros con estas pancartas debéis poneros en contacto con la Delegación diocesana de Pastoral Obrera.

Esta semana culminará con la celebración de la Eucaristía que celebraré, Dios mediante, el próximo 7 de octubre en la parroquia de san Isidro en Leganés, a las 20 horas.

Os invito a todos a participar en los actos organizados por la Pastoral Obrera, y a tomar conciencia de esta realidad.

A todos os saludo con afecto.

† Ginés, Obispo de Getafe

DECRETO

Ginés García Beltrán
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

DON ISAAC PARRA MOGOLLÓN, como Responsable en España de la **Asociación Privada de Fieles "Servi della Soferenza"**, cuyos Estatutos fueron aprobados con fecha 25 de diciembre de 2011, por el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Benigno Papa, Arzobispo de Taranto (Italia), me ha presentado solicitud para que la Asociación sea admitida en esta Diócesis.

Viendo que la documentación presentada se encuentra conforme al espíritu del Concilio Vaticano II y ajustada en todo al Derecho Canónico vigente (ce. 298 a 311 y 321 a 326), por las presentes,

DECRETO

PRIMERO: ADMITIR en esta Diócesis la **Asociación Privada de Fieles "Servi della Soferenza"**.

SEGUNDO: APROBAR los Estatutos de la **Asociación Privada de Fieles "Servi della Soferenza"**, tal como están aprobados por el Sr. D. Benigno Papa, Arzobispo de Taranto (Italia).

TERCERO: CONCEDER personalidad jurídica privada para que pueda actuar en esta Diócesis según lo establecido en las normas eclesiásticas y civiles.

Espero que esta Asociación siga cumpliendo con su carisma de ser "piedra viva de la Iglesia" y, así, extender el Reino de Dios en el mundo proporcionando una sólida formación integral que facilite la defensa de la dignidad de la persona, creada a imagen de Dios.

Dado en Getafe, a 23 de septiembre de 2020, en la Fiesta de San Pío de Pietrelcina.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Javier Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

- **D. Alberto Arrastia Cebrián**, de la Parroquia Nuestra Señora del Rosario y de la Esperanza, en Móstoles, el 1 de septiembre de 2020.
- **D. Álvaro de Riba Soler**, de la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, en Alcorcón, el 1 de septiembre de 2020.
- **D. Dennis Rafael Polanco Quero**, de la Parroquia Divino Pastor, en Móstoles, el 15 de septiembre de 2020.
- **D. Marlon Vargas Bobier**, en la Parroquia Verbo Divino, en Leganés, el 15 de septiembre de 2020.
- **P. Francisco Camino Rodríguez (AA)**, de la Parroquia Nuestra Señora de Zarzaquemada, en Leganés, el 11 de septiembre de 2020.
- **D. José Antonio Campos Albero (OAR)**, de la Parroquia Nuestra Señora de Buenavista, en Getafe, el 11 de septiembre de 2020.
- **D. Andriy Stefanyshyn**, de la Parroquia Santa Teresa de Jesús, en Getafe, el 11 de septiembre de 2020.

- **D. Alejandro Rivas Úbeda**, de la Parroquia San Isidro, en Leganés, el 11 de septiembre de 2020.

OTROS NOMBRAMIENTOS

- **D. Oscar Martínez Rodríguez**, Delegado diocesano para el Catecumenado de Adultos, el 11 de septiembre de 2020.



DEFUNCIONES

- **Hermana Marcela Rodríguez García**, religiosa del Colegio Amor de Dios, en Alcorcón, falleció el día 9 de octubre de 2020, a los 80 años de edad y 60 de vida consagrada, después de una larga enfermedad.

Natural de Gema del Vino (Zamora) Marcela ha sido profesora de Infantil en Alcorcón durante 10 años y después de jubilada permaneció al servicio del centro escolar.

"Jesús, que, por el gran amor con que nos amaste, te sometiste incluso a la muerte de cruz, resucita a nuestra hermana Marcela Rodríguez García, que ha muerto en paz contigo".

Conferencia Episcopal Española

EL PAPA FRANCISCO RECIBE A LA CÚPULA DE LA CEE

El papa Francisco ha recibido al presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) y arzobispo de Barcelona, cardenal Juan José Omella; al vicepresidente de la CEE y arzobispo de Madrid, cardenal Carlos Osoro, y al secretario general de la CEE y obispo auxiliar de Valladolid, Mons. Luis Argüello.

El encuentro ha tenido una duración de una hora y quince minutos. Este tipo de audiencias son habituales cuando se produce una renovación de cargos en las Conferencias Episcopales. Este año, debido a la pandemia del Covid-19, no ha sido posible celebrar esta reunión hasta la fecha de hoy.

Los cardenales Omella y Osoro fueron elegidos presidente y vicepresidente de la CEE, respectivamente, el pasado 3 de marzo, durante la Asamblea Plenaria de los obispos españoles. Una semana después se decretaba el Estado de alarma en España por la emergencia sanitaria.

El Papa, como buen conocedor de la realidad de la Iglesia en nuestro país, se ha interesado por las iniciativas pastorales que ha desarrollado la Iglesia española con los más necesitados y con los que han padecido la enfermedad en este tiempo de pandemia, además de por la situación de la educación y otros temas de la actualidad española.

A la salida del encuentro, el Presidente, Vicepresidente y el Secretario General de la CEE han mantenido un breve encuentro con los periodistas en que han mostrado su satisfacción por las palabras del Santo Padre que con gran cordialidad y cariño ha animado a la Iglesia en España a anunciar la alegría del Evangelio en estos momentos tan difíciles.

Desde su llegada a Roma el pasado miércoles, los miembros de la CEE han tenido otros encuentros con diversos responsables de los dicasterios de la curia romana, con el secretario de estado, Card. Parolín, y con el Papa.

LOS OBISPOS SOBRE LOS INCENDIOS EN LESBOS

La compasión es ahora más vital que nunca

Hoy recordamos el reciente desastre humanitario generado en el campo de refugiados de Moria. En la isla griega de Lesbos, durante meses e incluso años, más de **12.000 residentes** estaban acogidos en el campo - muchos de ellos niños - , superando cuatro veces su capacidad y soportando condiciones miserables, mientras esperaban que se procesaran sus solicitudes de asilo. Ya hace cuatro años, con motivo de su visita al campamento de Moria, el papa Francisco dijo: "Se necesita con urgencia un **consenso internacional** más amplio y un **programa de asistencia** para defender el estado de derecho, defender los derechos humanos fundamentales en esta situación insostenible, proteger a las minorías, **combatir la trata de personas** y el contrabando, **eliminar rutas inseguras**, como las que atraviesan el Egeo y todo el Mediterráneo, y para desarrollar procedimientos de reasentamiento seguros".

Al mismo tiempo presenciamos con cierta impotencia y dolor las continuas llegadas a nuestras costas de migrantes en condiciones muy extremas y difíciles.

Nos llega al corazón el sufrimiento y la muerte de muchos hermanos nuestros buscando alcanzar una vida más digna.

Estos acontecimientos y otros muchos son expresión viva y real del lema para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado propuesto por el papa Francisco: "Como Jesucristo, obligados a huir". Con motivo de dicha Jornada los obispos hemos hecho público un mensaje en el que invitábamos a "poner rostro a estas personas vulnerables rescatándoles de las listas anónimas de cifras. Se trata de sensibilizar a la comunidad cristiana que reconoce a Jesús en cada persona obligada a huir. Se trata de sensibilizar a la sociedad española para que asegure los derechos de la dignidad humana a toda persona obligada a desplazarse. Todo lo que trabajemos por ellos y con ellos será poco".

De nuevo, y urgidos por el dolor humano y por la ofensa a la dignidad en muchos de estos casos tan recientes y cercanos, **apelamos a la sensibilidad** de nuestras sociedades hacia el derecho a la vida y a la dignidad de todo hijo de Dios. Y reiteramos la necesidad urgente de trabajar para **salvar vidas**, incluso en estos tiempos de crisis por la pandemia del COVID-19 que se está ensañando en los más vulnerables.

Entre esas actuaciones volvemos a recordar la necesaria atención y dedicación de todos los recursos posibles para la urgente cooperación con los países de origen de los migrantes, que es una de las maneras más eficaces para combatir las migraciones forzadas. Huyen de la guerra, la pobreza extrema, los desastres medioambientales, la persecución y la ofensa a los derechos humanos, y se encuentran al llegar a Europa privados de refugio o seguridad. **El papa Francisco** insiste en la importancia de abordar las causas de las migraciones en origen, para que se garantice el derecho a no migrar: "Considero oportuno iniciar más estudios para abordar las causas remotas de la migración forzada, con el objetivo de identificar soluciones prácticas, aunque a largo plazo, porque primero se debe asegurar a las personas el derecho a no ser obligadas a emigrar."^[1]

[1] DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS. Sala del Consistorio. Sábado, 4 de noviembre de 2017.

Como ya advertimos en el mensaje episcopal para la próxima Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado de 2020, comprobamos con dolor que las fronteras de Europa y nuestras propias fronteras están siendo afectadas por muchas medidas que impiden la necesaria solidaridad, hospitalidad y acogida con estos hermanos tan heridos y vulnerables. Urge buscar **condiciones alternativas y creativas para asegurar la vida** y la dignidad humana de los emigrantes y refugiados, tanto ahora como en el futuro.

Por ello, anclando nuestra voz en el Evangelio, a la vez que agradecemos la labor de tanta gente de Iglesia y de la sociedad civil en estos tiempos tan recios, pedimos y apelamos a los más nobles sentimientos de todas las personas de buena voluntad. Y así desplegar la mayor solidaridad y amor posible.

Como Iglesia, confortados por la presencia de Dios que sufre, os pedimos intensificar nuestra oración y colaborar entre todos al mayor número de respuestas generosas que se puedan activar, para hacer realidad la hospitalidad y el cumplimiento de los derechos de los emigrantes. Nos urge el mandato de Jesús, también en estas difíciles circunstancias: **"Fui extranjero y me acogisteis" (Mt 25,35).**

Porque la compasión humana que ha ennoblecido tantas acciones en nuestro país es más vital ahora que nunca.

Nos unimos a las voces del papa Francisco y de toda la Iglesia, así como de numerosas entidades de la sociedad civil, haciendo un **llamamiento** a los países de la **Unión Europea** para que articulen mecanismos y los medios adecuados que permitan la acogida urgente de estos refugiados que lo han perdido todo en el incendio y se encuentran en una situación dramática que requiere una acción inmediata.

Los Obispos de la Subcomisión Episcopal de Migraciones y Movilidad humana



MENSAJE DEL SANTO PADRE
FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

1 DE SEPTIEMBRE DE 2020

*"Declararéis santo el año cincuenta y promulgaréis por el país liberación
para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo" (Lv 25,10)*

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, en particular desde la publicación de la Carta encíclica *Laudato si'* (LS, 24 mayo 2015), el primer día de septiembre la familia cristiana celebra la Jornada mundial de oración por el cuidado de la creación, con la que comienza el Tiempo de la Creación, que finaliza el 4 de octubre, en memoria de san Francisco de Asís. En este período, los cristianos renuevan en todo el mundo su fe en Dios

creador y se unen de manera especial en la oración y tarea a favor de la defensa de la casa común.

Me alegra que el tema elegido por la familia ecuménica para la celebración del Tiempo de la Creación 2020 sea "*Jubileo de la Tierra*", precisamente en el año en el que se cumple el cincuentenario del Día de la Tierra.

En la Sagrada Escritura, el Jubileo es un tiempo sagrado para recordar, regresar, descansar, reparar y alegrarse.

1. Un tiempo para recordar

Estamos invitados a recordar sobre todo que el destino último de la creación es entrar en el "sábado eterno" de Dios. Es un viaje que se desarrolla en el tiempo, abrazando el ritmo de los siete días de la semana, el ciclo de los siete años y el gran Año Jubilar que llega al final de siete años sabáticos.

El Jubileo es también un tiempo de gracia para hacer memoria de la vocación original de la creación con vistas a ser y prosperar como comunidad de amor. Existimos sólo a través de las relaciones: con Dios creador, con los hermanos y hermanas como miembros de una familia común, y con todas las criaturas que habitan nuestra misma casa. "Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra" (LS, 92).

Por lo tanto, el Jubileo es un momento para el recuerdo, para conservar la memoria de nuestra existencia interrelacional. Debemos recordar constantemente que "todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás" (LS, 70).

2. Un tiempo para regresar

El Jubileo es un momento para volver atrás y arrepentirse. Hemos roto los lazos que nos unían al Creador, a los demás seres humanos y al resto de la creación.

Necesitamos sanar estas relaciones dañadas, que son esenciales para sostenernos a nosotros mismos y a todo el entramado de la vida.

El Jubileo es un tiempo para volver a Dios, nuestro creador amoroso. No se puede vivir en armonía con la creación sin estar en paz con el Creador, fuente y origen de todas las cosas. Como señaló el papa Benedicto, "el consumo brutal de la creación comienza donde no está Dios, donde la materia es sólo material para nosotros, donde nosotros mismos somos las últimas instancias, donde el conjunto es simplemente una propiedad nuestra" (*Encuentro con el Clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone*, 6 agosto 2008).

El Jubileo nos invita a pensar de nuevo en los demás, especialmente en los pobres y en los más vulnerables. Estamos llamados a acoger de nuevo el proyecto original y amoroso de Dios para la creación como una herencia común, un banquete para compartir con todos los hermanos y hermanas en un espíritu de convivencia; no en una competencia desleal, sino en una comunión gozosa, donde nos apoyamos y protegemos mutuamente. El Jubileo es un momento para dar libertad a los oprimidos y a todos aquellos que están encadenados a las diversas formas de esclavitud moderna, incluida la trata de personas y el trabajo infantil.

También debemos volver a escuchar la tierra, que las Escrituras indican como *adamah*, el lugar del que fue formado el hombre, *Adán*. Hoy la voz de la creación nos urge, alarmada, a regresar al lugar correcto en el orden natural, a recordar que somos parte, no dueños, de la red interconectada de la vida. La desintegración de la biodiversidad, el vertiginoso incremento de los desastres climáticos, el impacto desigual de la pandemia en curso sobre los más pobres y frágiles son señales de alarma ante la codicia desenfrenada del consumo.

Particularmente durante este Tiempo de la Creación, escuchamos el latido del corazón de todo lo creado. En efecto, esta ha sido dada para manifestar y comunicar la gloria de Dios, para ayudarnos a encontrar en su belleza al Señor de todas las cosas y volver a él (cf. S. Buenaventura, *In II Sent.*, I, 2,2, q.1, concluido; Brevil., II, 5.11). La tierra de la que fuimos extraídos es, por tanto, un lugar de oración y meditación: "Despertemos el sentido estético y contemplativo que Dios puso en nosotros" (Exhort. ap. *Querida Amazonia*, 56). La capacidad de maravillarnos y contemplar es algo que podemos aprender especialmente de los

hermanos y hermanas indígenas, que viven en armonía con la tierra y sus múltiples formas de vida.

3. Un tiempo para descansar

En su sabiduría, Dios reservó el sábado para que la tierra y sus habitantes pudieran reposar y reponerse. Hoy, sin embargo, nuestro estilo de vida empuja al planeta más allá de sus límites. La continua demanda de crecimiento y el incesante ciclo de producción y consumo están agotando el medio ambiente. Los bosques se desvanecen, el suelo se erosiona, los campos desaparecen, los desiertos avanzan, los mares se vuelven ácidos y las tormentas se intensifican: ¡la creación gime!

Durante el Jubileo, el Pueblo de Dios fue invitado a descansar de su trabajo habitual, para permitir que la tierra se regenerara y el mundo se reorganizara, gracias al declive del consumo habitual. Hoy necesitamos encontrar estilos de vida equitativos y sostenibles, que restituyan a la Tierra el descanso que se merece, medios de subsistencia suficientes para todos, sin destruir los ecosistemas que nos mantienen.

La pandemia actual nos ha llevado de alguna manera a redescubrir estilos de vida más sencillos y sostenibles. La crisis, en cierto sentido, nos ha brindado la oportunidad de desarrollar nuevas formas de vida. Se pudo comprobar cómo la Tierra es capaz de recuperarse si la dejamos descansar: el aire se ha vuelto más limpio, las aguas más transparentes, las especies animales han regresado a muchos lugares de donde habían desaparecido. La pandemia nos ha llevado a una encrucijada. Necesitamos aprovechar este momento decisivo para acabar con actividades y propósitos superfluos y destructivos, y para cultivar valores, vínculos y proyectos generativos. Debemos examinar nuestros hábitos en el uso de energía, en el consumo, el transporte y la alimentación. Es necesario eliminar de nuestras economías los aspectos no esenciales y nocivos y crear formas fructíferas de comercio, producción y transporte de mercancías.

4. Un tiempo para reparar

El Jubileo es un momento para reparar la armonía original de la creación y sanar las relaciones humanas perjudicadas.

Nos invita a restablecer relaciones sociales equitativas, restituyendo la libertad y la propiedad a cada uno y perdonando las deudas de los demás. Por eso, no debemos olvidar la historia de explotación del sur del planeta, que ha provocado una enorme deuda ecológica, principalmente por el saqueo de recursos y el uso excesivo del espacio medioambiental común para la eliminación de residuos. Es el momento de la justicia restaurativa. En este sentido, renuevo mi llamamiento para cancelar la deuda de los países más frágiles ante los graves impactos de la crisis sanitaria, social y económica que afrontan tras el Covid-19. También es necesario asegurar que los incentivos para la recuperación, que se están desarrollando e implementando a nivel global, regional y nacional, sean realmente eficaces, con políticas, legislaciones e inversiones enfocadas al bien común y con la garantía de que se logren los objetivos sociales y ambientales globales.

Es igualmente necesario reparar la tierra. Restaurar el equilibrio climático es sumamente importante, puesto que estamos en medio de una emergencia. Se nos acaba el tiempo, como nos lo recuerdan nuestros niños y jóvenes. Se debe hacer todo lo posible para limitar el crecimiento de la temperatura media global por debajo del umbral de 1,5 grados centígrados, tal como se ratificó en el Acuerdo de París sobre el Clima: ir más allá resultará catastrófico, especialmente para las comunidades más pobres del mundo. En este momento crítico es necesario promover la solidaridad intrageneracional e intergeneracional. En preparación para la importante Cumbre del Clima en Glasgow, Reino Unido (COP 26), insto a cada país a adoptar objetivos nacionales más ambiciosos para reducir las emisiones.

Restaurar la biodiversidad es igualmente crucial en el contexto de una desaparición de especies y una degradación de los ecosistemas sin precedentes. Es necesario apoyar el llamado de las Naciones Unidas para salvaguardar el 30% de la Tierra como *hábitat* protegido para 2030, a fin de frenar la alarmante tasa de pérdida de biodiversidad. Exhorto a la comunidad internacional a trabajar unida para asegurar que la Cumbre de Biodiversidad (COP 15) en Kunming, China, sea un punto de inflexión hacia el restablecimiento de la Tierra como una casa donde la vida sea abundante, de acuerdo con la voluntad del Creador.

Estamos obligados a reparar según justicia, asegurando que quienes han habitado una tierra durante generaciones puedan recuperar plenamente su uso. Las comunidades indígenas deben ser protegidas de las empresas, en particular de las multinacionales, que, mediante la extracción deletérea de combustibles fósiles,

minerales, madera y productos agroindustriales, "hacen en los países menos desarrollados lo que no pueden hacer en los países que les aportan capital" (LS, 51). Esta mala conducta empresarial representa un "nuevo tipo de colonialismo" (S. Juan Pablo II, *Discurso a la Pontificia Academia de Ciencias Sociales*, 27 abril 2001, citado en *Querida Amazonia*, 14), que explota vergonzosamente a las comunidades y países más pobres que buscan con desesperación el desarrollo económico. Es necesario consolidar las legislaciones nacionales e internacionales, para que regulen las actividades de las empresas extractivas y garanticen a los perjudicados el acceso a la justicia.

5. Un tiempo para alegrarse

En la tradición bíblica, el Jubileo representa un evento gozoso, inaugurado por un sonido de trompeta que resuena en toda la tierra. Sabemos que el grito de la Tierra y de los pobres se ha vuelto aún más fuerte en los últimos años. Al mismo tiempo, somos testigos de cómo el Espíritu Santo está inspirando a personas y comunidades de todo el mundo a unirse para reconstruir nuestra casa común y defender a los más vulnerables. Asistimos al surgimiento paulatino de una gran movilización de personas, que desde la base y desde las periferias están trabajando generosamente por la protección de la tierra y de los pobres. Da alegría ver a tantos jóvenes y comunidades, especialmente indígenas, a la vanguardia de la respuesta a la crisis ecológica. Piden un Jubileo de la Tierra y un nuevo comienzo, conscientes de que "las cosas pueden cambiar" (LS, 13).

También es motivo de alegría constatar cómo el Año especial en el aniversario de la Encíclica *Laudato si'* está inspirando numerosas iniciativas, a nivel local y mundial, para el cuidado de la casa común y los pobres. Este año debería conducir a planes operativos a largo plazo para lograr una ecología integral en las familias, parroquias, diócesis, órdenes religiosas, escuelas, universidades, atención médica, empresas, granjas y en muchas otras áreas.

Nos alegramos además de que las comunidades de creyentes se estén uniendo para crear un mundo más justo, pacífico y sostenible. Es motivo de especial alegría que el Tiempo de la Creación se esté convirtiendo en una iniciativa verdaderamente ecuménica. ¡Sigamos creciendo en la conciencia de que todos vivimos en una casa común como miembros de la misma familia!

Alegrémonos porque, en su amor, el Creador apoya nuestros humildes esfuerzos por la Tierra. Esta es también la casa de Dios, donde su Palabra "se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn 1,14*), el lugar donde la efusión del Espíritu Santo se renueva constantemente.

"Envía, Señor, tu Espíritu y renueva la faz de la tierra" (cf. *Sal 104,30*).

Roma, San Juan de Letrán, 1 de septiembre de 2020.

Francisco

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 106 JORNADA MUNDIAL
DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2020

27 de septiembre de 2020

*Como Jesucristo, obligados a huir.
Acoger, proteger, promover e integrar a los desplazados internos*

A principios de año, en mi *discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático* acreditado ante la Santa Sede, señalé entre los retos del mundo contemporáneo el drama de los desplazados internos: "Las fricciones y las emergencias humanitarias, agravadas por las perturbaciones del clima, aumentan el número de desplazados y repercuten sobre personas que ya viven en un estado de pobreza extrema. Muchos países golpeados por estas situaciones carecen de estructuras adecuadas que permitan hacer frente a las necesidades de los desplazados" (9 enero 2020).

La Sección *Migrantes y Refugiados* del *Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral* ha publicado las "*Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Internos*" (Ciudad del Vaticano, 5 mayo 2020) un documento que desea inspirar y animar las acciones pastorales de la Iglesia en este ámbito concreto.

Por ello, decidí dedicar este Mensaje al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible, que la crisis mundial causada por la pandemia del COVID-19 ha agravado. De hecho, esta crisis, debido a su intensidad, gravedad y extensión geográfica, ha empañado muchas otras emergencias humanitarias que afligen a millones de personas, relegando iniciativas y ayudas internacionales, esenciales y urgentes para salvar vidas, a un segundo plano en las agendas políticas nacionales. Pero "este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas" (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 abril 2020).

A la luz de los trágicos acontecimientos que han caracterizado el año 2020, extendiendo este Mensaje, dedicado a los desplazados internos, a todos los que han experimentado y siguen aún hoy viviendo situaciones de precariedad, de abandono, de marginación y de rechazo a causa del COVID-19.

Quisiera comenzar refiriéndome a la escena que inspiró al papa Pío XII en la redacción de la Constitución Apostólica *Exsul Familia* (1 agosto 1952). En la huida a Egipto, el niño Jesús experimentó, junto con sus padres, la trágica condición de desplazado y refugiado, "marcada por el miedo, la incertidumbre, las incomodidades (cf. Mt 2,13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias" (*Ángelus*, 29 diciembre 2013). Jesús está presente en cada uno de ellos, obligado -como en tiempos de Herodes- a huir para salvarse. Estamos llamados a reconocer en sus rostros el rostro de Cristo, hambriento, sediento, desnudo, enfermo, forastero y encarcelado, que nos interpela (cf. Mt 25,31-46). Si lo reconocemos, seremos nosotros quienes le agradeceremos el haberlo conocido, amado y servido.

Los desplazados internos nos ofrecen esta oportunidad de encuentro con el Señor, "incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con la ropa

rota, con los pies sucios, con el rostro deformado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua" (*Homilía*, 15 febrero 2019). Se trata de un reto pastoral al que estamos llamados a responder con los cuatro verbos que señalé en el *Mensaje para esta misma Jornada en 2018*: acoger, proteger, promover e integrar. A estos cuatro, quisiera añadir ahora otras seis parejas de verbos, que se corresponden a acciones muy concretas, vinculadas entre sí en una relación de causa-efecto.

Es necesario *conocer* para *comprender*. El conocimiento es un paso necesario hacia la comprensión del otro. Lo enseña Jesús mismo en el episodio de los discípulos de Emaús: "Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó? y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo" (Lc 24,15-16). Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a números. ¡Pero no son números, sino personas! Si las encontramos, podremos conocerlas. Y si conocemos sus historias, lograremos comprender. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, es un elemento constante en la vida de los desplazados.

Hay que *hacerse prójimo* para *servir*. Parece algo obvio, pero a menudo no lo es. "Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó" (Lc 10,33-34). Los miedos y los prejuicios -tantos prejuicios-, nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden "acercarnos como prójimos" y servirles con amor. Acercarse al prójimo significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses. Este estar cerca para servir, va más allá del estricto sentido del deber. El ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos (cf. Jn 13,1-15).

Para *reconciliarse* se requiere *escuchar*. Nos lo enseña Dios mismo, que quiso escuchar el gemido de la humanidad con oídos humanos, enviando a su Hijo al mundo: "Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él [...] tenga vida eterna" (Jn 3,16-17). El amor, el que reconcilia y salva, empieza por una escucha activa. En el mundo de hoy se multiplican los

mensajes, pero se está perdiendo la capacidad de escuchar. Sólo a través de una escucha humilde y atenta podremos llegar a reconciliarnos de verdad. Durante el 2020, el silencio se apoderó por semanas enteras de nuestras calles. Un silencio dramático e inquietante, que, sin embargo, nos dio la oportunidad de escuchar el grito de los más vulnerables, de los desplazados y de nuestro planeta gravemente enfermo. Y, gracias a esta escucha, tenemos la oportunidad de reconciliarnos con el prójimo, con tantos descartados, con nosotros mismos y con Dios, que nunca se cansa de ofrecernos su misericordia.

Para *crecer* hay que *compartir*. Para la primera comunidad cristiana, la acción de compartir era uno de sus pilares fundamentales: "El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común" (Hch 4,32). Dios no quiso que los recursos de nuestro planeta beneficiaran únicamente a unos pocos. ¡No, el Señor no quiso esto! Tenemos que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar fuera a nadie. La pandemia nos ha recordado que todos estamos en el mismo barco. Darnos cuenta que tenemos las mismas preocupaciones y temores comunes, nos ha demostrado, una vez más, que nadie se salva solo. Para crecer realmente, debemos crecer juntos, compartiendo lo que tenemos, como ese muchacho que le ofreció a Jesús cinco panes de cebada y dos peces... ¡Y fueron suficientes para cinco mil personas! (cf. Jn 6,1-15).

Se necesita *involucrar* para *promover*. Así hizo Jesús con la mujer samaritana (cf. Jn 4,1-30). El Señor se acercó, la escuchó, habló a su corazón, para después guiarla hacia la verdad y transformarla en anunciadora de la buena nueva: "Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?" (v. 29). A veces, el impulso de servir a los demás nos impide ver sus riquezas. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate. La pandemia nos ha recordado cuán esencial es la corresponsabilidad y que sólo con la colaboración de todos -incluso de las categorías a menudo subestimadas- es posible encarar la crisis. Debemos "motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad" (*Meditación en la Plaza de San Pedro*, 27 marzo 2020).

Es *indispensable colaborar* para *construir*. Esto es lo que el apóstol san Pablo recomienda a la comunidad de Corinto: "Os ruego, hermanos, en nombre de

nuestro Señor Jesucristo, a que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir" (1 Co 1,10). La construcción del Reino de Dios es un compromiso común de todos los cristianos y por eso se requiere que aprendamos a colaborar, sin dejarnos tentar por los celos, las discordias y las divisiones. Y en el actual contexto, es necesario reiterar que: "Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas" (Mensaje *Urbi et Orbi*, 12 abril 2020). Para preservar la casa común y hacer todo lo posible para que se parezca, cada vez más, al plan original de Dios, debemos comprometernos a garantizar la cooperación internacional, la solidaridad global y el compromiso local, sin dejar fuera a nadie.

Quisiera concluir con una oración sugerida por el ejemplo de san José, de manera especial cuando se vio obligado a huir a Egipto para salvar al Niño.

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.

Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda. Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos, haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante, el consuelo en la tristeza, el valor en la prueba.

Da a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y sostuvo a María a lo largo del camino.

Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, pueda proveer de lo necesario a quienes la vida les ha quitado todo, y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que san José salvó al huir a Egipto, y por intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de mayo de 2020, Memoria de la Bienaventurada Virgen María de Fátima.

Francisco

CARTA APOSTÓLICA

SCRIPTURAE SACRAE AFFECTUS

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

EN EL XVI CENTENARIO DE LA MUERTE

DE SAN JERÓNIMO

Una estima por la Sagrada Escritura, un amor vivo y suave por la Palabra de Dios escrita es la herencia que san Jerónimo ha dejado a la Iglesia a través de su vida y sus obras. Las expresiones, tomadas de la memoria litúrgica del santo[1],

[1] "Deus qui beato Hieronymo presbitero suavem et vivum Scripturae Sacrae affectum tribuisti, da, ut populus tuus verbo tuo uberius alatur et in eo fontem vitae inveniet" (Collecta Missae Sancti Hieronymi, *Missale Romanum*, editio typica tertia, Civitas Vaticana 2002). Traducción en lengua española: "Oh, Dios, que concediste al presbítero san Jerónimo un amor suave y vivo a la Sagrada Escritura, haz que tu pueblo se alimente de tu palabra con mayor abundancia y encuentre en ella la fuente de la vida" (Oración colecta Memoria litúrgica de san Jerónimo, *Misal Romano*, Madrid 2017)

nos ofrecen una clave de lectura indispensable para conocer, en el XVI centenario de su muerte, su admirable figura en la historia de la Iglesia y su gran amor por Cristo. Este amor se extiende, como un río en muchos cauces, a través de su obra de incansable estudioso, traductor, exegeta, profundo conocedor y apasionado divulgador de la Sagrada Escritura; fino intérprete de los textos bíblicos; ardiente y en ocasiones impetuoso defensor de la verdad cristiana; ascético y eremita intransigente, además de experto guía espiritual, en su generosidad y ternura. Hoy, mil seiscientos años después, su figura sigue siendo de gran actualidad para nosotros, cristianos del siglo XXI.

Introducción

El 30 de septiembre del año 420, Jerónimo concluía su vida terrena en Belén, en la comunidad que fundó junto a la gruta de la Natividad. De este modo se confiaba a ese Señor que siempre había buscado y conocido en la Escritura, el mismo que como Juez ya había encontrado en una visión, cuando padecía fiebre, quizá en la Cuaresma del año 375. En ese acontecimiento, que marcó un viraje decisivo en su vida, un momento de conversión y cambio de perspectiva, se sintió arrastrado a la presencia del Juez: "Interrogado acerca de mi condición, respondí que era cristiano. Pero el que estaba sentado me dijo: "Mientes; tú eres ciceroniano, tú no eres cristiano""[2]. San Jerónimo, en efecto, había amado desde joven la belleza límpida de los textos clásicos latinos y, en comparación, los escritos de la Biblia le parecían, inicialmente, toscos e imprecisos, demasiado ásperos para su refinado gusto literario.

Ese episodio de su vida favoreció la decisión de consagrarse totalmente a Cristo y a su Palabra, dedicando su existencia a hacer que las palabras divinas, a través de su infatigable trabajo de traductor y comentarista, fueran cada vez más accesibles a los demás. Ese acontecimiento dio a su vida una orientación nueva y más decidida: convertirse en servidor de la Palabra de Dios, como enamorado de la "carne de la Escritura". Así, en la búsqueda continua que caracterizó su vida, revalorizó sus estudios juveniles y la formación recibida en

[2] *Epistula* (en adelante: Ep.) 22, 30: CSEL 54, 190.

Roma, reordenando su saber en un servicio más maduro a Dios y a la comunidad eclesial.

Por eso, san Jerónimo entra con pleno derecho entre las grandes figuras de la Iglesia de la época antigua, en el periodo llamado el siglo de oro de la patrística, verdadero puente entre Oriente y Occidente: fue amigo de juventud de Rufino de Aquilea, visitó a Ambrosio y mantuvo una intensa correspondencia con Agustín. En Oriente conoció a Gregorio Nacianceno, Dídimo el Ciego, Epifanio de Salamina. La tradición iconográfica cristiana lo consagró representándolo, junto con Agustín, Ambrosio y Gregorio Magno, entre los cuatro grandes doctores de la Iglesia de Occidente.

Mis predecesores también quisieron recordar su figura en diversas circunstancias. Hace un siglo, con ocasión del decimoquinto centenario de su muerte, *Benedicto XV* le dedicó la Carta encíclica *Spiritus Paraclitus* (15 septiembre 1920), presentándolo al mundo como "doctor maximus explanandis Scripturis"[3]. En tiempos más recientes, *Benedicto XVI* expuso su personalidad y sus obras en dos catequesis sucesivas[4]. Ahora, en el decimosexto centenario de su muerte, también yo deseo recordar a san Jerónimo y volver a proponer la actualidad de su mensaje y de sus enseñanzas, a partir de su gran estima por las Escrituras.

En este sentido, puede conectarse perfectamente, como guía segura y testigo privilegiado, con la XII Asamblea del Sínodo de los Obispos, dedicada a la Palabra de Dios[5], y con la Exhortación apostólica *Verbum Domini* (VD) de mi predecesor *Benedicto XVI*, publicada precisamente en la fiesta del santo, el 30 de septiembre de 2010[6].

[3] AAS 12 (1920), 385-423.

[4] Cf. Audiencias Generales 7 y 14 noviembre 2007: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (9 noviembre 2007), p. 12; *ibíd.* (16 noviembre 2007), p. 16.

[5] Sínodo de los Obispos, *Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea general ordinaria* (24 octubre 2008).

[6] Cf. AAS 102 (2010), 681-787.

De Roma a Belén

La vida y el itinerario personal de san Jerónimo se consumaron por las vías del imperio romano, entre Europa y Oriente. Nació alrededor del año 345 en Estridón, frontera entre Dalmacia y Panonia, en el territorio de la actual Croacia y Eslovenia, y recibió una sólida educación en una familia cristiana. Según el uso de la época, fue bautizado en edad adulta, en los años en que estudió retórica en Roma, entre el 358 y el 364. Precisamente en este periodo romano se convirtió en un lector insaciable de los clásicos latinos, que estudiaba bajo la guía de los maestros de retórica más ilustres de su tiempo.

Al finalizar los estudios emprendió un largo viaje a la Galia, que lo llevó a la ciudad imperial de Tréveris, hoy Alemania. Allí entró en contacto, por primera vez, con la experiencia monástica oriental difundida por san Atanasio. De este modo maduró un deseo profundo que lo acompañó a Aquilea donde inició con algunos de sus amigos "un coro de bienaventurados"[7], un periodo de vida en común.

Hacia el año 374, pasando por Antioquía, decidió retirarse al desierto de Calcis, para realizar, de forma cada vez más radical, una vida ascética, en la que estaba reservado un amplio espacio al estudio de las lenguas bíblicas, primero del griego y después del hebreo. Se confió a un hermano judío, convertido al cristianismo, que lo introdujo en el conocimiento de la nueva lengua hebrea y de los sonidos, que definió "palabras fricativas y aspiradas"[8].

Jerónimo eligió y vivió el desierto, con la consiguiente vida eremítica, en su significado más profundo: como lugar de las elecciones existenciales fundamentales, de intimidad y encuentro con Dios, donde a través de la contemplación, las pruebas interiores y el combate espiritual llegó al conocimiento de la fragilidad, con una mayor conciencia de los límites propios y ajenos, reconociendo la importancia de las lágrimas[9]. Así, en el desierto, experimentó concretamente la presencia de

[7] *Chronicum* 374: PL 27, 697-698.

[8] *Ep.* 125, 12: *CSEL* 56, 131.

[9] Cf. *Ep.* 122, 3: *CSEL* 56, 63.

Dios, la necesaria relación del ser humano con Él, su consolación misericordiosa. A este respecto, me gusta recordar una anécdota, de tradición apócrifa. Jerónimo le dijo al Señor: "¿Qué quieres de mí?" Y Él le respondió: "Todavía no me has dado todo". "Pero, Señor, yo te di esto, esto y esto..." -"Falta una cosa" -"¿Qué cosa?" -"Dame tus pecados, para que pueda tener la alegría de perdonarlos otra vez"[10].

Volvemos a encontrarlo en Antioquía, donde fue ordenado sacerdote por el obispo Paulino, después en Constantinopla, hacia el año 379, donde conoció a Gregorio Nacianceno y prosiguió sus estudios; se dedicó a traducir del griego al latín importantes obras (las homilías de Orígenes y la crónica de Eusebio), respiró el clima del Concilio celebrado en esa ciudad en el año 381. En esos años, su pasión y su generosidad se revelaron en el estudio. Una bendita inquietud lo guiaba y lo volvía incansable y apasionado en la búsqueda: "Cuántas veces me desanimé, cuántas desistí para empezar de nuevo en mi empeño de aprender", conducido por la "amarga semilla" de semejantes estudios para poder recoger "dulces frutos"[11].

En el año 382 Jerónimo volvió a Roma y se puso a disposición del papa Dámaso quien, valorando sus grandes cualidades, lo nombró su estrecho colaborador. Aquí Jerónimo se dedicó a una actividad incesante, sin olvidar la dimensión espiritual. En el Aventino, gracias al apoyo de mujeres aristocráticas romanas, deseosas de elecciones evangélicas radicales, como Marcela, Paula y su hija Eustoquio, creó un cenáculo fundado en la lectura y el estudio riguroso de la Escritura. Jerónimo fue exegeta, docente, guía espiritual. En ese tiempo comenzó una revisión de las anteriores traducciones latinas de los Evangelios, y quizá también de otras partes del Nuevo Testamento; continuó su trabajo como traductor de homilías y comentarios escriturísticos de Orígenes, desplegó una intensa actividad epistolar, se confrontó públicamente con autores heréticos, a veces con excesos e

[10] Cf. *Homilía en la Santa Misa*, Domus Sanctae Marthae (10 diciembre 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (18 diciembre 2015), p. 13. La anécdota se encuentra en A. Louf, *Sotto la guida dello Spirito*, Qiqiaion, Magnano (BI) 1990, 154-155.

[11] Cf. *Ep.* 125, 12: *CSEL* 56, 131.

intransigencias, pero siempre movido sinceramente por el deseo de defender la verdadera fe y el depósito de las Escrituras.

Este periodo intenso y prolífico se interrumpió con la muerte del papa Dámaso. Se vio obligado a dejar Roma y, seguido por algunos amigos y mujeres deseosas de continuar la experiencia espiritual y el estudio bíblico que habían comenzado, partió hacia Egipto -donde conoció al gran teólogo Dídimo el Ciego- y Palestina, para establecerse definitivamente en Belén en el año 386. Retomó sus estudios filológicos, arraigados en los lugares físicos que habían sido escenario de esas narraciones.

La importancia que daba a los lugares santos se evidencia no sólo por la elección de vivir en Palestina, desde el año 386 hasta su muerte, sino también por el servicio a las peregrinaciones. Precisamente en Belén, lugar privilegiado para él, cerca de la gruta de la Natividad fundó dos monasterios "gemelos", masculino y femenino, con albergues para acoger a los peregrinos venidos ad loca sancta, manifestando así su generosidad para alojar a cuantos llegaban a aquella tierra para ver y tocar los lugares de la historia de la salvación, uniendo de este modo la búsqueda cultural a la espiritual[12].

Poniéndose a la escucha, Jerónimo se encontró a sí mismo en la Sagrada Escritura, como también el rostro de Dios y de los hermanos, y afinó su predilección por la vida comunitaria. De ahí su deseo de vivir con los amigos, como en los tiempos de Aquilea, y de fundar comunidades monásticas, persiguiendo el ideal cenobítico de vida religiosa que ve al monasterio como "lugar de entrenamiento" donde formar personas "que se hayan hecho los más insignificantes de todos para merecer ser los primeros", felices en la pobreza y capaces de enseñar con el propio estilo de vida. De hecho, consideraba formativo vivir "bajo la disciplina de un solo padre y en compañía de muchos hermanos" para aprender la humildad, la paciencia, el silencio y la mansedumbre, consciente de que "a la verdad no le gustan los rincones ni le hacen falta los chismosos"[13]. Además, confiesa que comenzó a "sentir [...] nostalgia de las celdas del

[12] Cf. *VD*, 89: AAS 102 (2010), 761-762.

[13] Cf. *Ep.* 125, 9.15.19: *CSEL* 56, 128.133-134.139.

monasterio y a echar de menos la similitud de aquellas hormigas con los monjes, entre los cuales se trabaja en común y, aunque nada sea propiedad de cada cual, todos lo tienen todo"[14].

Jerónimo no encontró en el estudio un deleite efímero centrado en sí mismo, sino un ejercicio de vida espiritual, un medio para llegar a Dios y, de este modo, su formación clásica se reordenó también en un servicio más maduro a la comunidad eclesial. Pensemos en la ayuda que dio al papa Dámaso, en la enseñanza que dedicó a las mujeres, especialmente para el hebreo, desde el primer cenáculo en el Aventino, hasta hacer entrar a Paula y Eustoquio en "las discrepancias de los traductores"[15] y, algo inaudito para ese tiempo, permitirles que pudieran leer y cantar los Salmos en la lengua original[16].

Una cultura, la suya, puesta al servicio y confirmada como necesaria para todo evangelizador. Así le recordaba al amigo Nepociano: "La palabra del presbítero está inspirada por la lectura de las Escrituras. No te quiero ni declamador, ni deslenguado, ni charlatán, sino conocedor del misterio e instruido en los designios de tu Dios. Hablar con engolamiento o precipitadamente para suscitar admiración ante el vulgo ignorante es propio de hombres incultos. El hombre de frente altanera se lanza con frecuencia a interpretar lo que ignora, y si logra convencer a los demás, se arroga para sí mismo el saber"[17].

Hasta su muerte en el año 420, Jerónimo transcurrió en Belén el periodo más fecundo e intenso de su vida, completamente dedicado al estudio de la Escritura, comprometido en la monumental obra de traducción de todo el Antiguo Testamento a partir del original hebreo. Al mismo tiempo, comentaba los libros proféticos, los salmos, las obras paulinas, escribía subsidios para el estudio de la Biblia. El trabajo valioso que se encuentra en sus obras es fruto del diálogo y la colaboración, desde la copia y el análisis de los manuscritos hasta su reflexión y discusión: Para estudiar

[14] *Vita Malchi monachi captivi* 7, 3: PL 23, 59-60; S. Jerónimo, *Vidas de tres monjes: Obras completas, edición bilingüe*, vol. II, ed. BAC, Madrid 2002, 631.

[15] *Praef. Esther* 2: PL 28, 1505.

[16] Cf. *Ep.* 108, 26: CSEL 55, 344-345.

[17] *Ep.* 52, 8: CSEL 54, 428-429; cf. *VD*, 60: AAS 102 (2010), 739.

"los libros divinos yo nunca he confiado en mis propias fuerzas ni he tenido como maestra mi propia opinión, sino que he solido preguntar incluso sobre aquellas cosas que yo creía saber, ¡cuánto más sobre aquellas de las que yo estaba dudoso!"[18]. Por eso, consciente de sus propios límites, pedía auxilio continuamente en la oración de intercesión, para que la traducción de los textos sagrados estuviera hecha "con el mismo espíritu con que fueron escritos los libros"[19], sin olvidar traducir también otras obras de autores como Orígenes, indispensables para el trabajo exegético, para "procurar materiales a quienes quieran adelantar en el conocimiento de las cosas"[20].

El estudio de Jerónimo se reveló como un esfuerzo realizado en la comunidad y al servicio de la comunidad, modelo de sinodalidad también para nosotros, para nuestro tiempo y para las diversas instituciones culturales de la Iglesia, con vistas a que sean siempre "lugar donde el saber se vuelve servicio, porque sin el saber nacido de la colaboración y que se traduce en la cooperación no hay desarrollo humano genuino e integral"[21]. El fundamento de esa comunión es la Escritura, que no podemos leer por nuestra cuenta: "La Biblia ha sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente, con el "nosotros", en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos"[22].

La vigorosa experiencia de vida de Jerónimo, alimentada por la Palabra de Dios, hizo que se convirtiera en guía espiritual, a través de una intensa correspondencia epistolar. Se hizo compañero de viaje, convencido de que "ningún arte se aprende sin maestro", como escribe a Rústico: "Todo lo que pretendo insinuarte, tomándote de la mano, todo lo que pretendo inculcarte, como el experto marino que ha pasado por muchos naufragios lo haría con un remero bisoño"[23]. Desde aquel rincón

[18] *Praef. Paralipomenon LXX* 1.10-15: *SCh* 592, 340.

[19] *Praef. in Pentateuchum: PL* 28, 184.

[20] *Ep.* 80, 3: *CSEL* 55, 105.

[21] *Mensaje con motivo de la XXIV solemne Sesión pública de las Academias Pontificias* (4 diciembre 2019): *L'Osservatore Romano* (6 diciembre 2019), p. 8.

[22] *VD*, 30: *AAS* 102 (2010), 709.

[23] *Ep.* 125, 15.2: *CSEL* 56, 133.120.

tranquilo del mundo acompañaba a la humanidad en una época de grandes cambios, marcada por acontecimientos como el saqueo de Roma del año 410, que lo afectó profundamente.

Confiaba en sus cartas las polémicas doctrinales, siempre en defensa de la recta fe, revelándose como hombre de relaciones vividas con fuerza y con dulzura, involucrado totalmente, sin formas edulcoradas, experimentando que "el amor no tiene precio"[24]. Así vivía sus afectos, con ímpetu y sinceridad. Esta implicación en las situaciones en las que vivía y actuaba se constata también con el hecho de que ofrecía su trabajo de traducción y crítica como munus amicitiae. Era un don ante todo para los amigos, a quienes destinaba y dedicaba sus obras, y a quienes les pedía que las leyeran con ojos amigables más que críticos, y luego para los lectores, sus contemporáneos y los de todos los tiempos[25].

Dedicó los últimos años de su vida a la lectura orante personal y comunitaria de la Escritura, a la contemplación, al servicio a los hermanos a través de sus obras. Todo esto en Belén, junto a la gruta donde la Virgen dio a luz al Verbo, consciente de que es "dichoso aquel que porta en su pecho la cruz, la resurrección y el lugar del nacimiento de Cristo y el de la ascensión. Dichoso aquel que tiene a Belén en su corazón, y en cuyo corazón Cristo nace a diario"[26].

La clave sapiencial de su retrato

Para una plena comprensión de la personalidad de san Jerónimo es necesario conjugar dos dimensiones características de su existencia como creyente. Por un lado, su absoluta y rigurosa consagración a Dios, con la renuncia a cualquier satisfacción humana, por amor a Cristo crucificado (cf. 1 Co 2,2; Flp 3,8.10); por

[24] *Ep.* 3, 6: CSEL 54, 18.

[25] Cf. *Praef. Josue* 1, 9-12: SCh 592, 316.

[26] *Homilia in Psalmum* 95: PL 26, 1181; cf. S. Jerónimo, *Obras homiléticas. Comentario a los Salmos: Obras completas, edición bilingüe*, vol. I, ed. BAC, Madrid 1999, 359.

otro lado, el esfuerzo de estudio asiduo, dirigido exclusivamente a una comprensión del misterio del Señor cada vez más profunda. Es precisamente este doble testimonio ofrecido de modo admirable por san Jerónimo, el que se propone como modelo, sobre todo, para los monjes, quienes viven de ascesis y oración, con vistas a que se dediquen al trabajo asiduo de la investigación y del pensamiento; después, para los estudiosos, que deben recordar que el saber sólo es válido religiosamente si está fundado en el amor exclusivo a Dios, y expoliado de toda ambición humana y aspiración mundana.

Tales dimensiones fueron incorporadas en el campo de la historia del arte, donde la presencia de san Jerónimo es frecuente: grandes maestros de la pintura occidental nos han dejado sus representaciones. Podríamos organizar las diversas tipologías iconográficas en dos líneas distintas. Una lo define sobre todo como monje y penitente, con un cuerpo marcado por el ayuno, retirado en zonas desérticas, de rodillas o postrado en tierra, en muchos casos apretando una piedra en la mano derecha para golpearse el pecho, y con los ojos vueltos al Crucificado. En esta línea se sitúa la conmovedora obra maestra de Leonardo da Vinci conservada en la Pinacoteca Vaticana. Otro modo de representar a Jerónimo es el que lo muestra vestido como un estudioso, sentado en su escritorio, dedicado a la traducción y al comentario de la Sagrada Escritura, rodeado de libros y pergaminos, consagrado a la misión de defender la fe a través del pensamiento y la escritura. Albrecht Dürer, por citar otro ejemplo ilustre, lo representó más de una vez en esta actitud.

Los dos aspectos evocados anteriormente se encuentran unidos en el lienzo de Caravaggio, en la Galería Borghese de Roma. En una única escena se representa al anciano asceta, vestido ligeramente con un manto rojo, que tiene un cráneo sobre la mesa, símbolo de la vanidad de las realidades terrenas; pero al mismo tiempo también se manifiesta con vehemencia su cualidad de estudioso, que tiene los ojos fijos en el libro, mientras su mano mete la pluma en el tintero, como acto que caracteriza al escritor.

De manera análoga -que llamaría sapiencial- debemos comprender el doble perfil del itinerario biográfico de Jerónimo. Cuando, como un verdadero "León de Belén", exageraba en los tonos, lo hacía por la búsqueda de una verdad que estaba dispuesto a servir incondicionalmente. Y como él mismo explica en el primero de sus escritos, Vida de san Pablo, ermitaño de Tebas, los leones son capaces de

"desaforados rugidos", pero también de lágrimas[27]. Por este motivo, las dos fisonomías contrapuestas que aparecen en su figura son, en realidad, elementos con los que el Espíritu Santo le permitió madurar su unidad interior.

Amor por la Sagrada Escritura

El rasgo peculiar de la figura espiritual de san Jerónimo sigue siendo, sin duda, su amor apasionado por la Palabra de Dios, transmitida a la Iglesia en la Sagrada Escritura. Si todos los Doctores de la Iglesia -y en particular los de la época cristiana primitiva- obtuvieron explícitamente de la Biblia el contenido de sus enseñanzas, Jerónimo lo hizo de una manera más sistemática y en algunos aspectos única.

En los últimos tiempos los exegetas han descubierto el genio narrativo y poético de la Biblia, exaltado precisamente por su calidad expresiva. Jerónimo, en cambio, lo que enfatizaba de las Escrituras era más bien el carácter humilde con el que Dios se reveló, expresándose en la naturaleza áspera y casi primitiva de la lengua hebrea, comparada con el refinamiento del latín ciceroniano. Por tanto, no se dedicaba a la Sagrada Escritura por un gusto estético, sino -como es bien conocido- sólo porque lo llevaba a conocer a Cristo, porque ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo[28].

Jerónimo nos enseña que no sólo se deben estudiar los Evangelios, y que no es solamente la tradición apostólica, presente en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas, la que hay que comentar, sino que todo el Antiguo Testamento es indispensable para penetrar en la verdad y la riqueza de Cristo[29]. Las mismas páginas del Evangelio lo atestiguan: nos hablan de Jesús como Maestro que, para explicar su misterio, recurre a Moisés, a los profetas y a los Salmos (cf. Lc 4,16-21; 24,27.44-47). Incluso la predicación de Pedro y Pablo, en los Hechos, se

[27] Cf. *Vita S. Pauli primi eremita*, 16, 2: PL 23, 28; S. Jerónimo, *Vida de tres monjes: Obras completas*, edición bilingüe, vol. II, ed. BAC, Madrid 2002, 615.

[28] Cf. *In Isaiam Prol.*: PL 24, 17. S. Jerónimo, *Comentario a Isaías (Libros I-XII): Obras completas*, edición bilingüe, vol. VIa, ed. BAC, Madrid 2007, 5.

[29] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 14.

fundamenta emblemáticamente en las antiguas Escrituras; sin ellas, no puede entenderse plenamente la figura del Hijo de Dios, el Mesías Salvador. El Antiguo Testamento no debe considerarse como un vasto repertorio de citas que demuestran el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesús de Nazaret. En cambio, más radicalmente, sólo a la luz de las "figuras" veterotestamentarias es posible comprender plenamente el significado del acontecimiento de Cristo, cumplido en su muerte y resurrección. De ahí la necesidad de redescubrir, en la práctica catequética y en la predicación, así como en las discusiones teológicas, el aporte indispensable del Antiguo Testamento, que debe ser leído y asimilado como alimento precioso (cf. Ez 3,1-11; Ap 10,8-11)[30].

La dedicación total de Jerónimo a las Escrituras se manifestó en una forma de expresión apasionada, semejante a la de los antiguos profetas. De ellos sacaba nuestro Doctor su fuego interior, que se convertía en palabra impetuosa y explosiva (cf. Jr 5,14; 20,9; 23,29; Ml 3,2; Si 48,1; Mt 3,11; Lc 12,49), necesaria para expresar el celo ardiente del servidor de la causa de Dios. Siguiendo los pasos de Elías, Juan el Bautista e incluso el apóstol Pablo, el desdén ante la mentira, la hipocresía y las falsas doctrinas enciende el discurso de Jerónimo haciéndolo provocativo y aparentemente duro. La dimensión polémica de sus escritos se comprende mejor si se lee como una especie de calco y actualización de la tradición profética más auténtica. Jerónimo, por tanto, es un modelo de testimonio inflexible de la verdad, que asume la severidad del reproche para inducir a la conversión. En la intensidad de las locuciones e imágenes se manifiesta la valentía del siervo que no quiere agradar a los hombres sino sólo a su Señor (Ga 1,10), por quien ha consumido toda la energía espiritual.

El estudio de la Sagrada Escritura

El amor apasionado de san Jerónimo por las divinas Escrituras está impregnado de obediencia. En primer lugar respecto a Dios, que se ha comunicado con palabras que exigen una escucha reverente[31] y, en consecuencia, también la

[30] Cf. *ibíd.*

[31] Cf. *ibíd.*, 7.

obediencia a quienes en la Iglesia representan la tradición interpretativa viva del mensaje revelado. Sin embargo, la "obediencia de la fe" (Rm 1,5; 16,26) no es una mera recepción pasiva de lo que es conocido; al contrario, requiere el compromiso activo de la investigación personal. Podemos considerar a san Jerónimo como un "servidor" de la Palabra, fiel y trabajador, completamente consagrado a favorecer en sus hermanos de fe una comprensión más adecuada del "depósito" sagrado que les ha sido confiado (cf. 1 Tm 6,20; 2 Tm 1,14). Si no se entiende lo escrito por los autores inspirados, la misma Palabra de Dios carece de eficacia (cf. Mt 13,19) y el amor a Dios no puede surgir.

Ahora bien, las páginas bíblicas no siempre son accesibles de inmediato. Como se dice en Isaías (29,11), incluso para aquellos que saben "leer" -es decir, que han tenido una formación intelectual suficiente- el libro sagrado aparece "sellado", cerrado herméticamente a la interpretación. Por tanto, es necesario que intervenga un testigo competente para proporcionar la llave liberadora, la de Cristo Señor, único capaz de desatar los sellos y abrir el libro (cf. Ap 5,1-10), para revelar la prodigiosa efusión de la gracia (cf. Lc 4,17-21). Muchos entonces, incluso entre los cristianos practicantes, declaran abiertamente que no saben leer (cf. Is 29,12), no por analfabetismo, sino porque no están preparados para el lenguaje bíblico, sus modos expresivos y las tradiciones culturales antiguas, por lo que el texto bíblico resulta indescifrable, como si estuviera escrito en un alfabeto desconocido y en una lengua poco comprensible.

Se vuelve necesario, por tanto, la mediación del intérprete, ejerciendo su función "diaconal", al ponerse al servicio de quienes no pueden comprender el sentido de lo escrito proféticamente. La imagen que se puede evocar, a este respecto, es la del diácono Felipe, impulsado por el Señor para ir en ayuda del eunuco que está leyendo un pasaje de Isaías en su carroza (53,7-8), pero sin poder comprender su significado: "¿Crees entender lo que estás leyendo?", pregunta Felipe; y el eunuco responde: "¿Cómo voy a entender si nadie me lo explica?" (Hch 8,30-31)[32].

[32] Cf. *Ep.* 53, 5: CSEL 54, 451; S. Jerónimo, *Epistolario I (Cartas 1-85): Obras completas, edición bilingüe*, vol. Xa, ed. BAC, Madrid 2013, 505.

Jerónimo es nuestro guía sea porque, como lo hizo Felipe (cf. Hch 8,35), lleva a quien lee al misterio de Jesús, sea también porque asume responsable y sistemáticamente las mediaciones exegéticas y culturales necesarias para una lectura correcta y fecunda de la Sagrada Escritura[33]. La competencia en las lenguas en las que se transmitió la Palabra de Dios, el cuidadoso análisis y evaluación de los manuscritos, la investigación arqueológica precisa, además del conocimiento de la historia de la interpretación, en definitiva, todos los recursos metodológicos que estaban disponibles en su época histórica los supo utilizar armónica y sabiamente, para orientar hacia una comprensión correcta de la Escritura inspirada.

Una dimensión tan ejemplar de la actividad de san Jerónimo es muy importante incluso en la Iglesia de hoy. Como nos enseña la *Dei Verbum*, si la Biblia es "como el alma de la sagrada teología"[34] y la columna vertebral espiritual de la práctica religiosa cristiana[35], es indispensable que el acto interpretativo de la misma esté sostenido por competencias específicas.

A este propósito sirven ciertamente los centros especializados para la investigación bíblica -como el Pontificio Instituto Bíblico en Roma y L'École Biblique y el Studium Biblicum Franciscanum en Jerusalén- y patristica -como el Augustinianum en Roma-, pero también las Facultades de Teología deben esforzarse para que la enseñanza de la Sagrada Escritura esté programada de tal manera que se asegure a los estudiantes una capacidad interpretativa competente, tanto en la exégesis de los textos como en la síntesis de la teología bíblica. La riqueza de las Escrituras es desafortunadamente ignorada o minimizada por muchos, porque no se les han proporcionado las bases esenciales del conocimiento. Por tanto, junto a un incremento de los estudios eclesiológicos dirigidos a sacerdotes y catequistas, que valoricen de manera más adecuada la competencia en la Sagrada Escritura, se debe promover una formación extendida a todos los cristianos, para que cada uno sea capaz de abrir el libro sagrado y extraer los frutos inestimables de sabiduría, esperanza y vida[36].

[33] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 12.

[34] *Ibíd.*, 24.

[35] Cf. *ibíd.*, 25.

[36] Cf. *ibíd.*, 21.

Aquí quisiera recordar lo que expresó mi predecesor en la Exhortación apostólica *Verbum Domini*: "La sacramentalidad de la Palabra se puede entender en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados. [...] Sobre la actitud que se ha de tener con respecto a la Eucaristía y la Palabra de Dios, dice san Jerónimo: 'Nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: '¿Quién no come mi carne y bebe mi sangre' (Jn 6,53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al Misterio [eucarístico], sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios'"[37].

Lamentablemente, en muchas familias cristianas nadie se siente capaz -como en cambio está prescrito en la Torá (cf. Dt 6,6)- de dar a conocer a sus hijos la Palabra del Señor, con toda su belleza, con toda su fuerza espiritual. Por eso quise establecer el Domingo de la Palabra de Dios[38], animando a la lectura orante de la Biblia y a la familiaridad con la Palabra de Dios[39]. Todas las demás manifestaciones de la religiosidad se enriquecerán así de sentido, estarán orientadas por una jerarquía de valores y se dirigirán a lo que constituye la cumbre de la fe: la adhesión plena al misterio de Cristo.

La Vulgata

El "fruto más dulce de la ardua siembra"[40] del estudio del griego y el hebreo, realizado por Jerónimo, es la traducción del Antiguo Testamento del hebreo original al latín. Hasta ese momento, los cristianos del imperio romano sólo podían leer la Biblia en griego en su totalidad. Mientras que los libros del Nuevo Testamento se habían escrito en griego, para los del Antiguo existía una traducción completa, la llamada Septuaginta (es decir, la versión de los Setenta)

[37] N. 56; cf. *In Psalmum 147: CCL 78, 337-338*; S. Jerónimo, *Obras homiléticas. Comentario a los Salmos: Obras completas, edición bilingüe*, vol. I, ed. BAC, Madrid 1999, 635-636.

[38] Cf. Carta. ap. en forma de *Motu Proprio Aperuit illis* (30 septiembre 2019).

[39] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 152.175: AAS 105 (2013), 1083-1084.1093.

[40] Cf. *Ep. 52,3: CSEL 54, 417*.

realizada por la comunidad judía de Alejandría alrededor del siglo II a.C. Para los lectores de lengua latina, sin embargo, no había una versión completa de la Biblia en su propio idioma, sino sólo algunas traducciones, parciales e incompletas, que procedían del griego. Jerónimo, y después de él sus seguidores, tuvieron el mérito de haber emprendido una revisión y una nueva traducción de toda la Escritura. Con el estímulo del papa Dámaso, Jerónimo comenzó en Roma la revisión de los Evangelios y los Salmos, y luego, en su retiro en Belén, empezó la traducción de todos los libros veterotestamentarios, directamente del hebreo; una obra que duró años.

Para completar este trabajo de traducción, Jerónimo hizo un buen uso de sus conocimientos de griego y hebreo, así como de su sólida formación latina, y utilizó las herramientas filológicas que tenía a su disposición, en particular las Hexaplas de Orígenes. El texto final combinó la continuidad en las fórmulas, ahora de uso común, con una mayor adherencia al estilo hebreo, sin sacrificar la elegancia de la lengua latina. El resultado es un verdadero monumento que ha marcado la historia cultural de Occidente, dando forma al lenguaje teológico. Superados algunos rechazos iniciales, la traducción de Jerónimo se convirtió inmediatamente en patrimonio común tanto de los eruditos como del pueblo cristiano, de ahí el nombre de Vulgata[41]. La Europa medieval aprendió a leer, orar y razonar en las páginas de la Biblia traducidas por Jerónimo. "La Sagrada Escritura se ha convertido así en una especie de "inmenso vocabulario" (P. Claudel) y de "Atlas iconográfico" (M. Chagall) del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos"[42]. La literatura, las artes e incluso el lenguaje popular se han inspirado constantemente en la versión jeronimiana de la Biblia, dejándonos tesoros de belleza y devoción.

En relación a este hecho indiscutible, el Concilio de Trento estableció el carácter "auténtico" de la Vulgata en el decreto *Insuper*, rindiendo homenaje al uso secular que la Iglesia había hecho de ella y certificando su valor como instrumento de estudio, predicación y discusión pública[43]. Sin embargo, no pretendía minimizar la importancia de las lenguas originales, como no dejaba de

[41] Cf. VD, 72: AAS 102 (2010), 746-747.

[42] S. Juan Pablo II, *Carta a los artistas* (4 abril 1999), 5: AAS 91 (1999), 1159-1160.

[43] Cf. Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*, 1506.

recordar Jerónimo, ni mucho menos prohibir nuevos trabajos de traducción integral en el futuro. San Pablo VI, asumiendo el mandato de los Padres del Concilio Vaticano II, quiso que la revisión de la traducción de la Vulgata se completara y se pusiera a disposición de toda la Iglesia. Así es como san Juan Pablo II, en la Constitución apostólica *Scripturarum thesaurus*[44], promulgó en 1979 la edición típica llamada Neovulgata.

La traducción como inculturación

Con su traducción, Jerónimo logró "inculturar" la Biblia en la lengua y la cultura latina, y esta obra se convirtió en un paradigma permanente para la acción misionera de la Iglesia. En efecto, "cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio"[45], y de este modo se establece una especie de circularidad: así como la traducción de Jerónimo está en deuda con la lengua y la cultura de los clásicos latinos, cuyas huellas son claramente visibles, así ella, con su lengua y su contenido simbólico y de imágenes, se ha convertido a su vez en un elemento creador de cultura.

El trabajo de traducción de Jerónimo nos enseña que los valores y las formas positivas de cada cultura representan un enriquecimiento para toda la Iglesia. Los diferentes modos en que la Palabra de Dios se anuncia, se comprende y se vive con cada nueva traducción enriquecen la Escritura misma, puesto que -según la conocida expresión de Gregorio Magno- crece con el lector[46], recibiendo a lo largo de los siglos nuevos acentos y nueva sonoridad. La inserción de la Biblia y del Evangelio en las diferentes culturas hace que la Iglesia se manifieste cada vez más como "sponsa ornata monilibus suis" (Is 61,10). Y atestigua, al mismo tiempo, que la Biblia necesita ser traducida constantemente a las categorías lingüísticas y mentales de cada cultura y de cada generación, incluso en la secularizada cultura global de nuestro tiempo[47].

[44] (25 abril 1979): AAS 71 (1979), 557-559.

[45] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 116: AAS 105 (2013), 1068.

[46] *Homilia in Ezech.* I, 7: PL 76, 843D.

[47] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 116: AAS 105 (2013), 1068.

Ha sido recordado, con razón, que es posible establecer una analogía entre la traducción, como acto de hospitalidad lingüística, y otras formas de hospitalidad[48]. Por eso, la traducción no es un trabajo que concierne únicamente al lenguaje, sino que corresponde, de hecho, a una decisión ética más amplia, que está relacionada con toda la visión de la vida. Sin traducción, las diferentes comunidades lingüísticas no podrían comunicarse entre sí; nosotros cerraríamos las puertas de la historia y negaríamos la posibilidad de construir una cultura del encuentro[49]. En efecto, sin traducción no hay hospitalidad y se fortalecen las acciones de hostilidad. El traductor es un constructor de puentes. ¡Cuántos juicios temerarios, cuántas condenas y conflictos surgen del hecho de ignorar el idioma de los demás y de no esforzarnos, con tenaz esperanza, en esta prueba infinita de amor que es la traducción!

Jerónimo también tuvo que oponerse al pensamiento dominante de su época. Si en los albores del imperio romano, el saber griego era relativamente común, en ese momento ya era una rareza. Sin embargo, llegó a ser uno de los mejores conocedores de la lengua y literatura griega cristiana y se embarcó solo en un viaje aún más arduo cuando se dedicó al estudio del hebreo. Como fue escrito, si "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo"[50], podemos decir que le debemos al poliglotismo de san Jerónimo una comprensión más universal del cristianismo y, al mismo tiempo, más acorde con sus fuentes.

Con la celebración del centenario de la muerte de san Jerónimo, nuestra mirada se vuelve hacia la extraordinaria vitalidad misionera expresada por la traducción de la Palabra de Dios a más de tres mil idiomas. Muchos son los misioneros a quienes debemos la preciosa labor de publicar gramáticas, diccionarios y otras herramientas lingüísticas que ofrecen las bases de la comunicación humana y son un vehículo del "sueño misionero de llegar a todos"[51]. Es necesario valorar todo este trabajo e invertir en él, contribuyendo a superar las fronteras de la incomunicabilidad y de la falta de encuentro. Todavía queda mucho por hacer.

[48] Cf. P. Ricœur, *Sur la traduction*, Bayard, París 2004.

[49] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24: AAS 105 (2013), 1029-1030.

[50] L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 5.6.

[51] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 31: AAS 105 (2013), 1033.

Como ha sido afirmado, no existe comprensión sin traducción[52]; no nos comprenderemos a nosotros mismos, ni a los demás.

Jerónimo y la cátedra de Pedro

Jerónimo siempre tuvo una relación especial con la ciudad de Roma: Roma es el puerto espiritual al que regresó continuamente; en Roma se formó el humanista y se forjó el cristiano; él era *homo romanus*. Este vínculo se daba, de manera muy peculiar, en la lengua de la Urbe, el latín, del que fue maestro y conocedor, pero estuvo sobre todo vinculado a la Iglesia de Roma y, en especial, a la cátedra de Pedro. La tradición iconográfica, de manera anacrónica, lo representaba con la púrpura cardenalicia, para señalar su pertenencia al presbiterio de Roma junto al papa Dámaso. Fue en Roma donde comenzó la revisión de la traducción; e incluso cuando la envidia y la incomprensión lo obligaron a abandonar la ciudad, siempre permaneció fuertemente vinculado a la cátedra de Pedro.

Para Jerónimo, la Iglesia de Roma era el terreno fértil donde la semilla de Cristo da fruto abundante[53]. En una época agitada, en la que la túnica inconsútil de la Iglesia se veía a menudo desgarrada por las divisiones entre los cristianos, Jerónimo consideraba la cátedra de Pedro como un punto de referencia seguro: "Yo, que no sigo más primacía que la de Cristo, me uno por la comunión a tu beatitud, es decir, a la cátedra de Pedro. Sé que la Iglesia está edificada sobre esa roca". En medio de las disputas contra los arrianos, escribió a Dámaso: "Quien no recoge contigo, desparrama; es decir, el que no es de Cristo es del anticristo"[54]. Por eso podía afirmar también: "El que se adhiera a la cátedra de Pedro es mío"[55].

Jerónimo a menudo se vio involucrado en discusiones ásperas a causa de la fe. Su amor por la verdad y la ardiente defensa de Cristo quizá lo llevaron a exagerar

[52] Cf. G. Steiner, *After Babel. Aspects of language and translation*, Oxford University Press, Nueva York 1975.

[53] Cf. *Ep.* 15, 1: *CSEL* 54, 63.

[54] *Ibíd.*, 15, 2: *CSEL* 54, 62-64.

[55] *Ibíd.*, 16, 2: *CSEL* 54, 69.

la violencia verbal en sus cartas y escritos. Sin embargo, vivía orientado a la paz: "También nosotros queremos la paz, y no sólo la queremos, sino que la pedimos suplicantes. Pero la paz de Cristo, la paz verdadera, una paz sin enemistades, una paz que no lleve escondida la guerra, una paz que no esclavice a los adversarios, sino que los una como amigos"[56].

Nuestro mundo necesita más que nunca la medicina de la misericordia y la comunión. Permítanme repetir una vez más: Demos un testimonio de comunión fraterna que sea atractivo y luminoso[57]. "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros" (Jn 13,35). Es lo que pidió intensamente Jesús con su oración al Padre: "Para que todos sean uno [...] en nosotros, para que el mundo crea" (Jn 17,21).

Amar lo que Jerónimo amó

Como conclusión de esta Carta, quisiera hacer un nuevo llamamiento a todos. Entre los muchos elogios que la posteridad le rinde a san Jerónimo está el de no ser considerado solamente uno de los más grandes estudiosos de la "biblioteca" de la que el cristianismo se nutre a lo largo del tiempo, comenzando por el tesoro de las Sagradas Escrituras; sino que también se le puede aplicar lo que él mismo escribió sobre Nepociano: "Por la asidua lectura y la meditación prolongada, había hecho de su corazón una biblioteca de Cristo"[58]. Jerónimo no escatimó esfuerzos para enriquecer su biblioteca, en la que siempre vio un laboratorio indispensable para la comprensión de la fe y la vida espiritual; y en esto constituye un maravilloso ejemplo también para el presente. Pero, además, fue más lejos. Para él, el estudio no se limitaba a sus primeros años juveniles de formación, sino que era un compromiso constante, una prioridad de todos los días de su vida. En definitiva, podemos decir que asimiló toda una biblioteca y se convirtió en dispensador de conocimiento para muchos otros. Postumiano, que en el siglo IV viajó a Oriente para descubrir los movimientos monásticos, fue testigo ocular del estilo de vida de Jerónimo, con quien

[56] *Ibíd.*, 82, 2: CSEL 55, 109.

[57] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 99: AAS 105 (2013), 1061.

[58] *Ep.* 60, 10: CSEL 54, 561.

permaneció unos meses, y lo describió de la siguiente manera: "Él es todo en la lectura, todo en los libros; no descansa ni de día ni de noche; siempre lee o escribe algo"[59].

En este sentido, a menudo pienso en la experiencia que puede tener un joven hoy al entrar en una librería de su ciudad, o en una página de internet, y buscar el sector de libros religiosos. Es un espacio que, cuando existe, en la mayoría de los casos no sólo es marginal, sino carente de obras sustanciales. Al examinar esos estantes, o esas páginas en la red, es difícil para un joven comprender cómo la investigación religiosa pueda ser una aventura emocionante que une pensamiento y corazón; cómo la sed de Dios haya encendido grandes mentes a lo largo de los siglos hasta hoy; cómo la maduración de la vida espiritual haya contagiado a teólogos y filósofos, artistas y poetas, historiadores y científicos. Uno de los problemas actuales, no sólo de religión, es el analfabetismo: escasean las competencias hermenéuticas que nos hagan intérpretes y traductores creíbles de nuestra propia tradición cultural. Deseo lanzar un desafío, de modo particular, a los jóvenes: Vayan en busca de su herencia. El cristianismo los convierte en herederos de un patrimonio cultural insuperable del que deben tomar posesión. Apasionense de esta historia, que es de ustedes. Atrévase a fijar la mirada en Jerónimo, ese joven inquieto que, como el personaje de la parábola de Jesús, vendió todo lo que tenía para comprar "la perla de gran valor" (Mt 13,46).

Verdaderamente, Jerónimo es la "biblioteca de Cristo", una biblioteca perenne que dieciséis siglos después sigue enseñándonos lo que significa el amor de Cristo, un amor que no se puede separar del encuentro con su Palabra. Por esta razón, el centenario actual representa una llamada a amar lo que Jerónimo amó, redescubriendo sus escritos y dejándonos tocar por el impacto de una espiritualidad que puede describirse, en su núcleo más vital, como el deseo inquieto y apasionado de un conocimiento más profundo del Dios de la Revelación. ¿Cómo no escuchar, en nuestros días, lo que Jerónimo exhortaba incesantemente a sus contemporáneos: "Lee muy a menudo las Divinas Escrituras, o mejor, nunca el texto sagrado se te caiga de las manos"?[60].

[59] Sulpicius Severus, *Dialogus* I, 9, 5: *SCh* 510, 136-138.

[60] *Ep.* 52, 7: *CSEL* 54, 426.

Un ejemplo luminoso es la Virgen María, evocada por Jerónimo sobre todo como madre virginal, pero también en su actitud de lectora orante de la Escritura. María meditaba en su corazón (cf. Lc 2,19.51) porque "era santa y había leído las Sagradas Escrituras, conocía a los profetas y recordaba lo que el ángel Gabriel le había anunciado y lo que se le había augurado por boca de los profetas. [...] Veía a Aquel recién nacido, que era su Hijo, su único Hijo, acostado y dando vagidos, en ese pesebre, pero a quien en realidad estaba viendo allí acostado era al Hijo de Dios; y lo que ella estaba viendo andaba comparándolo con cuanto había oído y leído"[61]. Encomendémonos a ella, que mejor que nadie puede enseñarnos a leer, meditar, rezar y contemplar a Dios, que se hace presente en nuestra vida sin cansarse jamás.

Roma, San Juan de Letrán, 30 de septiembre, memoria de san Jerónimo, del año 2020, octavo de mi pontificado.

Francisco

[61] *Homilia de nativitate Domini IV: PLSuppl. 2, 191; S. Jerónimo, Obras homiléticas. Comentario a los Salmos: Obras completas, edición bilingüe, vol. I, ed. BAC, Madrid 1999, 961.*

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.